

PALOMITA BLANCA

autor: Enrique Lafourcade

Reproducido con el permiso del autor

Palomita Blanca, vidalita de pico rosado

Juan Carlos me trató de matar. No, no es cierto, no es que me tratara de matar. Es que me hizo morir de amor por él. Como en la novela "Amor sin Límites" de la Corín Tellado, que yo leía cada mañana antes de partir al colegio. O, como en las películas. Pero, la pura, no creí que era tan así, no Juan Carlos, yo no me hice ilusiones con él, no creí que el amor era así, tan... tan... no podía ni dormir y me debilité más. Perdí cinco kilos.

Todo comenzó cuando con la Telma decidimos ir al Festival. Habíamos leído en el "Clarín" que el Festival era allá arriba, en el barrio alto, por Los Dominicos, y la Telma estaba más entusiasmada, y me dijo que podíamos arreglarnos lo más bien con collares y que yo como era alta y de piernas largas, me veía re bien de pantalones y que íbamos a pinchar algo y que además estaba no sé qué cantante americano que la Telma se los conoce a todos, porque desde que se compró la radio a pilas, no se pierde programa. Me dijo después que era por Piedra Roja, y que ella sabía cómo llegar. Puras chivas de la Telma porque anduvimos más perdidas y tomamos como tres micros y recién estábamos en el Canal San Carlos, y por suerte pasaron unos chiquillos en un auto celeste y como nos vieron arregladas.

-¿Cómo te llamai?

Eran medio frescolines, pero lindos. El que manejaba tenía una melena rubia hasta los hombros.

-Ana María - le dije.

-Yo soy María Ignacia - agregó la Telma. ¡Más mentirosa! Me había dicho que mejor nos poníamos así, que yo le ponía Ana a mi nombre y que ella se iba a poner María Ignacia, porque esos sí eran nombres elegantes.

-¿Quieren un pito?

El otro era también rubio y bien alto y corríamos como a cien kilómetros.

-Ya pus, María Ignacia! - le decía el otro.

-Más tarde.

-Un pito es bueno a toda hora.

-¡Yo quiero! - dije, para caerle en gracia al que manejaba que era el más lindo, aunque lo veía de perfil, pero se parecía a un actor de cine, a lo mejor era.

-Pa mí que esta cabra no ha fumado nunca - dijo el otro.

Ya íbamos como llegando, y nos metimos por unos caminos medios raros, y andaban montones de chiquillas y chiquillos y todos con pantalones y guitarras y collares. Le había dado como tres chupadas al cigarrillo que estaba más mal hecho que se me anduvo desarmando, un poco para sentir algo, pero no sentía nada, y me lo volvían a pasar y estaba húmedo y el que manejaba lo chupaba antes. Montones de autos.

-Hasta aquí llegamos, cauritas...

-Sí... ahora, a pata, ¿cachai?

-¿Andan solas?

-Tenemos unos amigos allá arriba - mintió la Telma.

-Nos vemos, cauritas...

Era más la Telma. Nos dejaron allí, cerraron bien el auto y partieron adelante y se perdieron entre la gente y nosotras, que

habíamos empezado el día tan bien.

-¿Y pa qué les dijiste que ... ?

-Hay que hacerse las interesantes, oye ... Ya los vamos a

encontrar...

-¡Los vamos a encontrar ... ! ¡Cómo no!

En la colina, al fondo, montones de chiquillos y muchos con las melenas rubias y con barbas. Pero no los vimos a los jóvenes del auto.

Hasta el día siguiente.

Nos sentamos por ahí, en el pasto, entre montones de cabros y chiquillas y seguían llegando, y estuvimos más perdidas y como dos horas estuvimos y había un escenario de cajones, como un teatro y todavía no llegaban los cantantes, pero era lindo y todos hablaban y nos preguntaron cosas. Por ejemplo, nos preguntaron, a la Telma, le preguntaron:

-¿Te gusta Bob Dylan?

Y la Telma abrió los ojos enormes, que sabía que eran grandes y azules, y con las pestañas postizas eran más grandes todavía y lo miró sonriendo y le dijo que sí. Y el otro, con otros más, como cinco jóvenes, se pusieron al lado de nosotras, y el que le hizo la pregunta tenía una barba negra y una boina medio cochina, y se parecía un poco al Che Guevara y tenía unos aros de alambre en las orejas, y había otra chiquilla en el grupo, muy flaca y muy alta, que no usaba sostén, porque se le veía todo y los chiquillos le pellizcaban las puntitas y la flaca se reía y habían empezado a fumar, y me pasaron otro cigarrillo, pero yo les dije que más tarde, que todavía no, que no tenía deseos, oye, y ya estaban empezando a tocar con las guitarras y la Telma me dijo que eran los no sé cuantos, que eran caballos, que ella los conocía. Y estaba rico allí, con el sol y montones de gente que seguían llegando, hasta gente vieja había, y unos fotógrafos, y hasta gente de la televisión había, hasta estaban tomando unas películas, y la Telma me pescó de un brazo para que fuéramos a ver y el Che Guevara no la quería dejar ir, y le dijo que ella era su paloma pero la Telma es más galla, tiene más cancha la Telma, yo no sé donde ha aprendido tanto, seguro que como trabaja de garzona en esa Fuente de Soda en San Pablo con Bandera, ahí tiene que haber aprendido, digo yo, porque le tiró las barbas al flaco, y el Che Guevara no le dijo nada, que yo, cuando me voy a atrever a una cosa así, y le tiró de las barbas y le dio un beso en la frente y le dijo: chaíto, y el flaco se rió, tenía unos enormes dientes como de caballo, amarillos y anchos, y le dijo que la esperaba.

-Te espero, paloma - le gritó, y la Telma, con más éxito la tonta, con los ojos azules y las pestañas, y además, como tiene esos bluyines nuevos y que le quedan apretados y es media gorda de atrás, y se mueve entera al caminar, y yo me sentía medio ridícula al lado de ella, porque soy muy delgada y tengo pocas caderas y poco pecho, pero después me dí cuenta que todas las chiquillas más elegantes eran así, y me tranquilicé.

A saltos tuvimos que andar, entre las chiquillas y los chiquillos, y estaban tomando Coca Cola y nos dieron, pero la Telma no me dejó terminar mi botella, porque me arrastraba, que había que acercarse a la televisión, que había divisado a don Francisco, y que a lo mejor. Era más ambiciosa la Telma.

Antes te cantaba, vidalita como enamorada

Cuando comenzó a hacerse de noche y estaba bien bonito todo, porque el sol se puso rojo y los chiquillos y las chiquillas andaban con las caras rojas, y habían más músicos y grupos que tocaban en todas partes, y la Telma casi se me pierde, porque se fue a la televisión y se metió no más, y salió en un noticiario, o algo así, y estaba re contenta la Telma, y me decía que había que empujar, porque si no, y de todos los grupos nos llamaban porque andábamos solas, aunque había varias cabras que andaban solas, pero de a cuatro o más, seguro que a nosotras, como éramos dos, y llegaron unos jóvenes ya grandes, viejos, y nos abrazaron que yo casi me morí de susto, no porque sea ninguna quedada, sino porque no los conocía, y eran jóvenes como de respeto, y uno me preguntó:

-¿Cómo te llamai?

Y yo le dije mi nombre. Y me tomó de la mano y me dijo:

-¿Por qué no nos vamos a mi departamento a tomar un trago? Aquí ya está empezando a hacer frío. Tengo música y van a estar mucho más cómodas.

Y el otro se reía y no le soltaba la mano a la Telma, que también se reía. Pero yo les dije que no. Aunque la Telma quería ir, y me dijo que por qué no íbamos por un ratito y después volvíamos, pero yo le volví a decir que no, y me acordé de la mano que le pasó a la Rosa con eso de ir a un departamento. Entonces uno de los jóvenes me dijo que él trabajaba en fotografía y que yo estaba pintada para modelo y yo me reí y me acordé que el mismo cuento se lo contaron a la Rosa, a lo mejor era hasta el mismo joven. Y después, como nos vieron que nos reíamos y a todo le decíamos que no, los jóvenes se cabrearon y se fueron a buscar otras, digo yo... alguna más fácil... Y la Telma se enojó conmigo, y me dijo que eran jóvenes decentes, con plata y auto, y que si yo era tonta o qué... Y a mi me dio harta rabia la Telma, porque ella no me conocía bien, y qué se creía que era...

Ya estaba comenzando a hacer frío, era cierto lo que dijo el joven, y nosotras que andábamos mas desabrigadas, yo con una chomba de algodón y los pantalones, y medio encogida que andaba con el frío, había unos cabros que estaban bailando, que daban saltos y bailaban y montones que se pusieron a bailar y entonces la Telma me dijo que por qué no bailábamos nosotras y yo le dije, ¿y con quién?, y ella me dijo, solas pus oye, con quién querís, tonta, si todos bailan así, y nos pusimos a bailar porque la música era bonita y con harto ritmo y así medio que se nos anduvo pasando el frío. Después, vino el cantante que decía la Telma, que cantaba en inglés, y todos nos sentamos en el pasto y yo me clavé una espina en una pierna, de pajarona, pero no fue gran cosa y gritaban y golpeaban las manos, y la Telma que no se estaba quieta en ningún grupo, y apenas nos estábamos haciendo amigas de unos chiquillos ya quería ir a otra parte, hay que conocer, oye, y me tomaba de la mano y lo que yo veía es que así no íbamos a conocer a nadie, porque ya andaban montones aparejados y se besaban que era un gusto, y el gringo dele que suene con sus guitarras eléctricas, como cinco guitarristas y nosotras golpeando las manos como tontas. Entonces comenzaron a hacer fogatas y andaban montones de chiquillos con barba y con mantas y unos nos llamaron y nos dieron café caliente, y eso me gustó, eran como seis chiquillos, que se veía que eran como de la Universidad, y tenían mantas de esas escocesas bien bonitas y finas, y allí nos quedamos porque se estaba poniendo oscuro, y

hecho fuego con ramas y las únicas luces eran las del escenario donde cantaban, que estaban bastante lejos porque los mejores puestos los tomaron otros, que para eso había que ir más temprano, y había carpas abajo, y por todas partes estaban cantando y fumando, y los chiquillos nos ofrecieron marihuana, y yo le dije a la Telma: - Oye, Telma, mejor tenemos cuidado con esto, mira que dicen que es peligroso, y que una se pone a hacer tonteras. Y la Telma me dijo: - "Y qué hay con eso? Y fumaba echando humo por las narices, y por todas partes fumaban y era un humito perfumado y picante, que yo apenas le di varias chupadas pero sin aspirarlo, y para no molestar a los jóvenes, porque me daba miedo y los chiquillos seguían haciendo cigarrillos con papel y un frasco con hierba, como yerba mate era, y se hacían los cigarros y se los pasaban, y a la Telma la tenían más abrazada, entre dos, y la tonta se reía, y a mí uno, otro con barba - me ligaban los barbudos - se tendió y me uso la cabeza entre las piernas, y poco a poco, el frescolín, se acercó y yo tenía la cabeza del barbudo encima de los muslos, y se acomodaba más y más y a mí me estaba empezando a dar cosquillas, y traté de salirme, pero no podía.

En la noche, la pura, ya me dio toda la rabia, la Telma estaba como tonta, ríe que ríe, y la besaban entre dos, por turnos y yo tenía más apetito, que andábamos con las puras once, y no había mucho que comer, aunque temprano pasaron vendiendo pan, y cómo, si no teníamos ni para la micro de vuelta, que la Telma era la única que tenía algo, y yo no me iba a poner a pedir, y a los chiquillos, después que se les acabó el café que tenían en el termo, pura marihuana, la yerba, que decían, y puro ofrecer pitos, y yo lo que tenía era hambre, pero ya estaba bien oscuro. Y el barbudo me tenía metida la cabeza entre las piernas, más fresco, y a mí me estaba dando ganas de hacer pipí con tanto café y con la Coca Cola, y le dije a la Telma, y por suerte a ella también, y se levantó.

-¿Dónde van?

-Por ahí - explicó.

-¡Por ahí! ¡Por ahí! - gritó uno, que estaba ya medio borracho. Con los cigarrillos supongo, porque yo no lo había visto tomar.

-Vamos a hacer una diligencia - dijo la Telma, que tenía una cancha...

-Vuelvan luego, cabritas - pidió el barbudo.

-¡Sí, no se vayan lejos, hermanitas! - dijo otro.

-¡Paloma! ¡Paloma! ¡A ti te digo!

Y el barbudo se puso de rodilla y se abrazó a mis piernas y trató de morderme, el más fresco, que la pura que me dio rabia, porque no sé por quién me tomaba, trató de morderme ahí, y yo le anduve dando como una patada, que quién se creía que era una, y como que lo tiré al suelo y los otros se reían y golpeaban las manos y cantaban las canciones en inglés o decían cosas en inglés según me explicó la Telma que sabe de todo.

-Mejor vuelvan luego - dijo otro - que es de noche y andan cazando palomitas.

Y nos pusimos a caminar por entre la gente, montones que estaban tendidos envueltos en mantas, y había muchas más fogatas y yo con las tripas que me sonaban de hambre y medio encogida de frío.

-Oye Telma - le dije - oye, ¿no creís que mejor nos vamos?

-¡Tai tontita!

-Es que es re tarde, oh...

-¿Y qué?

-Mañana tú tenís que trabajar, oye...

-No voy. Aviso que estoy enferma

-Mi madrina, Telma... No le he dicho nada a mi madrina. Debe estar más asustada, oye...

-Es buena la vieja...

-Pero, me dio permiso porque venía contigo no más y...

-Nos vamos más rato.

Y quién iba a convencer a la Telma. Y así anduvimos por el cerro, y no había dónde, por todas partes los chiquillos envueltos en mantas, besándose y haciendo otra cosa, seguro porque la Telma me los mostraba con una risita, y vimos una pareja envuelta que se movían como locos, y la chiquilla era rubia, con chasquilla, podíamos verle la cara, estaba cerca de una fogata, si no se habían escondido siquiera y se reía y gritaba y los otros chiquillos aplaudían, y el cabro que estaba arriba de la chiquilla se movía como si estuviera bailando, y los otros gritaban: -¡apúrate! ¡apúrate! y unos miraban sus relojes pulseras como si le estuvieran tomando el tiempo, y la pura que me dio más, ni en las películas había visto una cosa así... y la Telma que me dijo, tomándome de una mano: - Oye María... ¡María! ¡Estoy más caliente! y yo me puse roja, creo, y me dio harta rabia que la Telma fuera tan rota.

Después nos volvimos aunque yo no quería, pero la Telma me dijo que mejor nos juntábamos con los chiquillos porque si no, capaz que nos pasara algo porque andaban montones de cabros corriendo mano y nos daban agarrones a la pasada y seguían fumando y cantando y, total, era cuestión de aguantarse las ganas, eso me dijo la Telma. Así que, a la carrera mientras una vigilaba, hicimos pipí entre: unas zarzas y volvimos, pero como estaba oscuro como que nos anduvimos perdiendo y nos costó más encontrar a los chiquillos y ahora vimos mucho más gente y más guitarras y se reían y cantaban y además hacían eso, que yo nunca hubiera creído que las chiquillas, que parecían todas de buenas familias, fueran tan sueltas: y allí estaban.

-¡Palomitas! ¡Palomitas! - nos gritó el barbudo que a mí me cargaba.

Yo le dije a uno que me estaba muriendo de frío. Y, él entonces, bien buena gente el cabro, me prestó el chal y me envolví bien y traté que se me pasaran los tiritones. Y la Telma se puso a fumar de nuevo y todos los chiquillos estaban medio borrachos con la marihuana y uno lloraba y habían otras cabras, y entre besos y llantos, y el barbudo, después que me rogó y me rogó, que era más ligote, pero yo, como quien oye llover, y entonces, como la Telma se había fumado como tres cigarrillos y se estaba poniendo harto rara la Telma y se refregaba contra cualquiera, y el barbudo que era más empeñoso comenzó a tratar de hacer eso con la Telma, y ya era tarde, bien tarde, y los demás chiquillos estaban de espaldas, canturreando, como dormidos, con los ojos bien abiertos sin embargo, y yo miré el cielo para ver qué estaban mirando ellos y eran unas cuantas estrellas, nada especial, y me envolví bien en la manta, yo dije, esta tapa no la suelto, y traté de dormir, porque, qué íbamos a hacer ya, era más re tarde y no tenía plata pa volver y ni si quiera sabía cómo volver y ya daba lo mismo porque mi madrina seguro que me iba a matar, y con la Telma que gritaba a mi lado y se revolvió, y yo tenía más miedo que me fueran a hacer algo entre todos, y yo me decía claro que pa callado, me decía, oye Telma, el medio tete en que nos metimos, oh...

Me desperté cuando estaba saliendo el sol, y en la noche pasé frío, frío, y soñé, oí música toda la noche y gritos, y alguien trató de despertarme, sentí que alguien, a la mala, me anduvieron como tratando de hacer algo, pero yo me defendí, me puse a gritar también entre sueños, porque estaba ya tan cansada, pero sentí que me abrazaban y me besaban y trataron como de bajarme los pantalones, pero como andaba con esos bluyines bien ajustados que les dicen stretch, y además con los pantis que me prestó la Telma, y estaba envuelta en el chal, y cuando me desperté me miré bien y tenía medio roto el cierre de los pantalones, pero nada más, seguro que algún frescolín trató... pero a lo mejor fue un sueño, porque todo lo demás estaba en orden, aunque uno de los jóvenes me dijo que si no es por él, que andaba un grupo bien grande y que eran medio ladrones y que se dieron duro en la noche, y que habían llegado otros amigos y los corrieron que eran como quince, y que se habían violado un montón de palomitas, y que además se robaron un montón de cosas, y que por suerte llegaron unos amigos y yo me dije que no había sido nada un sueño, que tenía suerte y ahora en el cerro no había mucha gente, se habían ido muchos, y quedaba uno que otro grupo y los chiquillos estaban durmiendo como perros, pegados unos con otros, bien juntos, y en el medio la Telma, abrazada, y esa sí, se notaba al tiro, más fresca la Telma, la pura que no vuelvo a salir con ella, con razón mi madrina me decía que todas las que trabajan en Fuentes de Soda eran diabras y yo no le creía, y me levanté envuelta en mi chal, que por suerte nadie se acordó, y yo que tenía más frío, y hambre, y mejor trataba de irme al tiro, y el sol comenzó a salir por las montañas, y caía como reflectores, caían los rayos de sol, y todo estaba hÉmedo, y las fogatas se habían apagado, empecé a caminar que me dolían las piernas, me dolían más las piernas, estaba como medio tullida y todavía había

unas parejas abrazadas, envueltas también en chales y unas carpas amarillas donde dormían unos cuantos, porque los pies salían para afuera de las carpas, y otros durmiendo en sacos de dormir, y más allá, en una piedra, un tonto flaco y con una barba crespa y montones de collares y medio desnudo, que no sé cómo aguantaba el frío, y con una guitarra de las verdaderas, tocando, toca que toca, y apenas si tocaba bien el tonto, maluenda pa la guitarra habría dicho la Telma, y a esa hora. Y más abajo, unos estaban arrodillados, y levantaban los brazos y saludaban como en las películas de árabes, saludaban a alguien, pero no había nadie, pero parecía como que estos tontos estaban saludando el sol, y como uno de ellos tenía una melena rubia, como de oro rubia blanca, hasta los hombros, y el sol le caía encima, y lo reconocí al tiro.

Por suerte él también como que me anduvo reconociendo.

-¡Hola! - me dijo. Y volvió a los saludos.

-¡Hola! - le contesté. Y me puse medio colorada.

Eran los del auto, los que nos habían traído.

-Saluda, conmigo, al sol - me ordenó.

Y yo, la más tonta, sólo por darle un gusto, hice lo mismo que hacía él y me arrodillé y saludamos varias veces.

-¡Ayúdanos a ser puros, oh Sol! - dijo.

Me miró y luego:

-Repite conmigo.

Entonces yo repetí con él varias veces eso de que nos ayudara a ser puros.

Después él me pidió que le prestara un poco el chal, porque a pesar del sol tenía frío. Yo se lo ofrecí entero, pero él, ni modo, se acercó y me tomó por la cintura y yo me sentí como si un colorcito me tocara y medio temblorosa me puse, medio nerviosa, y los dos comenzamos a caminar, medio cubiertos.

-¿Cómo te llamas? - me volvió a preguntar.

Yo estaba picada porque ya le había dicho mi nombre al joven y él se había olvidado.

-María - volví a contarle.

-Yo me llamo Juan Carlos.

Me miró. Tenía los ojos celestes, grandes, enormes, como los de la Telma, más bonitos, porque la Telma los tiene medio salidos pa afuera y los de Juan Carlos eran medios hundidos, y con sombras oscuras, seguro que donde no había dormido bien. Y tenía el pelo todo sucio, lleno de tierra y espinas. Tuve una idea.

-¿Quieres que te peine, Juan Carlos?

Se sentó en una piedra. Yo, por suerte, no había perdido mi peineta, que a todas partes la llevo, porque como tengo el pelo largo siempre se me enreda. Y comencé a tratar de peinarlo, porque no era tan fácil, que estaba lleno de mugres, de ramitas y el sol ahora ya estaba saliendo bien, por todas partes, y el pelo de Juan Carlos era tan lindo, como el de una muñeca, que cuando terminé de peinarlo, mientras él cantaba todo el tiempo algo en inglés, y como quedaron unos cuantos pelos en la peineta, los saqué medio escondida, y los guardé en un bolsillo del pantalón.

Juan Carlos me dijo entonces que mejor nos íbamos, porque los guitarristas y los cantantes no iban a llegar como hasta las once, que antes, lo único era unos guitarristas pencas, de esos de colegios, porque el Festival seguía.

-¿Sigue?

-Sí, hoy sí que vienen más... Hoy sí que va a ser el descueve, el despiole...

Y se puso a correr y yo detrás, no sé por qué, medio tropezándome en el chal que ya no había ni modo de devolvérselo a los chiquillos. Y Juan Carlos bajaba el cerro saltando como un corderito, y luego llegó el primero al auto y me fijé que levantó una piedra que había por ahí, y sacó las llaves y me dio harta risa eso. Era bien bueno el auto y, ahora que estábamos solos, y cuando puso la calefacción me comencé a sentir mejor. Al principio, como que no quería partir, daba como unas toses.

-Son motores de alta compresión - me explicó.

-¿Es tuyo?

-No, de la vieja... Pero, igual que si fuera mío... La vieja quiere ahora un Peugeot, y cuando el viejo se lo compre, me dijo que me regalaba éste... Es un Austin Cooper - agregó, mirándome a los ojos.

-¡Ah! - exclamé, sin saber qué decir.

-¡Mira cómo parte! No hay nadie que se la gane en la partida.

Salimos como cuetes, y casi se me quiebra el cuello, y bajamos por un camino, de tierra, entre unos manzanos, y tomamos por el camino pavimentado hacia abajo, y Juan Carlos corría cada vez más ligero.

-Da ciento ochenta...

-¿Sí?

-¡A veces da más! A ver si se los sacamos...

Y empezamos a correr, que yo, que soy medio nerviosa me encogí y me encomendé a la virgencita, y pasamos dos luces rojas y seguíamos corriendo y Juan Carlos se reía mostrándome que ya íbamos como a ciento setenta y allá al fondo vimos, cuando íbamos llegando como al Estadio Italiano, que eso sí lo conozco bien, que había una luz roja, y una curva, y yo le dije por favor, Juan Carlos y él, entonces, sacó el pie del acelerador y empezó a frenar y el auto daba unos saltitos, y el se seguía riendo y justo apenas ya estábamos en la curva y con la luz roja y todo, y el auto se estremeció entero y dio como un rugido y volvió a meter fierro y me dijo, ¿vistes cómo frenamos en segunda y con los frenos, además? Que si le pongo puros frenos de discos, nos sacamos la ñoña, y vistés cómo dimos la curva a cien, y todo esto me lo decía mientras seguíamos hacia abajo, cada vez más ligero, que yo me puse en serio a rezarle a la virgencita y pensé que nos íbamos a matar, pero Juan Carlos cada vez más contento, y ya estábamos llegando a Américo Vespucio, y allí doblamos a la izquierda y casi nos dimos vuelta porque sentí el auto que se levantaba de un lado y chirriaba entero y él me dijo, no te preocupes porque los neumáticos son especiales, son impinchables, me dijo, y de nuevo por la avenida hacia una calle llena de jardines, muy linda, y todo era lindo, que a pesar del susto yo iba mirando, y como con la calefacción estaba calentito adentro, pero el susto no se me pasaba, ni modo, y nos metimos por otras calles llenas de unas casas preciosas blancas y con unos enormes jardines, y de repente, en la más linda de todas, inmensa, Juan Carlos se detuvo y me dijo, espérame, y saltó del auto y entró corriendo y se demoró como media hora, aunque como el auto estaba andando yo no sentía frío y volvió de nuevo corriendo, con otros pantalones que eran amarillos con franjas naranjas, y traía un termo con leche caliente y una botella de coñac, me explicó que era coñac francés, y traía dos manzanas y además trajo una radio a pilas y una enorme toalla roja, y me dijo, lista, palomita.

Y yo le pregunté:

-Pero, ¿a donde vamos?

Y él me dijo:

-Vamos al mar.

Y se puso a correr de nuevo mientras mordía la manzana y por suerte, como era tan temprano, Santiago estaba medio vacío y no habían carabineros, y yo tenía hartoo miedo, pero después se me fue pasando.

Palomita linda, vidalita palomita triste

Yo había ido tres veces al mar, incluso una vez estuvimos una semana completa con mi madrina en la residencial "Anita" en Cartagena, y no sé por qué el mar como que me ponía triste, qué idiota, era tan bonito, que como que me ponía triste.

Juan Carlos corría y yo como que le fui agarrando el gusto a la cosa, cuando ya íbamos por el camino a Pudahuel, y con la radio puesta bien fuerte, como le gusta a él, y a mí, y lo miraba de perfil, no me cansaba de mirarlo, porque se parecía tanto a un joven que yo vi en una película, que no me pueda acordar el nombre. Con la leche y la manzana se me quitó un poco el hambre, pero de todos modos, después que pasamos el túnel, que lo acababan de inaugurar y que era hartoo largo, y llegamos a Curacaví, yo le dije a Juan Carlos que mejor nos paráramos por ahí, para tomar una taza de café con leche, porque tenía mucha hambre.

- Toma, tómate un trago de coñac - me dijo.
- No - le dije- yo quiero comerme un par de huevos, una paila.

- ¡Una paila! - gritó. Y se puso a reír.

Pero, de todas maneras, por suerte, nos paramos en el Hotel Inglés, y yo me comí los huevos fritos con hartoo pan amasado y una taza de café con leche y me sentí, la pura, me sentí mucho mejor, mucha más repuesta, y todo mientras Juan Carlos me miraba en silencio. El pidió una Coca-Cola, y tomaba coñac con Coca-Cola, y me dijo que si quería tomar yo también, pero yo le dije que no, porque con esa cuestión de la marihuana como que se me había revuelto el estómago.

Cuando seguirmos y ya íbamos cerca de Casablanca Juan Carlos me preguntó:

- ¿Tú crees en Dios?
Yo le dije que sí. Que era católica.

- ¡Ese Dios no existe! - gritó Juan Carlos clavándome los ojos. Me dio más miedo. Pensé que íbamos a chocar al tiro.
- ¿No existe?

- ¡No! ¡Es una farsa! ¡Una farsa que dura ya dos mil años! -agregó, como serio.

- Pero ... pero...

- Sí... ¡Hay un Dios! ¡Un Dios nuevo!

- Pero, Juan Carlos...

- ¡Un Dios nuevo para un mundo joven y puro!

Ibamos muy rápido, lo menos a ciento cincuenta o más, y yo me había asustado un poco, pero estaba tan lindo, tan pálido, con los ojos celestes hundidos, como con un azul en los párpados, y el pelo rubio que como que le iluminaba la cara, parecía una virgen, o un santo, y me miraba con tanta dulzura, era tan lindo, que me ponía triste, porque Juan Carlos era como el mar, igualito. No siguió hablando, y escuchamos radio un buen rato a los Beatles, que le encantaba a Juan Carlos y a mí también, y a otros cantantes americanos que no me acuerdo bien los nombres aunque Juan Carlos se los sabía todos y además conocía las letras y cantaba con ellos en inglés.

- ¿Sabes hablar inglés?

- Sí - me dijo, buscando una nueva canción en la radio,
- Yo... yo no sé nada...

Me miró, lejano, como si no me viera.

- Tampoco sé nadar.

- ¿Sí?

-Tú... tú... ¿sabes nadar?

Ahora se reía y se estaba tomando a sorbitos el coñac.

Valparaíso estaba lindo y bajamos por una avenida llena de curvas aunque no era Valparaíso sino Viña, que le dicen, y seguimos por montones de calles hasta Reñaca. Estaba lindo a pesar de que estaba bien nublado y hacía frío, pero igual Juan Carlos tendió el chal en la arena y trajo la botella de coñac, y yo también me tomé un traguito y me sentí mucho más repuesta, y nos tapamos con el chal y Juan Carlos me abrazó y yo creí que me iba a morir. Me abrazó, nada más, y sentía su cuerpo y yo temblaba y era como que me dieron ganas de ponerme a llorar o de haberle dicho una tontera porque él se había quedado traspuesto entre mis brazos y me dieron ganas de haberle dicho algo que como que se me ocurrió cuando hablaba de Dios, pero no me atreví, que era "tú eres mi Dios, Juan Carlos", pero por suerte no me atreví, porque era medio como dramático, y a este joven recién yo lo venía conociendo, aunque era 1a pura verdad.

Después salió el sol y yo me desperté la primera y estaba poniéndose azul el cielo, las nubes como que se iban corriendo y habíamos llegado como a las nueve y media, porque creo que salimos de Santiago antes de la siete y ahora serían las once, por lo menos, y yo le miré el reloj de oro que tenía Juan Carlos, y eran las once, poco más, y no me quería mover para no despertarlo y traté de abrigarlo bien, era tan lindo, me sentía hartito tonta yo, ni siquiera sabía nada de él, y él apenas si me había preguntado mi nombre dos veces y seguro que ya se había olvidado de nuevo, pero era como si lo hubiese conocido toda la vida.

Por suerte se movió y se despertó y al principio me miró algo extrañado.

- Yo... yo soy María - le expliqué un poco asustada.
Se rió. Tenía lindos dientes.

- ¡Tonta! - me dijo.

Miró el sol, el cielo.

- En un rato más nos podemos bañar.
Se levantó y empezó a correr, fue hacia la espuma y se mojó las manos, era bien alto y bien delgado, y con el chaleco rojo se veía lo más bien. Cuando volvió le pregunté:

- Tú eres hartito joven, Juan Carlos.

- Diecisiete. ¿Y tú?

Yo le iba a decir que tenía veinte, porque total todas me echaban veinte por lo menos, como soy tan alta y media sería, pero no me atreví a reñirle, total, qué sacaba con echarle chivas si él, igual me iba a pillar, y decidí, entonces, y lo he cumplido, virgencita de Monserrat, por Dios que

es cierto, decidí, excepto en eso, que eso, no se lo podré decir nunca, virgencita, pero tú me entiendes, decidí que nunca le iba a mentir, que siempre le iba a decir la verdad, nada más.

- Dieciséis... recién cumplidos.

- ¿Cuándo es tu cumpleaños?.

- El diecisiete de julio.

- Eres Cáncer ... ¡Cáncer!

No le entendí. Entonces me tomó la mano derecha y me la estuvo mirando un rato. Ya el sol nos calentaba bien y el pelo de Juan Carlos se veía cada vez más rubio, más blanco. Sentí ganas de pasarle la mano por el pelo.

- Has sido elegida... tú... - me dijo.

Después, fue al auto y trajo unos cigarrillos de esos puros que me dijo que eran cubanos y me dio uno sin preguntarme nada, y él encendió el otro, y se notaba que no tenía mucha costumbre de fumar porque tosió y se ahogó dos veces, pero yo hice corno que buscaba unas conchitas en la arena. Como era día de semana no había casi nadie, uno que otro hombre solo. Juan Carlos me hablaba ahora.

Una voz ronca y corno lenta.

- ¿A que colegio vas?

- Al Liceo número cuatro.

- ¿Y donde está el Liceo número cuatro?

- En Recoleta. En Recoleta esquina de Juárez. Ahí está...

- ¿Tú vivís por ahí?

- Sí, vivo con mi madrina...

Por suerte no me siguió preguntando, que me daba harta vergüenza tener que hablarle de mi familia, de mi mamá, que era más, la mamá, de mi padrastro, que no era padrastro ni nada sino el tío Beno, y de todos los hermanos y de la casa que tampoco era casa, puras latas y cajones, y pura mugre, allá en la población La Pirámide, que sí no es por mi madrina y por la Virgencita de Monserra que me ayudaron.

- ¿Tú estudias?

- Terminé. Es decir, termino este año... O sea, humanidades...

- ¿Dónde?

- En el Saint George..

- ¿Y dónde queda el Saint George?

- ¡Chis, no sabes dónde queda el Saint George!

Me dio harta vergüenza haberle hecho esa pregunta, sobre todo porque me miró medio raro, pero no sabía. Todavía no sé bien.

Y cómo ahora ya hacía rehearta calor Juan Carlos me volvió a decir que teníamos que bañarnos, pero yo no tenía cómo, y le dije que no había traído, aunque la verdad era que no tenía, que el último traje de baño que me hizo mi madrina, que lo cosió ella, era más divertido y me lo puse medio escondida cuando fuimos a Cartagena, y no estaba naa a la moda, que de dónde voy a

tener para comprarme un Yansen, de esos como bikini que tiene la Telma, uno rosado con vuelos blancos, que me lo probé y me quedaba mucho mejor que a la Telma, que es medio corta de piernas y muy gorda.

Entonces Juan Carlos se levantó, recogió sus cosas, me tomó de la mano y partimos en el auto de nuevo, ahora hacia Concón a buscar una playa, me dijo, y llegamos a una playa, pasado Concón, una playa larga y donde no había un alma, y Juan Carlos, más loco, se metió por la arena con el auto, por la espuma, y Juan Carlos se reía y el auto levantaba como una cortina de agua por los dos lados y yo tenía miedo porque era como peligroso, pero luego, al final de la playa, Juan Carlos detuvo el auto y se bajó corriendo y le puso unas piedras debajo de las ruedas.

- Para que no se hunda - me explicó.

Estaba lindo allí, con el sol bien alto, y hacía calor y nada de viento, y el mar con montones de olas que chocaban y todo bien blanco.

- ¿No será peligroso bañarse aquí?

- ¡Muy peligroso! - me dijo-. No hay que meterse adentro. La resaca es re fuerte. Aquí se ahogó hace dos años una prima mía. Y vivo el ojo con el auto, mira que si sube la marea. Al pato Zaldivar le llevó un Fiat 600, hace poco, y demoró como tres días en sacarlo y ya no servía para nada.

- ¿Y quién es el Pato Zaldivar?

- Un amigo mío.

- ¿Tienes muchos amigos?

- Montones.

- ¿Tienes ... tienes muchas amigas?

- Montones, también.

- Yo no - expliqué en voz baja.

- ¿Y, por qué no?

- Porque no.

- ¿Pero, por qué?

- Porque... porque soy... algo... algo retraída -dije.

Juan Carlos me miró sorprendido y como con ganas de reír. Pero no se rió. Se le hacían dos hoyitos en las mejillas igual que a mí, por eso no me importaba que se riera.

- ¡Vamos! ¡A bañarnos!

Y comenzó a sacarse la ropa. Yo lo miré aterrada. Era blanco, bien blanco, y cuando estuvo desnudo vi que tenía las piernas con pelitos amarillos, igual que la cabeza, y además, pelitos rubios allí, en esa parte, y era delgado y lindo, como un ángel .

- ¡Desnúdate! - me dijo, serio.

Yo, la pura, que tenía más vergüenza. Nunca me había desnudado antes. Nadie me había visto desnuda nunca, ni siquiera el cochino del tío Beno, y además era más chica, y ahora. Y no supe qué hacer, pero Juan Carlos, sin preocuparse, comenzó a caminar hacia el agua y me dijo que me

apurara, te espero en el agua, me dijo, estaba como seguro que yo le iba a hacer caso, y comenzó a caminar dándome la espalda, y él no tenía vergüenza alguna y entonces me decidí, que lo peor era que me hubiera visto cuando me desnudaba, porque tenía los pantis con dos puntos corridos, y el sostén estaba medio roto y agarrado con un alfiler de gancho. Miré para todas partes y no había nadie, y entonces me desnudé y guardé bien escondida la ropa y era rico el sol sobre la piel, y al principio me tapé con la mano, pero siempre me faltaba una mano, pero después me puse a caminar sin taparme, porque pa mí que me veía medio ridícula. Juan Carlos ni siquiera me miró, me tendió la mano, él ya estaba con el agua hasta el tobillo, con la espumita blanca, me tomó la mano y avanzamos por el agua y ni siquiera me había visto, como que estaba seguro que yo estaba allí, al lado, desnuda, y el agua estaba medio fría, me dieron escalofríos, pero se me quitaron cuando Juan Carlos, con la cabeza levantada hacia el sol, comenzó a gritar:

- Dios mío!

Y me dijo en voz baja, como si nos oyera:

- Grita conmigo, fuerte.

Y yo le hice caso y los dos gritamos:

- ¡Dios mío!

Y entonces me pidió que me arrodillara y él se arrodilló y yo también lo hice y la espuma ya nos llegaba hasta la cintura y me dio frío de nuevo. Y me dijo que hiciera lo mismo que él. Y gritó de nuevo:

- ¡Silo! ¡Siiii-loooooo!

Y yo grité:

- ¡Silo! ¡Siiii-loooooo!

Aunque no entendía ni pío.

Y, entonces, él bajó la cabeza, todo el cuerpo, y lo hundió en el agua, y como vino una ola más grande, nos cubrió enteros y yo tenía más frío que nunca, y Juan Carlos sacaba y hundía la cabeza en el agua y yo también, y parecía que estaba llorando, pero debe de haber sido el agua, digo yo, y siguió gritando, y yo con él, eso de: ¡Silooooo ... ! ¡Silooooo! Y, después, se levantó y me ayudó a levantarme que estaba llena de arena y mojada como diuca, y tiritando, y me dijo:

- ¡Corramos!

Y se puso a correr y yo detrás, y él no me soltaba de la mano, y me hacía correr más ligero y corrimos por la playa, saltando entre los huiros y corrimos, y después, de vuelta y ahora yo estaba que apenas podía respirar, aunque se me estaba pasando el frío y fuimos después hasta donde había dejado el auto, y él sacó la manta y me la puso y me ofreció un trago de coñac que ahora sí que me gustó y que me hizo bien. Y él jadeaba, desnudo, moviendo los brazos y riéndose.

- ¡Ahora, eres de mi iglesia! -exclamó.

- Sí, Juan Carlos -dije.

- Eres de Silo ... como yo...

- Sí.

- Nadie nos podrá separar, ahora... nadie...

- Sí.

- O sea, que somos hermanos...

- Sí, Juan Carlos.

- Si somos puros, nadie podrá separarnos nunca. Bruno dice que la pureza es como una roca...
¡Como una roca!

-¿Y quién es Bruno?

- ¡Ya sabrás! ¡Ya sabrás! - y me miraba riéndose, feliz, todavía mojado, lleno de gotitas de mar, y como con orgullo, me miraba distinto ahora, y después se acurrucó junto a mí y se tomó casi toda la botella de coñac, y estaba desnudo junto a mí y yo me puse como nerviosa, como que tenía ganas de acariciarlo, de que me acariciara, de algo, una tontería, no sé, de que se pusiera como cargoso, pero... pero en vez de eso, yo le dije si quería que lo peinara y él me preguntó si había traído la peineta, y entonces la fui a usar, que yo no tenía vergüenza, aunque una por atrás, desnuda, casi siempre se ve pésimo, y él ni me miró, de nuevo, yo creo que aún no se daba cuenta de cómo era yo, y me senté en el chal, y él se dejó peinar un largo rato, que daba gusto peinarlo, tan suavcito y delgado que tenía el pelo, ¿te lo lavas todos los días, Juan Carlos? No, casi, nunca. No te lo creo, cierto, casi nunca, pero es tan bonito, como de peluquería, y él se puso a reír y me peinó a mí, que tengo el pelo largo y grueso, y bien negro, y me peinaba y peinaba para que se secara bien el pelo, y después tomó la peineta e hizo algo bien divertido, que a cualquiera otro no lo habría dejado, pero a él, tomó la peineta y se puso a peinarme los pelos de abajo que tenía como una lomita, como un nido de pelos medios crespos, y me daba cosquilla y además, allí yo tenía los pelos bien enredados, y él, dale con peinármelos, mirándome, que tenía más pelos yo allí, no sé por qué era tan peluda, desde los catorce años que tengo tantos pelos, y después me pasó la peineta y yo le peiné a él los pelos allí, y los de él eran rubios y también crespos y me daba un poco de vergüenza verle la cosa que que era como blanca y medio rosada y no muy grande, pero él estaba tendido en el chal con los brazos abiertos y cantaba en inglés, parece que era inglés. Después, nos envolvimos en el chal, bien envueltos, y sentí el calorcito del cuerpo de Juan Carlos y pensé, la pura que creí que se me iba a poner cargoso ahora, y yo, más tonta, me habría dejado, casi quería algo, no sé si la Telma supiera donde estoy, me decía, ella que siempre me dice que yo soy... no, mejor no digo nada de lo que la Telma me dice que yo soy.

- ¿Y qué es eso de Silo, Juan Carlos?

- Una Iglesia... La verdadera iglesia.

- ¿Y, cómo? Yo nunca había oído hablar de eso.

- ¿Crees? ¿Crees, ahora?

- Sí, Juan Carlos.

- Si somos puros, o sea, Silo entrará en ti y te dará la felicidad.

- Sí.

-Pero, hay que ser puros... ¿Tú viste? Estuvimos desnudos y nos bañamos desnudos, para bautizar el cuerpo en el mar y el sol. Y no tuvimos vergüenza, y no tuvimos tentación, o sea, estuvimos abrazados desnudos, o sea, vencimos la carne, entiendes, y nada más, o sea, ¡esa es la pureza!

- Sí, Juan Carlos.

Corríamos de nuevo en el auto por la playa hasta el camino pavimentado y de allí empezamos a volver a Santiago, supongo, porque el camino era nuevo, entre unos bosques.

- Juan Carlos, tengo hambre.

- ¿Cómo? ¿De nuevo?

- Ando con el puro desayuno - expliqué.

- Vamos pa mi casa...

- Pero... tu casa... No me conocen...

- No hay nadie. Y siempre hay comida.

- ¿Viven... tus padres?

- ¡Claro, que sí! ¡Montones de padres y tíos! ¡Me sobran padres y hermanos y parientes! Pero, no están... Andaban paseando, ¿cachai? ¿cachai, María?

- Juan Carlos ... es... es la primera vez...

- ¿La primera vez? ¿que, qué?

- Que me dices María... Yo te he dicho como cien veces tu nombre y tú me acabas de decir...

Entonces él se rió y aceleró el auto cada vez más y comenzó a gritar:

- ¡María! ¡María! ¡María!

Y yo me reí, también, y puse la radio a ver si encontraba algo de Manzanero que me gusta tanto.

Como a las cuatro de la tarde llegamos de nuevo a Santiago y en el camino medio que me anduve quedando dormida, y cuando íbamos por Providencia, frente a los edificios Tajamar, por decirle algo, le dije:

- Eso lo hizo mi papá.

- ¿Sí?

Me miró por un momento.

- Tu papá ... ¿es arquitecto?

- No. Estucador.

- ¿Estucador?

- Sí, pero ya no está... porque se cayó, veís, de esa torre, de la más alta... y se mató... Cuando yo era más chica...

- ¿Y era ... buen estucador?

- Bien bueno... dicen ... no sé... Yo era muy cabra chica. Mi mamá decía que era un estucador de primera, de cosas finas...

- De cosas finas - repitió.

- Y, tu papá, ¿qué hace?

- ¿Mi papá?

- Sí. ¿A qué se dedica?

- ¡Puh! ¡Negocios! ¡Hace negocios!

- Sí... pero, ¿qué negocios?

- El viejo gana plata, montones. Cuando se muera yo voy a quedar con harta plata y entonces la voy a dar toda a Silo y con Bruno la gran iglesia... Ya vas a ver.

- Esa iglesia... ¿La inventó Bruno?

Juan Carlos me miró, horrorizado, como si hubiera dicho algo terrible.

- Silo ha existido desde siempre... desde que existe el hombre tierra... o sea, es la fuerza que purifica... o sea, está en la Biblia y ahora... o sea, acaba de venir...

- Sí, Juan Carlos.

- Tú eres Silo, ahora... ¿Recuerdas?

- Sí, Juan Carlos... Pero... no sé nada...

- Yo te enseñaré, María... Todo. Vamos a aprender todo, juntos... Primero, como dice Bruno, tomar conciencia de la pureza como fuerza, como una espada será tu pureza, y luego, te convertirás en coetánea...

- Sí, Juan Carlos.

- Y, ahora, mejor llegamos luego a la casa porque hasta yo tengo hambre.

- Pero... si no has comido nada...

- Mejor. Hay que comer poco. A veces he pasado tres días sin comer, por lo de la pureza, o sea, el cuerpo es una cáscara, dice Bruno.

- Sí, Juan Carlos.

Era más tonta yo. Lo único que atinaba a decir.

- María.

- ¿Sí?

- Tú... tú... ¿crees en mí?

- ¡Sí, Juan Carlos! ¡Sí!

Me dieron ganas de darle un beso, de veras, pero me dio miedo de que se fuera a reír, o que me interpretara mal, por esa cuestión ,de la pureza...

En vez, le dije:

- Eres lindo, Juan Carlos.

- Tú también, María.

- ¿Me encuentras linda?

- Eres medio negrita, pero hartoo linda - me dijo. Me anduve, como picando con eso de medio negrita, pero la pura que yo soy bien morena, y siempre me han dicho, en la casa me decían todos la negra, así que...

Era tan lindo donde vivía Juan Carlos, parecía un palacio, lleno de alfombras y jarrones y unos cuadros de santos y Juan Carlos me hizo entrar a la cocina que era una película, con montones de cosas limpias y blancas, y un refrigerador lleno de carne y verduras, y me hizo de comer, que abrió una lata de jamón, que yo no había visto nunca el jamón tan grande así, en conserva, y nos hicimos unos sandwiches y yo le dije que si tenía ají, aunque mi madrina me lo tiene prohibido porque dicen que salen espinillas, aunque yo nunca he tenido una sola espinilla, tengo la piel bien suave y sin un granito, que la Telma siempre me decía que lo que me envidiaba a mí era mi piel.

Había dos empleadas con delantales nuevos que me miraron medio raro, a lo mejor fue una idea no más, y Juan Carlos se puso a llamar por teléfono a unos amigos o amigas, qué se yo, y en la cocina había un teléfono celeste y había otro más chico, pero después vino y me tomó una mano y me llevó por el salón y por una escalera hasta una pieza que era preciosa, llena de libros y de afiches y uno enorme del Che Guevara, que ése sí lo conocía, y otro de los Beatles, y de otros cantantes.

- Este es Bob Dylan - me explicó.

- ¡Ah! - le dije.

- ¡Y este es Jimmy Hendrix! ¡El descueve!

Yo no conocía a nadie.

Y me mostró a otros, la Joan Báez y la Judy Collins, pero volvió a decirme que Hendrix era la muerte.

- ¿No tienes a Manzanero?

- No.

- ¿No te gusta?

- No lo conozco.

Yo me reí, contenta. Había algo que Juan Carlos no conocía. Yo iba a tratar de que conociera a Manzanero.

Estaba segura de que apenas lo escuchara...

- Es como romántico - le dije-. No sé si te va a gustar.

- ¿Por qué no?

- ¿Y no tienes un banderín del Colo-Colo?

- ¿Del Colo-Colo?

-Sí... ¿no te gusta el Colo-Colo?

- ¿Por qué me habría de gustar?

- A todos les gusta el Colo-Colo - murmuré, sintiéndome ridícula.

- A mí, no.

- ¿No te gusta el fútbol?
- No. A mi hermano le gusta.
- A mí me gusta un poco, pero si a ti no te gusta...

Qué poco te queda, vidalita de lo que antes fuiste

Después me fue a dejar a la casa. Nos comimos como cuatro plátanos y yo me reí porque una de las empleadas viejas le decía "niño Juan Carlos" y lo retaba, le decía que estos jóvenes de ahora que no llegan a dormir a sus casas, que andan como los huachos, y él me explicó que era la Rosalinda, una mama que tuvo de chico y que era pura boca no más y puro na que ver, y que la vieja era buena y le prestaba plata.

- ¿Y cuándo llegan tus papás?
- ¡Qué sé yo! El viejo es como tonto para el golf y no se mueve de Santo Domingo, y es capaz de pasar días enteros dándole con el palo.
- Y... ¿tus hermanos?
- Por ahí ... por ahí.
- ¿Tú eres el menor?
- Sí.
- ¿Y tienes hermanas?
- Dos.
- ¿Casadas?
- Una. La otra, la Consuelo, ya chutió al primero.
- ¿Y tienes tres hermanos hombres?
- No. Dos. El José Luis y otro más que es un pelota.

Quería saberlo todo. Todo. Quería acordarme por mucho tiempo de su pieza, de su escritorio lleno de libros, del tocadisco donde escuchamos a los Beatles y donde él me cantaba una cosa que no entendí y que él me escribió en un papelito, y que era algo como: "one day, you'll find that I'll be gone", y las camisas lindas que tenía y montones de zapatos y el sol que entraba en la pieza y caía en la cama y el canario que se llamaba Yusupoff, y yo quise decirle que yo iba a ser como ese rayito de sol que caía sobre la colcha, pero, claro que era una tontera como de Corín Tellado, y por suerte no se lo dije.

- ¿Has leído a Corín Tellado?
- No.

Entonces me fue a dejar y dijo que después se iba volando a Santo Domingo porque la vieja lo iba a matar, porque le había prestado el auto por un par de horas y yo le dije que tuviera cuidado porque era peligroso que manejara tanto y apenas si había dormido, pero él sacó otra botella como de pisco o algo y se la llevó para el camino y me fue a dejar y a mí me daba harta vergüenza que me fuera a dejar por esas calles tan sucias que hay detrás de la Vega, y pa más remate que yo vivía en la calle Salas al llegar a Lastra que es la más sucia de todas, con los camiones y las carretelas, pero él, bien dije, como que ni se fijó.

- ¡Nos vemos! - dijo.

Yo le quedé mirando, como triste.

- Un día nos vemos - agregó.

- Un día - repetí.

- Pregunto por María... y...

- María Acevedo Acevedo - le expliqué, para que no se fuera a perder.

- Pregunto por María Acevedo Acevedo.

- ¡Chaito! - le grité.

Ya iba corriendo en el auto y le chirriaron las ruedas en la esquina que casi se da vuelta, y yo dije, Virgencita de Montserrat cuidalo, y entré a la casa de mí madrina.

Estaba más enojada. Que yo era una perdida, que había ido a buscarme a todas partes, que la iba a matar de la preocupación, que venía llegando de las Postas, de la Asistencia Pública, que la Telma lo más bien que estaba trabajando y que quién sabe con quién andaba yo, que ella no me iba a aguantar más, que mejor me volvía a la población, que de la comadre Juana no podía esperarse trigo limpio, y que para qué ella había cargado con esta responsabilidad, que las muchachas ahora eran todas unas sueltas, que si no, que leyera lo del festival de los coléricos que estaba en todos los diarios y que había como cinco niñas de buena familia perdidas y que la Telma era harto mala de la cabeza de no haberle avisado que yo me había quedado a dormir con ella y que...

- ¿Vio a la Telma, madrina?

- Claro que la vi... Pero... tonta lesa yo... se me ocurrió cuando ya había echado los pies buscándote...

- ¿Qué le dijo?

- ¡Qué me iba a decir! ¡Qué fuistes a esa fiesta donde su tío y se les hizo tarde, y te quedaste a dormir con ella y no avisaron...

Me reí pa callado. La Telma era re buena galla. Un día le devolvería la mano. La Madrina también era buena como el pan.

- Y lo peor es que perdiste el colegio hoy...

- Un día madrina...

- Eras tan buena, hijita... Nunca me diste la menor preocupación. Siempre le decía a la comadre Juana, la María sí que va a salir hacendosa.

Entonces mi madrina se puso a llorar y a mí me dio mucha pena porque estaba ya bien vieja, de pelo blanco y medio encorvada y me quería igual que si fuera su hija.

- ... y fui a la Caja a cobrar el montepío y nada, no hay hasta el quince... todo se junta...

- Yo no quiero seguir estudiando, madrina...

- ¡Cómo que no!

- No. Yo quiero trabajar y ayudarla. Somos muy pobres. Y los hermanos... Quiero ayudarlos. La Telma me dice que puedo entrar de garzona, que ella le habla al dueño.

Yo ya había dicho varias veces a mi madrina eso, pero ella se enojaba siempre, y después me decía que todos los sacrificios que había hecho eran para que yo terminara la humanidades y fuera alguien, pero yo me sentía alguien, y ahora más que nunca.

Como a los diez días, cuando estaba en el colegio vino Juan Carlos y me tiró una carta por debajo de la puerta y por suerte mi madrina no abrió, porque fue en la tarde y ella andaba en la Caja, por lo del montepío. Yo corrí a mi pieza y me encerré y tuve la carta apretada contra mi corazón, y pensaba qué terrible habían sido esos diez días y yo pegada a la radio y todas las canciones como que me hablaban de Juan Carlos y abrí la carta después y apenas decía nada, una frase, decía: "Ni una palabra de Silo a nadie. Secreto". Y la palabra secreto estaba subrayada, y con letras grandes. Ni firma, ni siquiera había dicho querida María o algo. Nada.

Después vinieron unos días, fue como un mes, en que yo me sacaba puras malas notas y me ponía a mirar por la ventana donde había un patio con tierra y un naranjo viejo, y ahora estaba verde, y a veces llegaban unos pajaritos y me puse a dibujar en los cuadernos, llené dos páginas con el nombre de Juan Carlos, y traté de hacerlo también, pero me salió más feo, todo chueco, y no se lo dije a nadie, aunque me moría de ganas, y puse el nombre con unas letras negras en el bolsón, por dentro y dibujaba unos corazones con iniciales, y una tarde que se enfermó la señorita de Matemáticas, y nos fuimos más temprano, yo pasé a ver a la Telma y le conté.

- ¿Y él, te quiere?

- No sé.

- Pero, ¿te ha dicho algo?

- No. Nada.

- Es que es muy cabro, María... Búscate uno - más grande.

- A mí me gusta él.

- ¿Y me vas a decir que se bañaron desnudos?

- Sí... Pero no se lo vai a contar a nadie, Telma ... Júramelo...

- ¿Y a quién querís que se lo cuente yo? Oye... ¿y no hicieron nada?

- Nada.

- ¿Y si él hubiera pedido, oye?

- No sé... no sé...

- Lo que te pasa, es que estai enamorada, María...

Me asusté mirándola un rato con la boca abierta.

Era más buena amiga la Telma. Hasta una blusa me prestó, de esas Caffarena, con flores y todo, y me veía re bien cuando iba a comprar el pan todos me gritaban cosas y uno me dijo: - ¡Dios le guarde las tetitas! Y me dio rabia, pero no le hice caso porque era un roto mugriento medio

curado, "El Milico", que desde que llegué a Salas que me andaba molestando, y ni a la puerta del cité podía salir porque siempre estaban algunos. A veces venía la Mirta Soto, que me ayudaba a hacer las tareas de Química que yo no entendía nada, y le volvía a decir a mi madrina que por favor, que me dejara trabajar, que nunca iba a pasar a quinta, que era muy difícil, pero mi madrina se ponía furiosa y yo corría a encerrarme a mi pieza y ponía la radio a ver si salía Manzanero y una vez escuché cuando cantó eso de "esa tarde vi llover", y se me saltaron las lágrimas, y aunque no llovía, aunque estaba bien nublado, de todos modos, cuando decía "y no estaba s tú" yo me imaginaba a Juan Carlos corriendo en auto o haciendo quién sabe qué locura, y entonces sacaba el manojito de pelitos rubios que tenía, que todavía los tenía, en una cajita, los tenía y me ponía a besarlos como tonta.

Esa semana llegó la mamá a ver a la madrina y me dio harta pena verla, estaba más curada que nunca, y mi madrina dale que dale tazas de café, y mi mamá que resoplaba y lloraba y de nuevo estaba esperando, y mi madrina le decía que hasta cuando, y venía con el Lalo y el Porotito que me gustaba más porque se parecía un poco a mí, tenía los mismos ojos verdes, grandes, y era bien cabro chico, como tres tenía, y el Porotito a pata pelá y el Lalo con unas chancletas todas rotas, y estaba lloviendo ahora, y se ponían a comer el pan como si recién acabaran de conocerlo y mi madrina siempre terminaba enferma después de estas visitas y mi mamá decía que yo era una pará, que mejor me volvía a la población a ayudarla a lavar ropa, que la estaba convirtiendo en una señorita y que lo que yo era, era una puta, que ella sabía lo que había pasado con don Beno, que era el hombre que tenía, al que le decía antes tío, y entonces mi madrina se ponía hecha una fiera y le decía que toda la culpa era de ella que cuándo se ha visto hacer dormir a una niña de seis años con ella y con don Beno, en la misma cama, y que cómo se atrevía a hechármelo en cara, que si no tenía corazón, y le gritaba que se fuera, que no volviera más, mientras yo no paraba de llorar, y la vieja me seguía gritando: ¡puta! ¡puta! y mi madrina la empujaba y le decía que iba a llamar a los carabineros y el Lalo la tomaba de un brazo y le decía, vamos mamá, vamos... Y el Porotito estaba sentado en el suelo de baldosas jugando con la cola del gato.

Palomita flaca, vidalita de piquito hambriento

Yo tenía diez años cuando elegimos al último Presidente y ahora, de nuevo, íbamos a elegir a otro. Mi madrina era alessandrista y decía que el viejo, el león, decía, había hecho cosas muy buenas y fue entonces cuando vivía don Lucho, que lo más bien que había hecho su carrera en carabineros y llegó a sargento por sus méritos y pudieron comprarse esa casita en el cité, que no era muy elegante ahora, pero que en un tiempo vivían puros carabineros, hasta un teniente vivió ahí y que ese techo se lo debía a don Lucho, Dios lo tenga en su santa gloria, que le había dejado un montepío que si no fuera por los políticos que se robaban todo la moneda sería la misma y ella podría vivir mejor como vivía cuando don Luis que era tan cariñoso, Mariña, si tú lo hubieras conocido, nunca se olvidó de mi cumpleaños y cuando celebrábamos nuestro aniversario de matrimonio nunca dejó de llevarme a comer al "Merville", donde lo conocían y nos daban unos asados especiales, y lo que don Luis sintió más, y yo también, hijita, ay, cómo le pedía a la Virgen de Monserrat, pero nada, era no haber tenido un hijo, un hombrecito, me decía, para que entre al Cuerpo y llegue a ser sargento, hasta capitán puede llegar a ser si es empeñoso. Y entonces me decía que este Alessandri era tan bueno como el otro y que ella se acordaba la primera vez cuando fue presidente, que yo estaba muy chica, que el montepío le alcanzaba para el doble, y que por eso ella iba a votar por él, y que si yo fuera más grande y pudiera votar... En el colegio todos andaban en lo mismo en todas partes, yo no me había dado ni cuenta antes, pero como pasaban y pasaban los días y de Juan Carlos, nada, yo me puse a mirar y todo Santiago estaba lleno de letreros y la cosa era entre Alessandri y Allende, y otros decían que Tomic iba a arrasarlo, y yo, un poco por llevarle la contra a mi madrina y otro porque la Mirta Soto, que era una de mis mejores amigas, me puse más allendista y pasábamos discutiendo con otras compañeras del Cuarto B, y un día fuimos con la Mirta a la Población La Pirámide a ver a la mamá que me había mandado llamar porque decía que estaba enferma y vimos que toda la población estaba llena de letreros y banderas y que todos eran allendistas y hasta mi mamá que nunca se ha metido en política y don Beno andaba de lo más raro y hacía como quince días que no tomaba porque estaba metido en un sindicato y a mí me daba más vergüenza siquiera mirar a don Beno, que tantas veces le pedí a la Virgencita de Monserrat que

le diera la tuberculosis a don Beno, o que lo matara alguien por lo que me había hecho, pero nada, ahí estaba el viejo medio pelado y sin dientes. Y la mejora había crecido, le hicieron dos piezas y la mamá me dijo que mis hermanas ahora dormían todas en la otra pieza, y a mí me daba una rabia ver eso, porque había llovido la noche antes y había barro por todas partes y dos somieres para nueve cabros que dónde... Mi mamá decía que cuando saliera Allende iban a darle una casa que se la iban a quitar a los ricos, una casa, que don Beno le había jurado que eso era lo que iban a hacer en el sindicato, y yo me acordaba de la casa de Juan Carlos, la mansa casa que tenía, llena de salones vacíos, y me juraba que antes muerta a que le tocaran nada a Juan Carlos. Y lo peor es que la radio ya casi no tocaba música y puros discursos y un día la Telma me convidó a la fuente de soda porque habían puesto un televisor, y vimos cómo eran los tres candidatos, y el más dije era Alessandri, como buen mozo era el viejo y medio enojado todo el tiempo, y seguro que el papá de Juan Carlos era así, y Allende era como con cara de profesor, se parecía al señor de Física que teníamos, un viejo con el mismo bigote así medio blanco y con cara de viejo verde, y el otro, Tomic era muy negro con anteojos y el pelo blanco, todos tenían anteojos, y Tomic se parecía a un cura, más mejor al sacristán de la Viñita, era bien parecido y hablaba así como los curas como perdonándolos a todos. De todos modos yo le dije a la Telma que yo era Allendista la Telma se puso a reír y me dijo que qué cresta me podía importar, y yo le dije que me importaba porque mi mamá estaba metida en el barro hasta el cogote que tenía nueve hermanitos que se morían de hambre y ella me dijo, si, como no, créele a los políticos, me dijo, y yo dije que cómo íbamos a seguir así, que mis hermanitos no tenían zapatos y comían basura, y ella me dijo que eso era porque don Beno era un curado y no trabajaba y porque la mamá también era otra curada, y era cierto, pero yo le dije que yo quería ayudar a mis hermanitos, y ella me dijo que los pobres tenían que rascarse solos, y me dio harta pena la Telma que es más aséptica y en lo único que piensa es en pasarlo bien y en comprarse ropa y en salir con los taxistas.

A pesar de todo venía el dieciocho y salieron a vender banderitas. En la plaza Ercilla se ponían a vender las banderitas y un día mi madrina me convidó al centro y tomamos una micro Ovalle-Negrete en Independencia y fuimos hasta la calle Ahumada y vimos las vitrinas y mi madrina me dijo que un día me iba a comprar un vestido, porque yo andaba siempre de pantalones, que a dónde se ha visto una cristiana así, me decía, que eran unos bluyines que me había regalado la Telma, porque le quedaron chicos y mi madrina me dijo que parecía una pobre, y yo le dije que éramos pobres, pero ella me convidó a tomar helados a "Falabella" en unas mesitas blancas y tomamos helado con galletas de champaña y mi madrina me dijo que don Lucho, para el dieciocho, siempre se conseguía un cabrito, con unos compadres que tenía en Til Til, y que ella hacía un asado y que convidaba a unos amigos, eso cuando no le tocaba guardia, que a veces, en la noche, le tocaba guardia, y tenía ella que quedarse sola pensando en don Lucho, que quién sabe en qué peligros andaría metido con tanto ladrón y asaltante.

Yo estuve triste un montón de tiempo, ni comer quería, que mi madrina me decía que ya no tenía estómago, que estaba en los huesos, que me iba a dar la tisis, y yo, qué ganas iba a tener, y ella me hacía pastel de papas con dos huevos duros adentro y pasas, pero nada, no podía comer. Un día encontré un "Clarín" viejo donde hablaban del festival de los jipis y decían que se habían perdido no sé cuantas chiquillas y habían unos fotos y yo estuve mirando bien a ver si reconocía a Juan Carlos en una, pero nada.

Otra vez llegó la mamá y me dijo que teníamos que ir a una concentración allendista en el parque Cousiño, que yo tenía que ir también y le pidió a mi madrina que fuera, pero mi madrina no quería ni oír hablar de eso y me prohibió que fuera y yo no sabía qué hacer porque a quién hacerle caso y le pregunté a la Mirta Soto y ella me dijo que ella iba a ir también así que fuimos. Que era como a las tres de la tarde cuando teníamos que reunirnos frente a la estación Mapocho, y mi mamá estaba con todos los chiquillos hasta el Porotito lo había llevado, y con un palo con un letrero, y dijo que don Beno iba a la cabeza de la columna Población La Pirámide, y comenzaron a caminar y a gritar, y todos gritábamos: ¡Allende! ¡Allende! ¡Allende no se vende!... Y la Mirta tenía plata y compramos maní. En el parque habían montones y seguían llegando y estuvimos a todo sol paradas como cuatro horas hasta que llegó toda la gente y habían banderas chilenas como en el dieciocho y hablaron un montón de personas, unos gordos enormes, de bigotes, que gritaban y después habló uno bien flaco, de anteojos, y después habló Allende y dijo un montón de cosas de nosotros, los pobres, y yo le dije a la Mirta, ves Mirta, no te decía, oye, y ella me decía a mí, quiubo, que te parece, y Allende hablaba y hablaba y decía que la revolución, que los pobres... que todo iba a cambiar, decía.

Pero, pasaron los días y nada cambió. Me pusieron un uno en Química. A la madrina se le volvió a atrasar el montepío. Nos cortaron la luz. Mi mamá tuvo el otro cabro que se le murió a las dos semanas, porque se lo habían ojeado, según nos vino a decir llorando, pero mi madrina dijo que se había muerto de diarrea porque le daban ulpo y pan remojado.

Yo planté una matita de toronjil en un tarro. Me la regaló un joven en el almacén. Siempre me decía que yo tenía cara de pena. Me decía "siempre tan apenadita, usted" y a mí como que se me iban a saltar las lágrimas y me reía y el joven trabajaba en la caja y un día me regaló la mata de toronjil y me dijo que era bueno para la pena. Y yo me reí de nuevo. Pero, igual la planté, y la pasaba regando y un día estaba lloviendo y había otra concentración de Allende y mi mamá volvió de nuevo a decirme que fuera, pero yo no quería ir porque tenía los mocasines rotos y eran los únicos, los del colegio, y le diíe, pero la vieja, más porfiá me dijo que le mirara los zapatos a ella, y lo más bien que yo voy me decía porque pa eso soy chilena y yo lo único que le pedía a la Virgencita de Montserrat era que la mamá no apareciera más, que se fuera, que se borrara y la madrina con tanta tos que apenas podía levantarse y las dos solas como los gatos y la madrina que me pedía que atrancara bien la puerta que en el cité había gente mala, entonces yo me preparaba una aguítta de toronjil a ver si se me pasaba la lesera, pero nada, ni la radio podía poner porque todavía no pagábamos la cuenta y me cargaba el colegio, todo, había noches en que me quería morir, en que le pedía a la virgencita que me llevara, ¡llévame virgencita!, le decía, mira que no aguento más...

Encontré de nuevo otra carta. Igual, un sobre blanco. Debajo de la puerta. Como a las siete de la tarde. La madrina me había mandado a comprar un paquete de fideos. Corrí a abrirla. "Silo se reúne. Espérame en la puerta, mañana, a las cinco".

Todas las plumitas, vidalita te las llevó el viento

Dormí mal. No podía conciliar el sueño. Estaba nerviosa y me daba vueltas en la cama y apretaba las dos cartas de Juan Carlos, que es más el Juan Carlos, que ni siquiera las firmó, ni siquiera le puso querida María que qué le habría costado, o simplemente María, como en la serial, y me dije, mejor trata de dormir, oye, que si no mañana vas a estar con unas ojeras, y nada, la madrina ronca que ronca, los gatos peleando y al amanecer, que tenía que ir al colegio temprano, los veguinos comenzaron a gritar cuando todavía estaba oscuro, con las carretelas y los bocinazos de los camiones, que la madrina tuvo que remecerme cuando me agarró el sueño y me vestí a la carrera y tomé café con leche y el pan me lo fui comiendo en el camino, que había sol, y ahora sí que iba a comenzar la primavera, de todos modos llegué como a las nueve, cinco para, y la señorita me mandó a la inspectoría y me pusieron un anotación, es más la señorita, me tiene más mala barra, desde que el año pasado, me eligieron reina del curso, me tomó entre ojos y el promedio de Matemáticas es más importante para la prueba global, y me tinca que ahora no voy a poder seguir estudiando yo lo que quisiera es estar con el Juan Carlos, todo el tiempo, ir a verlo cuidarlo, lo malo que no sé nada de él, hoy le voy a preguntar aunque se me sienta, no sé ni la dirección que se la voy a pedir, ni el teléfono, para poder mandarle alguna vez una carta o llarnarlo. Me pusieron un cero en la prueba escrita de Física, no contesté ninguna pregunta y aunque la Mirta me trató de ayudar y me dijo que copiara y me pasó un torpedo, nada, no estaba allí, miré el patio y el naranjo que ahora sí que estaba verde y ahora sí que habían pajaritos, como cuatro o cinco y después en Historia, me puse a escribir una carta a Juan Carlos que no la pude hacer que decía te he echado tanto de menos y repetí lo mismo cómo en dos páginas, y la Mirta trató de leer lo que yo había escrito pero yo no la dejé, porque son cosas privadas, le dije y ella me contó que el Mario la había vuelto a besar, a la mala y yo le dije que Juan Carlos me había besado muchas veces, y ella me miró con envidia y después me dijo, lo que pasa es que tú eres re bonita, podrías ser hasta la reina del colegio, si quisieras, y la Mirta era más, pa lo que me importaba a mí, en el recreo me preguntó:

- Oye... ¿y tú, hai fumado marihuana?

- Claro -le dije.

- Oye, ¿y cómo es?

- ¡Caballo!

- Debe ser re choro. El Mario me dijo que se iba a conseguir. Sabís que la Eliana Maldonado anda con cigarrillos. Si la pillan la expulsan.

Nos volvíamos por Recoleta tomadas del brazo con la Mirta y nos metíamos por Dávila y a veces pasaba un ratito a su casa, que tiene una casa lo más decente, que el papá es comerciante, y tiene un puesto de fruta al por mayor en la Vega, pero esta vez no me quedé ná, y me vine corriendo a mi casa y me lavé el pelo con quillay y me lo escobillé un montón, para que estuviera bien negro y me puse los pantalones, los yines de la Telma, que los había lavado y una chomba de jersey roja, la más bonita de todas, que me regaló mi madrina el año pasado para mi cumpleaños y como soy bien morena dicen que el rojo me queda muy bien y me puse un collar que me prestó la Mirta, que es como jipi, con unos pedazos de madera y de alambre y me puse a esperar a Juan Carlos que llegó como a las cinco y media y yo ni la puerta podía, abrir porque el Milico andaba curado y andaba por la cuadra y de repente llegó Juan Carlos y casi atropella a unos cabritos que jugaban a la pelota en la calle. Y tocó la bocina y yo corrí y la madrina detrás que a qué horas iba a llegar, que no llegara tarde, que ella se asustaba tanto, que le avisara...

Me dio risa. Estaban todos mirando con la boca abierta en el barrio. Yo misma no lo podía creer. Porque Juan Carlos venía ahora en un auto fantástico, grande, blanco, un Mercedes Benz precioso, nuevecito.

- Es del viejo -me explicó.

Los niños lo tocaban y dejaban las manos encima y de toda la cuadra salieron a verlo y el Milico me miró un buen rato y miró a Juan Carlos y movía la cabeza, más intruso el Milico.

- Es un dos ochenta y corre más que el Austin Cooper. Ya vas a verlo. El viejo se fue anoche a New York y yo se lo saqué.

Casi no me había mirado. A pesar de que yo lo miraba y lo miraba. Seguía, más lindo que nunca. Tenía una chomba azul preciosa y unos pantalones a franjas azules y blancos y estaba elegantísimo.

- Creí que no venías.

- ¿Recibiste la carta?

- Sí, las dos... Pero igual creí...

Me temblaba la voz al hablarle. Más tonta. Carraspié bien.

- ¿Dónde vamos?

- Hay reunión.

- ¿Lejos?

- Cerca de San Antonio. Vas a conocer nuestro epónimo.

- ¿Epónimo?

- Sí, a Bruno. Al jefe. Yo soy coetáneo de Silo y quiero que también lo seas tú.

- Lo que tú digas.

- Cuando los dos estemos en la iglesia... o sea, seremos puros, distintos.

- Sí, Juan Carlos.

- Pero, no hay que contárselo a nadie... ¿Se lo has contado a alguien?.

- A nadie, Juan Carlos.

- Todavía estamos en las catacumbas ¿entiendes? Somos una iglesia secreta... Pero ya vendrán los días de la luz, llenaremos Chile, América, el mundo... Así dice Bruno, que seremos legión, dice...

- ¿Y si no me admite?

- Si pasas por la prueba de iniciación... Y presentada por un coetáneo...

- ¿La prueba?

- Hay que hacerla, María. Y en la cripta, frente a todos los coetáneos.

- ¿Y en que consiste? Soy mala pa las pruebas...

- Tienes que hacer, en la cripta, frente a todos nosotros, lo que más te avergüence.

- ¿Lo que más me avergüence?

- Sí, lo que te dé más vergüenza, eso que nunca te atreverías a hacer frente a los demás... ¡Esa es la prueba!

Ibamos saliendo de Santiago. El auto tenía olor a cuero, y tenía una radio que sonaba por delante y por atrás, y yo me puse a pensar que qué era lo que más me avergonzaba y no sabía que era, y se me ocurrieron cosas terribles como contar lo de don Beno, pero antes me mataban que hacerlo.

- Si te liberas de tus vergüenzas, dice Silo, serás pura de nuevo y borrarás el estigma, o sea, el pecado original.

- Si me libero...

- Volveremos al paraíso... O sea... ¿no te day cuenta, María, que todos los de Silo andamos buscando el paraíso?

- Sí, Juan Carlos.

Como a las seis y media de la tarde llegamos. Cerca de San Antonio, salimos del camino pavimentado y nos fuimos como a un fundo adentro en medio de unas colinas y allá, al fondo, en unas casas blancas, estaban. Yo me creí que iban a haber puros chiquillos, pero vi un montón de viejos y algunas señoras y estaba el tal Bruno que tenía los ojos brillantes, como lustrados, y le faltaba un brazo. Se habían puesto unas túnicas blancas, como delantales de enfermeros y Juan Carlos me dijo que él también tenía su túnica de coetáneo y que yo la iba atener cuando me iniciara y yo tenía más susto porque todos hablaban en voz baja y después nos juntamos a escuchar a Bruno que dijo más cosas, sobre el paraíso y la pureza y como había que crear el alma, formar el alma, decía, en el nido del cuerpo, como un huevo empollar el alma, empollarla hasta que naciera dentro del nido, y también habló de que había que aprender las nuevas oraciones, los rezos, que se creaban adentro del alma y nos dijo, recemo, y todos nos arrodillamos para rezar y todos nos quedamos bien callados, inventando los rezos aunque yo miraba a Juan Carlos, que se veía mejor que ninguno, mucho mejor que Bruno, porque Juan Carlos es alto y delgado, y con su melena rubia, y el delantal blanco, se parecía a un actor de cine que hace unas películas sobre médicos, o sea parecía a un ángel, cada vez más. Y ya estaba poniéndose el sol y Bruno indicaba al sol y hablaba de nuevo y todos sentados junto a él, y había un viejo enfermo medio como con un parális, que temblaba y temblaba y el sol le caía encima y el viejo daba unos gritos como de pájaro y se levantaba de la camilla y era como si el sol lo estuviera quemando, cuándo, si apenas entibiaba, y daba unos gritos: - ¡Ay! Y un salto en la camilla. Y otro grito: - ¡Ay! Y así y con él estaban dos muchachos que le decían, tranquilo abuelito... tranquilo, abuelo... pero veíamos todos que el viejo como que se estaba muriendo y Bruno pedía que nos tomáramos de la mano y rezáramos por el viejo y el viejo estaba anaranjado de sol y dos veces, como temblaba tanto, se le cayeron los dientes postizos que me dio una risa y tuve que morderme una mano y los nietos se los recogían y los lavaban como en una acequia que había y se los volvían a meter en la boca, y habían montones de autos elegantes porque todos parecían gente bien, como con plata.

Después, cuando fue más de noche, y algunos empezaron a irse Bruno seguía hablando, aunque yo ni juicio le hice porque lo único que me interesaba era mirar a JuanCarlos que estaba muy serio y no despegaba los ojos del manco, entonces nos quedamos como un pequeño grupo y a Bruno le mostraban libros, quién sabe qué serían los libros, y Bruno anotaba en un cuaderno, y Juan Carlos le habló y me mostró y Bruno, más tarde, cuando ya se hablan ido casi todos y era bien de noche, me dijo:

- ¿Crees?

- Sí - le contesté.

- Si crees, creerás en Silo - me dijo.

Yo movía la cabeza.

- ¿Estás preparada?

Juan Carlos dijo que sí. Que yo era pura.

- ¿Eres pura? - me preguntó Bruno. Y yo, como que me puse colorada, que qué le iba a decir, aunque como era de noche no se notó.

¿Eres virgen? - me volvió a preguntar.

Yo no sabía donde meterme. Mire que venir a preguntar eso. ¿Y qué le iba a decir? ¿Y cómo le iba a contar que el tío Beno... ?

- Si estás en pecado sólo puede redimirte la prueba...

- Le expliqué algo - dijo Juan Carlos.

- Pero, aún no es tiempo. Acabas de llegar. Necesitas impregnarte del espíritu de Silo. Para ser coetáneo hay que prepararse. Y tú - miró a Juan Carlos- tú la ayudarás para que ingrese a la cripta, cuando llegue el tiempo.

Yo tenía más miedo. Si seguía preguntando el joven o me pedía que hiciera la prueba.

- En quince días más nos reunimos. Cuando Silo avise. Cuando vuelva a hablar.

Nos fuimos bien tarde y yo encontré más fome todo, porque Juan Carlos y un grupo chico se quedaron hablado con Bruno y yo me anduve como aburriendo mirando unos perros y unas ovejas medio peladas.

- ¿Que te pareció Bruno? - me dijo Juan Carlos, cuando ya corríamos de nuevo hacia Santiago.

- Bien - le dije. No sabía que decir.

- Es nuestro epónimo. Aquí. Y un día tú vas a entrar a Silo. Me dijo que aún no. ¿Tienes miedo a la prueba?

- No.

- Tienes que ser muy sincera, María. A veces es terrible. O sea, lo que más le avergüenza a uno... Yo, por ejemplo..., ¿te cuento? Casi siempre son cosas sexuales... ¿Tienes miedo a las cosas sexuales?

- No - mentí.

- Hay que hacer en público esas cosas espantosas que uno hace pa callao. Por ejemplo, yo me corrí la paja, ¿entiendes? Tuve que masturbarme porque siempre lo hago, a escondidas, mirando los Play Boy. Y Bruno me advirtió que si era un exhibicionista mejor pensara en otra cosa. Que no importaba que uno fuera virgen, que siempre estaba lleno de pecado, de inmundicia, o sea... Algunos se sacan la prueba con cualquier cosa, pero Bruno los pilla al tiro, y yo quise... o sea, quise limpiarme... ¿entiendes? Y me sentí mejor, cuando todos me miraron, y yo estuve limpio, me sentí puro nunca más a escondidas, nunca más nada... Silo recomienda la castidad, hasta que llegue el amor. Cuando hay amor... dice Bruno, o sea, la vida sexual es la plenitud de la comunión, así dice... Si no hay amor, el sexo es una maldición, el pecado mismo...

Yo iba pensando un montón de cosas, pero como hablar con Juan Carlos, la pura, que me daba más vergüenza, además era más instruido, sabía montones y me dijo que Krisna Murti, o algo así, que tenía que leerlo, que me iba a prestar unos libros, que los poderes, que me había estado llamando por poderes, y yo no supe nada, la tonta, porque no estabas lista, por eso cuando estés en la onda, cuando sientas mis ondas, me decía, y me decía que él ni siquiera usaba el teléfono ahora y otro montón de chivas, aunque yo lo miraba y lo miraba y como que no lo oía, como que no podía entenderlo, porque cuando le veía los ojos o a la boca que era tan linda, con los labios rosados, medios gorditos.

-¿Y qué le pasaba al viejo? - le pregunté.

- Está desahuciado... Y Silo lo va a curar. Ya está mucho mejor. Cuando Silo nos llamó, hace un año, y fuimos, y fue en la cordillera en un lugar secreto, y Silo bajó de la montaña y si hubieras visto al viejo pensamos que se moría mucho antes, y Silo lo tocó...

- ¿Silo? Silo... Pero, entonces... ¿Silo existe?

Y ahí Juan Carlos como que se me anduvo enojando. Nunca debí preguntarle, más tonta, como que me miró y se puso rojo y empezó a correr más fuerte y no me habló, un buen rato hasta que íbamos por Talagante y me dijo:

- A ti, todavía, te falta mucho.

Y yo tratando de arreglarla pero, qué sabía yo. Me dejó en la casa, como a las nueve y media de la noche, y sin siquiera tocarme la mano, se fué.

Yo, yo miré muda, y como que quería decirle algo, que cuándo, que si me iba escribir y me acordé que ni siquiera sabía su número de teléfono, que si estaba muy enojado, que me perdonara, yo traté pero el cerró la puerta del auto y se fue y me miró casi con odio y yo entré corriendo a la casa y me tiré encima de la cama y estuve llorando y no quise comer.

Es un viento malo, vidalita es un viento frío

- Puras cabezas de pescado - me dijo la Mirta, cuándo le conté. Aunque no debí haberlo hecho pero la hice jurar, ¡y a quién le iba a decir, si no! y la Mirta me dijo que tuviera cuidado porque esos jóvenes, eran medios corrompidos y seguro que iban a terminar todos presos, que ella, ¡cuando había oído hablar de Silo!

- El Bruno dice que todavía no estoy lista.

- ¿Y qué vas a hacer, cuando estés lista?

- La pura que no sé... No sé si me atreva.

- Seguro que te van a hacer alguna cochinada...

- Pá mí que Juan Carlos ya no más. .Se ofendió con lo que le dije.

Y me dio miedo al tiro, cuando dije eso.

- Es un joven bastante raro tu Juan Carlos.

- ¡Si tú lo conocieras!

Ya estábamos como a fines de agosto y nadie hablaba sino de política, de manifestaciones, y la radio puros discursos y mi madrina dale que dale con Alessandri, y que el tío Lucho, que si no salía Alessandri que qué iba a ser de nosotros y mi mamá que llegaba a buscarnos todo el tiempo, que andaba más agitada, y me dijo que ahora sí, y venía con todos los chiquillos y yo fui a dos concentraciones más, que más las apreturas, aunque cantábamos y dábamos gritos y en la segunda un joven que llevaba una bandera chilena como que me anduvo siguiendo, porque se instaló a mi lado y no se me despegaba, más ligote, y me dijo que le ayudara a sostener la bandera chilena, y cada vez que nos poníamos a gritar, me miraba a los ojos, como si estuviéramos cantando a dos voces, y me dijo que él era de las juventudes comunistas y me dijo que yo tenía unos ojos verdes preciosos, lo que yo ya sabía.

Como todo estaba revuelto, y habían peleas, y se dieron de golpes allí mismo, en la calle Salas, con Lastra y llegaron los carabineros con el Grupo Móvil que lo llaman y tiraron bombas lacrimógenas que la casa se pasó entera y todos llorábamos y mi madrina decía que a dónde, que en tiempos del finado Lucho, y habían disparado contra un joven que estaba pintando una pared y se decían montones de cosas, traidores y vendidos y momios y ladrones, y no se qué, y ya no podía ni salir a la calle, y todos andaban como sordomudos haciéndose señas, que el uno, que el tres, y en el colegio nos dieron vacaciones que qué iba a hacer yo con las vacaciones, aunque la mamá me vino a buscar y me dijo que mi lugar estaba en la población y pa allá me fui un día, que se me había olvidado, cómo era eso, que la mejora se estaba cayendo y no tenían luz, puras velas, y el agua había que ir a buscarla en chuicos como a seis cuadras y todo en medio del barro y la cochinada y los hermanitos medios desnudos, y el tío Beno, que me cargaba verlo, que me dolía el estómago verlo, el viejo ni me miraba siquiera y la mamá hacía té con sopaipillas en un brasero y entraba y salía gente, los vecinos y toda la población con banderas chilenas y con letreros de Allende, más grandes los letreros, y me dijeron que en dos semanas más, que íbamos a ganar, que por fin los pobres, que a don Beno le tenían prometida una casa con living y todo, y mi mamá estaba más brava y un día se agarro a peñascazo limpio con otros pobladores que eran tomicistas y una piedra le dio en la cabeza a la vieja, y hubo que llevarla a la posta para que la cosieran y mi madrina dijo que eso le pasaba por mala de la cabeza, y yo le decía que mejor nos, preocupábamos de los chiquillos que el Porotito no tenía ni siquiera zapatos, y andaba casi en pelotas y un día lo íbamos muerto, y a mí que me gustaba tanto el Porotito, un día, si yo pudiera tener un hijo de Juan Carlos, me decía, cuando me ponía a soñar en la pieza, porque, eso sí, nunca me quedé en la población, que qué me iba a quedar si en el rancho no había dónde, y que qué iba a dormir en el suelo cuando donde mi madrina tenía hasta sábanas y la mamá me decía que yo era una momia, y que seguro que era alessandrista, aunque yo le juré que no.

Cuando ya faltaba como una semana y yo tenía que ir todos los días a la población a pegar letreros y a gritar en las concentraciones, que ya me estaba cabriando, y el joven de la bandera volvió a aparecer y me dijo que cómo me llamaba y yo le dije que María, él se llamaba René y me dijo que íbamos a celebrar el triunfo juntos, pero yo, bien indiferente, y un día supe que Juan Carlos había ido a buscarme donde mi madrina, y me repelé, palabra que me dio más rabia, que me dije, ahora sí que no vuelve más, que qué tenía yo que andar metida en esos tetes, y nada al día siguiente me quedé en la casa, por siaca, y llegó, llegó como a las oncede la mañana y andaba en el autito chico, ahora, con otros pantalones que seguro que debe de tener un montón, que estos eran como morados y una camisa de encajes más linda, que ya me quisiera yo, que se le veía todo debajo y me dijo que subiera y subí y partimos hacia el centro y después por Providencia hacia arriba hasta un lugar que se llama "Las Terrazas" donde había mesitas afuera y nos sentamos y Juan Carlos pidió dos Coca-Cola y como que estaba enojado porque no me habló durante un buen rato.

- ¿Por quién vai a votar?

Yo le expliqué que por nadie, porque era muy cabra.

- ¡Sí! Pero, ¿quién te gusta?

Yo que no me atrevía a decírselo, que total la política es pa puro pelear, y seguro que él era alesandrista, porque la Mirta Soto me había dicho que era un momio, así que le dije:

- Mira, no sé... No me he decidido...

- ¿No eres allendista?

Como que adivinaba todo, Juan Carlos.

- No me gusta nadie.

- Va a ganar Alessandri -me dijo.

- ¿Tú crees?

- El viejo dice que gana Alessandri, a la vela. El viejo es re amigo del Paleta. Tú sabís que mi mamá es sobrina del Paleta.

-Y a ti. ¿Quién te gusta?

- ¡Nadie! - gritó-. ¡Nadie! Y, en voz baja - ¡Silo ha pedido la abstención! ¿entiendes? ¡Nadie de Silo vota! ¡Porque los candidatos son impuros! O sea, Bruno pasó el mensaje... Todos, los tres, son impuros, ¿cachai? los tres están condenados... La iglesia de Silo, dijo Bruno, no se mete en estas farsas.

- Pero, Juan Carlos...

- Nosotros vamos a salvarnos María. Nosotros los de Silo. O sea, mis hermanos se ríen de mí, porque no sé cómo supieron. ¿Seguro que no se lo dijiste a nadie?

- No, Juan Carlos. No conozco a tus hermanos. Ni siquiera... si ni siquiera sé cómo te llamas, el apellido, quiero decir...

¡Juan Carlos Eguirreizaga! -me explicó, como extrañado. Eguirreizaga Montt... Y mi papá es don Nicodemo Eguirreizaga... ¿No lo conoces?

- No.

- El viejo ha sido ministro dos veces. Y, ahora, es uno de los, capos del Partido Nacional. Momio por todos lados. El viejo es el brazo derecho de Alessandri... La otra noche estuvo el Paleta a comer en la casa y mis hermanos, bueno, el José Luis, que es de Fiducia y los otros que son tomicistas hasta el cogote, y se pusieron a discutir con el Paleta y se armó la grande, porque el papá dijo que no aceptaba que se le faltara el respeto a don Jorge, y la mamá se puso a llorar y don Jorge me preguntó que qué ideas tenía yo y yo le dije que yo no apoyaba a nadie, porque todos los políticos, le dije, eran unos impuros, y el viejo del papá se puso hecho una furia y me echó del comedor, y me cortó la mesada, y me amenazó con meterme a la Escuela Militar...

Y, mientras me explicaba esto, llegaron un montón de chiquillos y chiquillas y todos conocían a Juan Carlos y las chiquillas eran más lindas, y más, elegantes, como de la "Paula" eran, con unos alones de terciopelo y otras con unos ternos como de seda y todas conocían a Juan Carlos, y yo no sabía donde meterme, porque andaba de nuevo con los yines y unas zapatillas de tennis más viejas, y una chomba medio desteñida, pero todos me trataron como si fuera del grupo y hablaban de irse en la tarde a Algarrobo a una casa de no sé quién y que tenían un yate y que podían llegar hasta Los Vilos, y después se pusieron a hablar de política y unos eran tomicistas y otros alesandristas y, todos gritaban y que si iban a la concentración o no, y que Tomic había juntado más de cien mil personas. Era bien divertido porque por la calle andaban más grupos y autos y tocaban las bocinas y montones de señoras comprando cosas. Entonces llegó un hermano de Juan Carlos que era más alto que él y más flaco y con anteojos y con un traje bien de caballero con corbata y todo y ni la sombra de Juan Carlos, me trató como si no estuviera allí me dio la espalda y era más el Juan Carlos que nunca presentaba a nadie y cómo iba a saber, y

después el hermano me dijo, -¡oye negra! Y a mi me dio más rabia. Después Juan Carlos se paró y se fue con todos ellos a no sé dónde se fue, me dijo, no, no me dijo nada, me hizo un gesto con la mano casi sin mirarme, y yo alcancé a decirle ¡Chao!

Y yo me quedé en Providencia casi al llegar a Los Leones, sin plata pa la micro, sin nada. Y tuve que irme caminando hasta la casa que me demoré como una hora en llegar y me dolían los pies, y lo más, era que tenía más rabia. Claro que cómo iba a saber Juan Carlos que yo no tenía plata pa la micro.

Te dejó sin plumas, vidalita y el buche vacío

- No seai lesa María - me dijo la Mirta- ese joven no te conviene.

Era más la Mirta, todo porque ella estaba pololeando con un chiquillo que trabajaba en el Banco de Chile, y la Mirta ya soñaba con el matrimonio, porque dijo que su pololo era serio, no como los otros, que ya tenía comprado algunos muebles, que se llamaba Arturo Torres y vivía con su mamá y tenía un bigotito, y aunque acababa de entrar al Banco seguro que iba para arriba porque era como bala para las matemáticas y le había hecho las tareas y le dijo que terminara sus estudios y cuando la besaba el bigotito le hacía cosquilla, le quedaba picando arriba, encima del labio. Además, la familia estaba feliz, y el Arturo vivía en Independencia con Dávila, del mismo barrio, entendís, y con los mismos gustos. Esos jóvenes del barrio alto la usan a una pa puro revolverla no más...

- Es que, es que yo creo que... que le gusto un poco - le dije.

- Oye, ¿te ha pedido que pololees con él? ¿Ah? ¿Te ha dicho alguna vez, oye María querís pololear conmigo?

- No.

- ¡ Ah! ¿vistes? ¡No te, ha dicho! ¿y, entonces?

- Es que no creo que me vaya a decir, oye...

- Ese es un momio, un hijito del papá... Y son los peores, mucho auto prestado, y, nada... Y de repente...

- Si ni siquiera me ha dado un beso, Mirta...

- Harto raro... Que querís que té diga... A mí, el Arturo, a la tercera salida me llevó al teatro y me compró pastillas de menta y me dio un beso, pero antes me había pedido si quería pololear con él y yo le había dicho que sí... Es bien formal el Arturo...

- Juan Carlos es distinto.

- ¿Distinto? ¿Y qué tiene de distinto?

- Es... es como religioso, ¿sabís?

- Esos son los peores.

Y cada vez que hablaba con la Mirta, es más la Mirta, me quedaba como triste, como nerviosa, sin ánimos, porque tenía razón, a su modo de ver, y le pregunté a 1a Telma, fui a verla, que hacía como quince días que no iba, y le conté todo, no todo, pero, y la Telma me dijo que no fuera tonta, que ése sí era un partido me dijo que lo trabajara bien, que no se lo fuera a prestar,

es más grosera la Telma, como está en una Fuente de Soda, "no prestes el pote", me dijo, y yo me puse colorada y ella me contó que tenía un joven que era teniente de ejército, antes de entrar a trabajar, y que la venía a ver a la casa, y era lindo, bien elegante y bien parecido, y un día llegó con un jeep y fueron a Colina y se tomaron unas maltas con huevo y, después el teniente comenzó a acariciarla y ella tenía diecisiete, no como ahora que tenía diecinueve, y se empezó a calentar y no podía más, y el teniente se la llevó al campo y entre las hierbas siguieron y ella era virgen, y más tonta, y el teniente allí, mismo se la sirvió y ella gritó y lo pasó pésimo, pero después volvió varias veces y siempre a Colina, y al mismo lugar, que tenían ya medio aplastados los yuyos, y dale que suene, como que le iba gustando al final, y de repente se dio cuenta, cómo a los dos meses, que estaba esperando, vas a creer María, apenas habíamos tirado , como diez o doce veces, doce a lo más, y yo me cuidaba y tomaba píldoras y tenía mis días, y me quedé esperando, y al principio me dio hartito gusto, como que me hice ilusiones, pero después me dije, puchas en el medio tete en que me voy a meter y pensé pa mis adentros ¿Y por qué no le digo al teniente? Total, él tiene la culpa...

Y, a lo mejor, hasta se casa altiro en vez de seguir esperando... Y se lo dije y casi se murió de susto se puso pálido y me dijo que él, no podía casarse hasta que fuera capitán y que había que hacer algo y quedó en volver al día siguiente con el jeep para ir a ver a un amigo suyo que estudiaba medicina y, vai a creer María, que no apareció más, pero lo que se llama no aparecer más, una mariconada... Y cuando fui a averiguar al regimiento me dijeron que había pedido su traslado a Antofagasta, el perla, te dai cuenta cómo son los hombres, y cuando uno presta el choro, se aprovechan de una y después, chao, si te he visto no me acuerdo... y tuve que hacerme el raspaje donde una matrona amiga mía, y recién ahora lo terminé de pagar... ¿y, sabís que más, María? que si no se lo hubiera prestado, como que me caso con el teniente, porque era joven, hartito serio, que no quería problemas, y que quería seguir en la carrera y; como que me quería también, y si yo no le hubiera puesto tanto empeño en Colina, porque él hasta tenía un poco de miedo, y yo, la de las chacras, pa hacerme la mujer, me puse a hacerle cuestiones hasta que... pero...

- Juan Carlos es distinto...

- Si te las manejas bien ése cae... Aunque es re cabro. ¿Qué vai a hacer con un cabro de diecisiete? Búscate alguien mayor.

Así me decía la Telma, que era bien buena amiga conmigo aunque medio lanzada ya, como a la vida, y mi madrina me había dicho que no me metiera con ella porque era una mala junta, que era una mujer con experiencia, me dijo.

Al día siguiente llegó el Juan Carlos a buscarme, en otro auto, un Fiat rojo, bien chico, y venían con él dos amigos bien jóvenes que parecía que habían fumado, porque tenían los ojos medios raros y se reían solos, y era como a las siete de la noche o más, y yo le dejé un papel a mi madrina que andaba por Santo Domingo y me fui con ellos, y nos fuimos a Providencia, y yo apenas si tuve tiempo de ponerme una chaleca Dunova que me había prestado la Telma, y un par de zapatos de la Mirta, de esos de tacos grandes, como se usan ahora y el Juan Carlos cantaba con la radio una canción en inglés, y me dijo que todos ellos eran de Silo y me preguntó si yo tenía miedo y yo le dije que no, aunque me acordé de lo que me había contado la Telma, y nos metimos por Américo Vespucio hasta Las Lilas, que yo iba mirando las calles para saber dónde íbamos y dimos varias vueltas, como que andaban buscando a alguien y nada, y después nos volvimos a Providencia hasta el "Coppelia" donde Juan Carlos me invitó a tomar un helado de chocolate y saludaba, a gritos a un montón de chiquillas rubias, preciosas, y más elegantes todas, y preguntaba por José Luis y no sé quién, y estaban fumando los amigos, porque el humo me había mareado un poco y después del "Coppelia" nos fuimos por Providencia hasta Pedro de Valdivia, y ellos se metieron a un club que hay en la esquina, a un subterráneo donde hacían gimnasia y pesas, y donde: podía estar el José Luis pero como que no estaba naa y después nos fuimos por la Costanera y en el puente del Arzobispo había un grupo bien grande, con unos estandartes y unos tarros de pintura y Juan Carlos se metió por Tajamar a toda velocidad que casi nos dimos vuelta y dejó, el auto medio escondido y dijo:

- ¡Vamos!

Y salimos todos y ellos llevaban unos paquetes, unas bolsas, pero yo no pregunté. Y nos fuimos medio corriendo por entre los matorrales que dan a la Costanera hasta que los vimos de nuevo entregando unos papeles a los autos y otros pintando letreros en el muro que da al Mapocho y cuando estuvimos bien cerca Juan Carlos abrió la primera bolsa, que eran piedras y los otros traían unas hondas y a una orden de Juan Carlos comenzaron a tirarles piedras y Juan Carlos me pasó una honda a mí, pero yo no sabía cómo y él se enojó y tiraban piedras y una le había roto la cabeza a alguien y comenzaron a gritar los otros, que era de noche, y se escondían detrás del estandarte, y estaba medio lloviznando, y entonces Juan Carlos sacó una pistola y les disparó tres tiros, y después nos dijo:

- ¡Corran! y apretamos hacia el auto y partimos por Providencia a toda velocidad hasta el "Coppelia", y de nuevo el Juan Carlos pidió un helado de chocolate para mí y se reían y se palmoteaban los brazos y Juan Carlos me mostró la pistola que era del viejo, me dijo, y que él se la había "expropiado" para Silo, me dijo y que ahora iban a empezar a pasar cosas... Y yo le pregunté que a quiénes les habíamos tirado las piedras y él me dijo que a Fiducia y yo le dije que qué era Fiducia, y él me dijo que eran los católicos, unos momios miserables, me dijo, encabezados por su hermano José Luis, y yo le dije que si no tenía miedo de herir a alguien con la pistola, y él me dijo "ojalá hubiera matado al José Luis". Y a mí me dio pena y le tomé la mano pero él la retiró clavándome los ojos como ofendido. Cuando al día siguiente le conté a la Mirta esto, me dijo que ese muchacho estaba loco, que era un loco, que no lo viera más, que ése iba a hacer una lesera, que iba a dejar la mansa embarrá... y que Silo, y todo el grupo, y me dijo que ella me iba a presentar a un amigo de Arturo Torres, que también trabajaba en el Banco.

Yo dormía apenas y pasaba rñirándome al espejo y peinándome y como no había clases me pasaba encerrada en la pieza y a veces acompañaba a mi madrina que, después de la comedia de Radio del Pacífico, se ponía a rezar el rosario, y yo lo rezaba también y le pedía a Dios que me ayudara, que no fuera a perder a Juan Carlos, y que hiciera que él se enamorara de mí, le decía yo... no me acuerdo bien lo que le decía, pero era como si llorara cuando rezaba. Y todo por culpa de Juan Carlos, que yo ya sabía que era medio malo de la cabeza, es un alocado, me había dicho la Mirta, y yo le pedía que por favor no me hablara mal de él, porque yo lo quería tanto...

Ahora había más concentraciones y desfiles, todo el tiempo, y mi mamá pasaba viniendo y fui a dos más, y fui a la población porque Allende fue a hablarles a todos, y había fotografías y montones de banderas, chilenas, y Allende le dio la mano a mi mamá según contaba ella a gritos, y después me tuve que quedar porque el Porotito estaba con fiebre y la mamá andaba ya curada y don Beno desaparecido y la vecina que se quedó cuidando al Porotito me dijo que lo habían ojeado, y yo le dije que no, que mejor lo llevábamos a la Posta, pero ella, dale con que lo habían ojeado, que el día anterior llegaron a la población unos momios en una camioneta y que una señora rubia se había acercado al Porotito y le puso la mano en la cabeza y le dijo: ¡pobrecito! Y lo estuvo mirando un buen rato y eran momios alessandristas y la vieja, seguro, que le hizo algo, algo le dijo cuando lo miraba así, y ellos que no se dieron cuenta porque estaban todos ocupados en bajar unos cajones de tallarines que los momios les habían traído y esa misma tarde el Porotito se sintió mal, y comenzó a llorar y le dio la fiebre y la comadre que lo había visto aseguró que era mal de ojo, y le estaban haciendo uno remedios. Yo me ojeé más, porque me di cuenta que el Porotito tenía la barriga más hinchada que parecía un tambor, y le dije a la vecina que fuera a buscar a mi mamá porque había que llevarlo a la Posta y llegó la vieja que andaba tomando en un clandestino, y no paraba de gritar, ¡Viva Allende, mierda! ¡Viva Allende! y el Porotito estaba rojo, que parecía que echaba fuego y ya no hablaba el pobrecito yo le dije a mi mamá, oye mamá, ¿no te dai cuenta que el Porotito está re mal? Y ella gritó: ¡mal de ojo! ¡los momios! ¡Viva Allende, mierda! Y la vecina dijo que la mamá estaba demasiado curada, porque se cayó dos veces encima del Porotito, y la sacó pa afuera y yo tomé al Porotito y lo envolví en las dos únicas frazadas que había y cuando iba saliendo la mamá me lo quitó y estaba la comadre que había venido, la meica, y dijo que no se podía mover de allí hasta que estuviera sano, hasta que el maleficio, y yo le gritaba, ¡qué maleficio si tiene fiebre y hay que llevarlo a la Posta!, y mi mamá me pegó con un palo en la cabeza que todavía me acuerdo, y me dijo que yo era una puta, que me fuera de allí, que era, una momia, una alessandrista, y que el Porotito nunca se iba a mejorar mientras una cochina alessandrista estuviera mirándolo, y me agarró a patadas, y la meica me defendió que si no la mamá me mata, y todos los vecinos salieron y gritaban: ¡Viva Allende, mierda! y los chiquillos que me conocían y todos, me gritaban cosas, y hasta mis hermanos detrás de la mamá que parecía el demonio, me gritaban y salí corriendo y arranqué por el callejón entre el barro hasta llegar al paradero de las micros y ni llorar pude, y me fui hasta la casa y le dije a la madrina que el Porotito se estaba muriendo y le conté todo y mi madrina que no tenía plata ni pa terminar el mes llamó al doctor Briceño, que no estaba en la casa y fuimos como cinco veces al almacén a llamarlo y yo le decía que por qué no llamábamos a la Asistencia Pública, pero ella me decía que el doctor Briceño, que llegó como a las once de la noche, y nos conseguimos prestado un poco de plata y tomamos un taxi los tres, que el taxista no quería meterse a la población, decía, que porque podían romperle el auto, porque tenía unos letreros de Alessandri pegados y nos dejó cerca y estaba más oscuro, como que había empezado a llover de nuevo, y cuando llegamos adentro del rancho estaban gritando, daban gritos y a mí se me recogió el corazón, y salió la vieja, mi mamá, más curada que nunca, cochina, como si se hubiera caído al barro, y nos empezó a insultar y no quiso dejar entrar ni al doctor, y la meica estaba en la puerta, con una lata llena de hierbas que echaban humo, y mi mamá gritaba: ¡Un angelito! ¡Un angelito! ¡Para Allende, momios culiados! ¡Alessandristas culiados! - gritaba.

Yo no paré de llorar hasta la casa. Al día siguiente traté de ir de nuevo y no me dejaron. En la Posta, donde pidieron el certificado, el doctor Briceño nos contó... parece que el niño había comido muchos tallarines crudos... Yo ni siquiera supe dónde lo enterraron. Porotito era tan

lindo. Tenía un caballo que le había regalado para la Pascua, un palo de escoba con una cabeza de caballo.

Palomita sonsa, vidalita de piquito bobo

- A mí me gustaba tanto septiembre por el dieciocho, y porque venía la primavera, y cuando estaba en tercer año una vez hicimos un paseo a los cerros de Renca, con cocaví y todo, y la señorita nos explicó sobre las flores y la primavera y los padres de la patria y a mí me gustaba Manuel Rodríguez. Pero, ahora, después de lo de Porotito, no tenía ganas, no tenía deseos. Quería como morirme. Fui con la madrina tres veces a Santo Domingo, que ya ni a la iglesia podíamos ir porque todo estaba lleno de letreros y gritos y desfiles y había estudiantes en el centro y en la mañana y en la tarde se daban de palos y disparos y bombas lacrimógenas y parecía que se iba a acabar el mundo y la noche del 3 de septiembre mi madrina atrancó bien la puerta y me dijo que no íbamos a salir, y que ella ni siquiera iba a salir a votar al día siguiente, que estaba muy vieja, y que no me iba a dejar sola me dijo, porque me veía que yo no podía ni levantarme de la cama y a puras agüitas no más, y me dijo que me lleven presa, no más, no me importa total, quién va a saber de una pobre vieja... Y don Lucho, Dios lo tenga en su santo reino, me va a perdonar que no le dé el voto a Alessandri... Y así no más lo hizo y esa noche dormimos mal, entre gritos y balazos y sirenas de bomberos y comunicados de la radio, y como a las tres de la mañana daban golpes en la puerta y en las casas vecinas del cité, que era bien tranquilo, pura gente decente, y la radio y más gritos, y yo en la mañana me use a leer una novela de Corín Tellado que me había prestado la Mirta y que parecía lo que me estaba pasando a mí, aunque Juan Carlos se llamaba Adolfo y era anarquista español perseguido y María era de una familia rica y noble y los padres se oponían al matrimonio y él le enviaba flores y cartas con una sirvienta coja y los dos se juntaban en un parque, en El Retiro, y cantaban una canción de Rafael, "cuando tu no estás, no tengo a nadie..." Todavía no iba ni en la mitad del libro. En la mañana del cuatro de septiembre la radio y los puestos móviles, y que ya había votado Allende, y que Alessandri votó en Mapocho, y que Tomic, y que los incidentes y los atentados, y yo veía a Juan Carlos que no había aparecido más, con su pistola y en el auto, y quién sabe qué podría pasarle, hasta muerto podía estar, que era tan mala cabeza, y mi madrina estaba bordando unas sábanas que le habían encargado, y me dijo que cuando yo me casara ella me iba a bordar un juego de sábanas maravilloso, y yo me sonreía pa mis adentros, casarme yo... ¡y con Juan Carlos!

En la tarde comenzaron a dar los resultados y en la noche mi madrina le prendió cinco velas a la virgencita que teníamos en el dormitorio y se puso a rezarle y me dijo, reza conmigo para que no salga Allende. Pero, a mí, como que gustaba Allende... Total, nosotras éramos hartos pobres y si podía hacer algo por nosotras, si hubiera salido antes, me decía a lo mejor el Porotito estaría vivo. Y ya como a las nueve de la noche se sabía que había ganado Allende, por poco, pero había ganado. Y se oían gritos y bocinazos, y en el cité todos gritaban y cantaban la Canción Nacional, y de la casa del lado llegaron a buscarnos, pero mi madrina no quiso salir y no quiso sacar la tranca de la puerta y me dijo que mejor nos metíamos a la cama, que quién sabía qué iba a pasar ahora, y estuvo rezando como hasta medianoche y yo seguí leyendo y también me preguntaba que qué iba a pasar ahora a Juan Carlos.

**Cuida de tu nido, vidalita
que anda suelto el lobo**

Como dos semanas después apareció. De nuevo en el auto de la mamá. Me dijo que teníamos que conversar. Me llevó a tomar un jugo al "Villa Real" en Pedro de Valdivia. Estaba nervioso y más delgado.

- ¡Se armó la grande! - me dijo
- ¿Por qué, Juan Carlos?
- Allende no llega al poder.
- ¿No llega?
- ¡No! ¡Vienen los militares!

Y me contó que su viejo estaba de nuevo en New York. Que dos tíos ya se habían escapado del país. Que la mamá estaba vendiendo todo. Que había un enredo horrible. Que el dólar estaba a sesenta.

- ¡Fíjate que el viejo cerró la casa de Santo Domingo! ¡Y va a cerrar la oficina en la Bolsa!
- ¡Liquida todo!
- Pero ... tú... ¿tú no eras alessandrista?
- ¡No! ¡No era nada! ¡No soy nada, sino Silo! Y, actuaremos... ¿entiendes? Vamos a hacer algo... Bruno está reuniendo a la gente, ¿cachai? Todos son unos corrompidos, Alessandri, Allende, Tomic, Frei, el viejo mío, todos...
- Sí, Juan Carlos - repetía. No podía casi hablar. Era más tonta. Cuando le veía los ojos, las pestañas negras... Tenía el pelo cada vez más largo, y ahora usaba unos collares como de plata.

Después nos fuimos a "Las Terrazas" donde se juntaba con su grupo. Y llegaron.

- La Democracia Cristiana apoya al paleta...
- ¡Chancho en misa!
- Se están tomando las casas en Vitacura... En serio...
- ¡Chivas!
- Los Aldunate vendieron todo... Ya están en París. Dicen que soltaron un Mercedes dos ochenta en cincuenta mil escudos...
- ¡Todos ustedes son unos momios! ¡Por eso tienen miedo!
- ¡Na que ver!
- Nosotros, los tomicistas...
- ¡Ya estarán contentos! ¡Ustedes son los que llevaron a Allende!
- ¿Qué le sacai a Tomic?
- Ese es un cura, un jesuita, que juega a la izquierda...
- Si Tomic se hubiera retirado...
- Mi papá se va mañana a Buenos Aires...
- ¡Cobardes!
- ¿Qué quieres? ¿Que nos lleven al paredón? ¿Como en Cuba?
- ¡Cuba es distinto!
- ¡Chivas! ¡Igualito

- A mí, a mí me gusta Allende...
- Ya vai a ver caurita, cuando te deje sin nada...
- ¿Y qué? Si yo no tengo nada...
- ¿Y tus viejos?
- Mis viejos son distintos...
- Ésta está colocada porque es amiga de la Tatty...

Todos gritaban y estaban enojados todos, y en las otras mesas igual y andaba el José Luis enfurecido, aunque parece que ya estaba de nuevo amigo de Juan Carlos.

- ¿Y a ti quién te gusta, negra? - me preguntó el José Luis.

Me puse bien nerviosa y no supe qué contestar. Habría querido decirle que a mí me gustaba Juan Carlos, que él era mi vida, mi cielo, el aire, que él era la primavera, así le decía Adolfo a la niña, la condesa, en la novela, pero qué me iba me atrever...

- ¡Esta cabra tiene que ser Allendista! ¡Me tinca! ¡Tiene hasta el color de las Allendistas! ¿De dónde la sacaste, Juan Carlos?

Me dio rabia, la pura. Pero ahí Juan Carlos hizo algo que me gustó. Se enojó con el hermano.

- Tú también eres negro... medio mulato! ¡Te pareces a Tomic, el traidor! Y María es linda, no la ves... Linda, ¿entiendes?

- Un poco ordinaria...
- Ordinaria será tu madre, ¡huevo de mierda!
- ¡Ya, Juan Carlos! ¡Córtala!
- ¡La misma madre tenemos! - gritaba José Luis.

Parecía que se iban a pegar yo tuve miedo, pero Juan Carlos se levantó y me tomó de un brazo y me llevó al auto y nos fuimos a Lo Curro y allí, mirando Santiago, me dijo que sus hermanos eran unos desgraciados y que ojalá Allende los fusilara a todos.

Yo estaba tan contenta.

Al día siguiente me pasó a buscar, pero como habían empezado de nuevo las clases no me encontró. Cuando regresaba, allí en la esquina de Salas con Dávila, frente al club social de "Don Cucho", vi el auto.

- Hace tres horas que te estoy esperando.
- Estaba en el colegio.
- Anda a dejar el bolsón y vuelve.

Yo corrí a la casa y a pesar de que mi madrina no quería dejarme salir. Fuimos por la Costanera y luego por otras calles hasta el cerro San Luis, así me dijo que se llamaba, y allí arriba estuvimos callados un momento. Después me dijo:

- Yo no soy como mis hermanos, María.

- Sí... lo sé...

- Mi familia... tú no la conoces... Ahora andan muertos de miedo, ¿cachai? Dicen que se acabó Chile... eso dicen. La casa pasa llena de gente. Mi papá va y viene de New York, parece que está sacando plata, el viejo... Me dijo que teníamos que irnos todos... Yo no me quiero ir.

- ¡No! ¡No te vayas!

- Por... ¡Por Silo! Yo no puedo abandonarlos...

- Sí.

- Es lo único que tengo, María... ¿Cachai? O sea, todo lo demás está podrido... ¿Entendís? ¡Podrido!

- Sí, Juan Carlos.

- ¡Mi mamá, es una podrida!

- ¡No! ¡No digas eso!

- ¡Sí! ¡Es una podrida! - insistió. Estaba extraño. A punto de llorar -. ¡Le pone cuernos al viejo! ¡Hace como cinco años que le pone cuernos! ¡Y todos lo saben! Yo creo que hasta el viejo lo sabe y se hace el leso porque le conviene, porque el otro es el presidente de la compañía, y el viejo, por la plata... y la vieja es católica, entendís... Todos los domingos está en misa, en Vitacura... ¿Cachai?

- Sí, Juan Carlos.

- Y el José Luis es un huevón que lo único que le interesa es su huevada de Fiducia... Y los curas... Y mis otros hermanos... ¡Ah, María! ¡Yo no sé... o sea, no me doy cuenta bien... Bruno me dice que lea, que medite, que coma poco, que no tenga relaciones sexuales, que busque, o sea, la pureza, que hay que formar el alma, o sea... ¿tú eres virgen, María?

Se me atraganto todo adentro.

- Yo soy virgen - dijo.

Yo me puse a rezar. Que no me fuera a repetir la pregunta. ¡Oh, Dios mío! ¡Virgencita de Montserrat!

- Yo necesito, o sea... creer en algo... ¿sabes? Bruno me dijo que todos necesitamos creer en algo... Y yo quiero creer, creer en Silo...

- Sí, Juan Carlos.

- Y, ¿sabes? Me gustaría, también...

- ¿Qué?

- Me gustaría creer... creer en ti.

Se me cortó el aire. Bajé la cabeza. No sabía qué decir, qué hacer.

Entonces, él me tomó la mano. Me la tomó y me la comenzó a apretar con desesperación, y después me tomaba cada dedo, y después me comenzó a besar los dedos y yo me acordé que la noche antes, con la Mirta, estuvimos haciéndonos las manos y estaban las uñas bien limpias y limaditas y con barniz blanco, y Juan Carlos me apretaba y besaba los dedos y yo cerré los ojos y dije: ¡gracias, Virgencita!

Pobre Palomita, vidalita de vuelo perdido

Era a mediados de octubre, este mes en que pasaron tantas cosas, en que casi me morí. Ahora, cuando me acuerdo, como que me da miedo. Y, sin embargo, yo no me daba cuenta qué estaba sucediendo. Mi problema era conseguirme prestada con la Mirta o la Telma, ropa, zapatos, blusas, algo, porque el Juan Carlos, ahora, casi todos los días, me pasaba a buscar y una tarde íbamos al "Copelia" y la otra íbamos a mirar discos a "Carnaby St." donde una hermana de él una rubia muy linda, que era la dueña del negocio y que se llamaba Consuelo y según Juan Carlos era del MIR. Y otras veces, íbamos al "Drug-Store" que era como un pasaje lleno de tiendas hartas elegantes que quedaban en un subterráneo, y Juan Carlos no me había vuelto a tomar de la mano, pero era como si anduviéramos tomados de la mano, y ya algunas chiquillas y chiquillos de su grupo nos empezaban a conocer y por culpa del José Luis me decían "la negra", lo que no me gustaba mucho porque soy bien morena, pero no soy negra, tengo un color "aceitunado", como me dijo la Telma, y que con los ojos verdes.

- ¿Y por qué no vamos a una plaza?

- ¿Y qué vamos a hacer a una plaza?

- Buen... pasear... darnos vueltas...

- ¡El manso programa!

Juan Carlos era así. De repente, parecía que me odiaba, de repente perdía todo entusiasmo. Y dejaba de verme. Y luego, allí estaba, desde bien temprano.

- Pero, ¿tú no estás en el colegio?.

- Sí.

- ¿Y no estás yendo?

- Voy cuando quiero.

- ¿No te dicen nada?

- Hay dos curas del Saint George que son de Silo, ¿cachai?, pero pa callao, y son choros y me dejan... Pero, para terminar el año mejor voy a empezar a ir un poco más.

- ¿Y qué vas a hacer después?

- ¡La Universidad! ¡O la Escuela Militar! Según el viejo. Como tenemos dos generales en la familia, ahora, y el viejo cree que la Escuela Militar educa, sabís...

Y me llevaba por Providencia. Que yo nunca estuve bien segura con el grupo, y me sentía pésimo y me cargaba, y le volvía a decir lo de la plaza, pero Juan Carlos se reía, y un día me trajo un pañuelo de seda.

- ¡Toma! - me dijo, pasándomelo -. ¡Se lo robé a mi hermana! Es italiano. Póntelo al cuello. Con este pañuelito te vai a ver el despiote...

Yo me lo ponía y me mordía los labios de rabia, porque seguro que los chiquillos me anduvieron comentando, y que el Juan Carlos...

Ese día era viernes y no hubo colegio por el Consejo de Profesores y, además, Juan Carlos me pasó a buscar temprano y salí corriendo para no oír los gritos de mi madrina que rezaba y gritaba y me tenía bien choreada, aunque era tan buena la pobre.

- ¿Dónde vamos?

- Por ahí.

Y de nuevo a Providencia, que yo ya empezaba a conocer mejor y como que me gustaba, llena de tiendas tan elegantes y chiquillas tan bien vestidas y con unos peinados que parecían que venían, saliendo de la peluquería, y yo con el pelo suelto, y a veces me plantaba una cinta de color, pero Juan Carlos me la sacó, y me obligó a tenerlo así, suelto, y un día me regaló una escobilla y me dijo que así se usaba y yo aprendiendo montones de él y con el pañuelo que lo tenía amarrado al cuello todo el tiempo y con la Dunova, que también el Juan Carlos me dijo que no, que usara una polera vieja sobre los bluyines, y que mejor me ponía las zapatillas de tenis, las viejas, en vez de los zapatos dorados y de tacos, que eran "Orlando" y que la buena de la Telma, con decir que tenían dos posturas, me prestó. Yo, la pura que no le entendía bien, pero le obedecía en todo.

Fuimos a "Las Terrazas" ahí frente al "Copelia" que era donde se juntaba el grupo, y estaba el José Luis al que le tengo miedo, porque fue él el que me puso "la negra" y era un chiquillo bien alto y flaco que andaba siempre de terno, y hasta chaleco usaba, y con los zapatos bien lustrados, y había otro con barba medio parecido al Omar Shariff, y el José Luis siempre con su camisa blanca y su corbata a rayas, parecía un caballero viejo y nadie habría dicho que era hermano del Juan Carlos, y estaba la Mónica Eguiguren que era más delgada que yo y era la única que me había hablado un poco, y me fijé bien y andaba con unos bluyines y una polera color lila, con unas manchas como si le hubieran tirado pintura blanca encima, y tenía el pelo rubio y los ojos azules aunque un poco saltados. Y estaba un joven al que le decían "El Gato" que tenía el pelo rubio y tieso, no como el del Juan Carlos, aunque el pelo a "El Gato" le cubría los hombros y más abajo, y parecía una señora, porque era bien gordo, y usaba unos anteojos blancos, y tenía cara de gato y bonitos dientes, el joven, y hablaba muy poco. La Pilola, una niña, que le decían, era la peor de todas, siempre con risitas y mirándome y tapándose la boca y secreteándose con el José Luis, que era como la novia, parecía, y era bien bonita y con el pelo casi blanco, y bien delgada y andaba sin sostén con las puntitas que se le veían, y unos pantalones de cotelé color tabaco y unas sandalias preciosas, llenas como de piedras, como de brillantes, digo yo, y una blusa también muy linda, y era como la más elegante de todas, y la más rica, seguro, porque tenía un auto lindo, que Juan Carlos me dijo que era un "Camaro" que daba doscientos cincuenta, y que él se lo había corrido un día y yo le pregunté si la conocía hacía mucho tiempo a la Pilola y él me dijo que con ella "anduve metido en la chuchoca" y yo no le entendí y tampoco quise seguir averiguando. Y la Mónica, después que me atreví a mirarla otro poco, también andaba sin sostén, aunque se le notaba menos porque tenía el pecho casi plano. Yo me dije que a lo mejor mañana. Claro que si mi madrina se daba cuenta. Pero como tengo los pechos chicos, y bien redondos, y casi duros, apenas se va a notar mucho, que lo horrible es cuando se mueven enteros, y total, la moda es la moda, aunque la Telma me decía que con esos pechos no iba a llegar a ninguna parte, que había que hacer ejercicios para desarrollar el busto me decía, y una noche me mostró los pechos de ella que eran enormes, como bolsas blancas, con unos pezones medios negros, que como que no me gustaron, pero ella me dijo que si no fuera por sus senos, me dijo, que los hombres se volvían locos, y que incluso una vez un joven le ofreció plata para una foto para una revista en colores, le dijo, y que lo primero que querían todos, me dijo, pero, total, la Telma nunca me iba a entender y a Providencia, apenas si la conocía.

Nos sentamos en una mesa afuera, en la misma vereda y pasaban montones de gente y muchas chiquillas que le gritaban a Juan Carlos y éste, como quién no quiere la cosa, apenas les hacía un gesto, y todas se morían por él, a la legua, porque era el más lindo, y yo no hallaba dónde meterme aunque ahora como que el Juan Carlos se preocupaba un poco más de mí y a veces me mostró con la mano y dijo: - ¡Ana María! y todos me decían ahora Ana María, aunque yo no me llamaba más que María.

Y llegó un viejo como de cuarenta años, medio flaco y bien sucio, uno de esos que andan por la calle Salas acarreado cajones de frutas, y que pasan a tomar pilseners a "La Criollita", y era como malo, tenía la cara llena de tajos y le faltaban los dientes, y todos le rodearon y le hablaron en voz baja, y yo me quedé con la Pilola y la Mónica y dos chiquillas más que no conocía.

- ¿A que colegio vai?

- Al Liceo.

- ¿Ah, sí? ¿A cuál Liceo?

La Pilola hablaba muy rápido y como mirándome de lado.

- Al número cuatro.

- ¿Y dónde queda?

- Ahí, por Recoleta – dije.

- ¡Ah, por Recoleta!

Y se puso a reír. Después, le dijo a la Mónica: -¿Y dónde quedará Recoleta? ¡No iba a saber! Sólo para molestarte lo hizo. Era más.

- ¡Yo estoy en el Santiago College! - me explicó. Y me tomó las manos mostrándoselas a la Mónica-. ¡Mira, las manos de Ana María!

Yo las retiré, enojada.

- ¿Qué tienen mis manos? - pregunté en voz baja.

- ¡Nada! ¡Nada!

Y nuevas risitas. Yo me sentía pésimo.

- ¡No tienen callos! - dijo la Pilola.

- ¡Esta es cuma! - agregó el José Luis, que se había acercado.

- ¿Cuma? - pregunté yo. Y todos se rieron.

Pero Juan Carlos estaba ya allí.

- ¡Ya, saltando! ¡Cien lucas! ¡Ya, Pilola!

- ¿Cien lucas?

- ¿Y que creís? ¿Qué es gratis?

Y entre todos sacaron plata y juntaron los cien mil pesos y se los dieron al hombrequito que les pasó un paquete no muy grande. Entonces comenzaron a hacer cigarrillos con unos papelitos y todos los miraban y llegaron más chiquillos que el Viernes se juntaban todos, y todos le preguntaban a Juan Carlos si tenía hierba y él les decía que era para ellos, que si querían la compraban, y encendieron como cinco cigarrillos y se los comenzaron a pasar y le daban una chupada y se lo pasaban al otro, igual que cuando fuimos a Los Dominicos y me lo pasaron a mí, y yo le di una chupada no muy grande y todos nos miraban y habían como treinta chiquillas y chiquillos y montones con barbas y anteojos azules y amarillos y collares y pulseras y habían unos chiquillos con aros que yo no había visto, sino en las películas, y todos con autos, con citronetas y con Fiats, y algunos con motos, entonces uno dijo:

- ¡Al río!

Y otros corrían al "Copelia" y llegaban con helados y uno le cambió un helado a la Pilola por dos chupadas de cigarrillo, que no sé qué le encontraban a eso, que yo, igual que nada, aunque me

andaba como mareando un poco, pero no era pa tanto. Y nos fuimos todos a la Costanera y atravesamos hasta los jardines que dan al Mapocho, que son bien lindos y limpios y hasta luces tienen, y hay árboles y flores, y nada me habría gustado más que andar del brazo de Juan Carlos, en vez de las plazas que como que no le había gustado, andar del brazo por esos jardines, con él, y mirar el agua, que es bastante sucia, pero que es un río, y quedarnos juntitos allí, como la Cristina Brown con Cornel Kruger, que al fin se amaron y se casaron, que era más la Cristina, la miss Criss, que no le hacía caso y él, tan bueno, y anoche había terminado la novela, y cada vez que leía una, que la Mirta me había prestado tres que eran "Te encontré para esto", "Quiero casarme con ella" y "Empezó sin querer" que era ésa la que más me gustaba de todas, me imaginaba cuando leía que éramos nosotros, Juan Carlos y yo, y en "Empezó sin querer" habían cosas igualitas y yo siempre quise ser enfermera.

- ¡El descueve, la hierba!

- ¡Del uno!

- ¡Ya a floearnos, cabritos! ¡Que si nos ven a todos apelotonados!

- ¿Cachai? ¡Aquí fue donde nos pescaron la semana pasada! ¿Cachai? Y "El Gato" se puso a hacerle el quite a los autos, decía que era torero y le hacía cachañas, y un choro paró el auto y pescó a "El Gato" de las mechas y se lo llevó preso y dio aviso y llegaron y nos metieron a todos presos, y me reía más con la cara del viejo, que le costó mil lucas de fianza...

- ¿Y quién es esa cabra maca flopi?

- Es una cuma.

- Cuma será, pero es harto maca flopi...

- Guarda que es del Juan Carlos... Es su caleta.

- ¿Y a mí, qué? Ando en Saturno.

- Mira que el Juan Carlos es firmeza. Hizo karate.

- Yo, a tu karate... A combo limpio... Ya, pasa la bolsa, yo puse treinta lucas...

- ¿Y por qué no le entrai a la Pilola? Es como tonta pa recibir...

- Oye Pilola... Este anda parqueo...

- ¡Tierno!

- ¿Qué le hallai al Gato?

- ¡Tierno!

- Esta huevona no sabe sino decir tierno...

- La negra, me gusta a mí.

- ¡Esa es negra cachera! Se ve a la legua... Seguro que el Juan Carlos no se la puede..., ¡Oye, negra!

Yo los oía y no me apartaba del Juan Carlos que se había tendido en el pasto, todos estábamos tendidos en el pasto y la Pilola le había puesto la cabeza en las piernas al Juan Carlos, bien arriba, y yo tenía más rabia, aunque el Juan Carlos me había pasado el brazo por encima del hombro y me daba chupadas de su cigarrillo, y me decía cosas, y después hablaban entre ellos que no les entendía papa, seguro que estaban hablando en inglés, como todos estudiaban en colegios ingleses.

- ¡Ya, Pilola! ¡Anda a peinar huevos!

- ¡Chévere!

- ¡Chévere! - agregaba Juan Carlos. Y yo, como que anduve aprendiendo la palabra y cuando al día siguiente le fui a devolver el Dunova a la Telma y ella me dijo que cómo me iba yo le contesté, alzando los hombros - ¡Chévere! Y la Telma como que se anduvo molestando porque me dijo: - ¡Onde llegaste, oh! Pero, después nos reímos como tontas.

Ya eran como las ocho y media de la noche y yo le pregunté al Juan Carlos que estaba como borracho, y todos andaban como emborrachados, yo no sé si se estaban haciendo, y se reían solos y "El Gato" iba dando besos y agarrones a las chiquillas, cuando no eran ellas, que eran más frescas, y la Pilola que era la más fresca de todas, que apenas si tenía quince años o dieciséis, que se veía bien jovencita, y ahora se había abierto la blusa porque tenía calor, según decía riéndose, y "El Gato" le estaba chupando las tetitas, que eran bien blancas, medio rosadas, y bonitas, bien redondas y no muy grandes, y la Pilola, más fresca, con los ojos cerrados, daba como unos grititos y decía:

- ¡Chévere!

Y los otros hacían otras cosas, pero llegó un chiquillo corriendo, que casi lo atropellan en la Costanera, y dijo que mejor pegarse el pollo, así dijo, y todos salimos corriendo, y yo supe que pegarse el pollo era salir corriendo, y el Juan Carlos me tomó de la mano y cruzamos la Costanera así, aunque se me cayó al suelo cuando íbamos en la mitad, como que se le doblaron las piernas y apenas me lo podía, y llegamos hasta el auto que era el autito chico, y se metió adentro y traspiraba mucho y encendió la radio bien fuerte, y se quedó allí, con la cabeza apoyada en el volante, y yo le decía, vamos Juan Carlos que es re tarde,... Y yo no me atrevía a irme sola, que, por las dudas, ahora siempre tenía un poco de plata pa la micro, pero eran más de las nueve y el Juan Carlos estuvo como media hora así, bien raro yo misma estaba un poco mareada aunque apenas y fumé y después de un rato me fue a dejar y yo creí que me iba a dar un beso, pero no me lo dio.

Si no le haces frente, vidalita te deshace el nido

Todavía me acuerdo del dieciocho que fue medio triste porque no salí a ninguna parte y ese mes se pasó volando y Octubre pasó volando y todo se me confunde un poco y me parece que fue algo que le pasó a otra persona, y veo a mi madrina encerrada con la radio puesta, la Parada Militar, los discursos de Allende, yo en la puerta esperando a Juan Carlos, sin noticias, y para el dieciocho ni la Telma me vino a buscar que a veces salíamos a dar una vuelta a las fondas de Conchalí. Y la mamá que nos caía con más problemas, que no sabía qué hacer, que se estaban muriendo de hambre, que don Beno andaba desaparecido, y que los hermanitos, pero la madrina no quiso recibirla, ni yo tampoco, porque no quería verla más, desde lo del Porotito, mi madre... yo decía que la madre es algo sagrado, pero ¿cómo iba a quererla? Y cuando me ponía a leer "Quiero casarme con ella" donde habían unos como pensamientos de Maud, que se había enamorado de Leonard Green, y mi mamá afuera dándole de patadas a la puerta, que nos daba más vergüenza, porque todos en el cité ya sabían, y eso que era un cité tranquilo y decente y don Feliciano en la tarde, que era el dueño del cité y vivía en la casita del fondo, vino a preguntarnos que quién era esa vieja curada que daba gritos y trató de echar la puerta abajo, y qué me iba a atrever a decirle yo, o mi madrina... Y, así, los días que estaban más bonitos, con harto sol, y la Mirta que se había ido a Rancagua donde unos tíos a pasar la vacaciones. Y de nuevo, el 21 me parece que fue, sí, el 21, cuando yo había ido a la panadería y regresaba y "El Milico" andaba más curado y me decía siempre cosas, que siempre estaba en el "Santa Claus" que era como un restaurant que quedaba al lado del cité, donde a veces había peleas, y comencé a sentirme nerviosa porque vi el auto, aunque ahora veía siempre esos autitos, que en Santiago había muchos y siempre miraba y siempre creía que lo iba a ver adentro, con otra, y no era y

entonces me ponía a respirar bien, y allí estaba el auto y a lo mejor no era, de nuevo. Pero era, Juan Carlos. ¡Era él!

Fuimos a Las Condes, bien arriba, por La Dehesa, que dicen, como en el campo, con unas casas enormes y lindas.

- ¿Dónde estuvistes?

Ahora, a veces, me atrevía a preguntarle.

- Zapallar.

Estaba con otros pantalones, como de algodón blanco, bien finos se veían y tenía mocasines blancos también y unos calcetines rojos nuevos. Y la camisa era blanca, igual, como con unos bordados como encajes y se veía tan bien y estaba como pálido.

- Fui con los viejos. Una lata, ¿cachai? Tuvimos una fumada con todo el grupo, o sea, tú los conoces, y estuvimos como toda la tarde, y la Pilola se subió al techo de la casa, allá en Cachagua, tu sabís, o sea, que como son de coirón, se resbaló y se cayó y se quebró una pierna, ¡una lata, todo! Los viejos están de matarlos. ¡Que el complot, que los militares, que de qué lado estoy yo, que el José Luis ...! La vieja hasta se puso a llorar porque dijo, que si no hacíamos algo estábamos arruinados... Que nos van a expropiar los fundos... Y que la Junta Nacional del Partido... La vieja está más loca, ¡claro! ¡Como se le acabaron sus amores! Porque el John partió, ¿sabes? Fue el primero... ¡Más maricones! Judío tenía que ser el John... Partió a Suiza...

- ¿Y quién es el John?

- El amante de la vieja... Te dije... O sea, cerró la casa a los dos días. Y le están vendiendo todo. Los martilleros se están hinchando ahora... Y en Zapallar, pa que te cuento, el despelote... Puro hablar de política, de que si el paleta salía, de que si la democraciacristiana iba a apoyarlo o no, de que Allende no llega al Congreso... Puras cabezas de pescado... No les para la boca. Me vine ayer y pasé antes a Reñaca a ver unos amigos. Todos andan no sé dónde. Fui a "Las Terrazas" y no vi a nadie. ¿Y? ¿Qué hacemos? ¿Qué te gustaría hacer?

- Vamos a pasearnos por la brilla del río - le pedí.

- ¿Solos?

Lo miré a los ojos.

- Sí.

Se encogió de hombros.

- Si quieres- dijo.

Y fuimos.

Los sauces estaban bien verdes y había viento. Y vimos cuando comenzó a ponerse el sol. Juan Carlos jugaba con una rama golpeando las flores.

- No les pegues - le dije.

Se rió. Me miró un rato.

- Eres harto rara, tú...

- Y, ¿por qué?

- No sé... te encuentro como rara...

- Me gustan las flores.
- A mí también, pero no es pa volverse loco...
- Me gusta estar contigo. Solos.

Me volvió a mirar. Parecía como confundido.

- ¿Te acuerdas de lo que me dijistes ese día? ¿Cuándo fuimos al cerrito?
- No.
- ¡Sí! ¡Sí te acuerdas!

Comenzó de nuevo a golpear con más furia las flores.

- Mejor nos vamos - me dijo.
- ¿A dónde?
- Vamos a mi casa.
- No me atrevo.
- Vamos. No hay nadie.

Y partimos de nuevo, Juan Carlos nunca se estaba quieto. No podía. Primero, Las Condes, allá por La Dehesa, donde llegamos a ese Club de Golf, muy bonito, y nos estuvimos columpiando en unos columpios y todavía el sol estaba muy alto, y los pájaros, montones de pájaros, y yo le dije quedémonos por aquí, pero nada, decidió irse, volver a Providencia que es como lo único que le gusta, estar con los otros chiquillos del grupo, y cuando volvimos yo le dije que fuéramos por la Costanera, por la orilla del río, y ahora cuando estábamos aquí ya quería ir a su casa y fuimos que vive por Jardín del Este, así me dijo, y me dio la dirección y todo, aunque me dijo que por ningún motivo le fuera a escribir ni menos a llamarlo por teléfono, y yo no entendí bien por qué... Pero la casa era tan linda, con un garage para dos autos, y un patio inmenso como de piedra y llena de plantas tropicales, y ventanas de alto a abajo, yo ya había estado allí, pero no me fijé bien, sino que era una casa muy elegante, no más me di cuenta de eso, pero ahora me fijé, y todo de mármol a la entrada, y mármol verde y lleno de brillo y las paredes blancas, con cuadros antiguos y salones y más salones y fuimos a su pieza que eran dos piezas, un dormitorio y un estudio, y tenía un baño completo para él.

- ¿No has vuelto a ver a Bruno?- le dije, por decirle algo.
- No me ha llamado. Pero vamos de viaje. En unos días más.
- ¿A dónde?
- No te lo puedo decir.
- ¿Por mucho tiempo?
- No te lo puedo decir.
- Pero, Juan Carlos... Yo, te juro... nadie sabe, no se lo voy contar a nadie...
- Silo nos llama.
- ¿Silo?

- Sí. Por eso vine.
- ¿Por eso, nada más?
- Llegó el momento. Silo estaba en la montaña. Ahora, baja. Y nos avisará. Mañana, a lo mejor... Hay que ir.
- Yo... ¿yo también?
- No. Tú no eres coetánea. No eres de Silo, todavía.
- Y, ¿cuándo va a ser?
- Te falta madurar... Así me dijo Bruno. No estás preparada para la gran prueba. Y, te voy a decir más, aunque te mato si lo cuentas, porque es un secreto, ¿entendís?, que ni siquiera la Pilola lo conoce, ni la Mónica, ni nadie del grupo, ¿cachai? ¡Silo va a cambiar Chile! ¿Entendís? ¡Hay planes!
- Ten cuidado, Juan Carlos,... No te vaya a pasar algo.
- ¡Qué cuidado! ¡Silo no falla! ¡Vamos a terminar con la mugre! ¿Cachai? Bruno dice que Silo está preparado para hacer revelaciones. Bruno dice que nadie va a ser igual, después... Y Bruno sabe lo que dice.
- ¿Y cuándo te vas?.
- No sé... Mañana a lo mejor.
- ¿Y dónde es?
- Te dije que no te podía decir... ¡Cabréate! ¡Es en la montaña!
- Sí, pero... ¿dónde?
- No te lo puedo decir.. ¿cachai?
- ¡Juan Carlos! ¡Juan Carlos!

Me dieron ganas de ponerme a llorar. Más tonta. Y ni por nada quería ponerme a llorar delante de Juan Carlos, que a lo mejor me miraba con desprecio. Me acordé que a la Maud, cuando se puso a llorar, el Leonard Green la tiró de lado, encendió un cigarrillo y soltó una risa sarcástica.

Palomita linda, vidalita palomita fea

Desapareció por tres días y cuando volvió ya no era el mismo. No se había afeitado aunque no tenía mucha barba, unos pelitos rubios en la pera, pero igual, se veía sucio, andaba con unos pantalones de cuero negros y medio rotos, llenos de rasmilladuras, y con una chomba también negra, bien fina se veía, como de jersey, pero llena de manchas, y salimos a dar una vuelta pero fue como si estuviera furioso conmigo, que qué le había hecho, y cuando le pregunté que cómo le había ido, es más, me dijo que me metiera en mis cosas, que era una intrusa, me dijo, y yo, la

pura, que estuve a punto de ponerme a llorar, y me clavé las unas en las manos y me quebré una y estaba bien quemado seguro que anduvo en la montaña, y tenía la nariz medio pelada, y algo le pasó porque no abría la boca, y cuando quise encender la radio me la apagó con un manotón y salimos corriendo hacia Pudahuel, hacia el túnel, me dijo, y corría como loco, como nunca, y nos paramos antes del túnel, en un potrero lleno de yuyo y cerca había como un río, bien bonito, y fuimos hasta la orilla y él se tendió de espaldas en la orilla, sobre los yuyos, y había unas abejas que volaban encima, y así estuvimos, yo al lado, sin atreverme a decirle nada, porque estaba tan enojado y estuvimos como una hora y pasaron dos aviones y cuando pasó el segundo, me dijo:

- Es la Braniff.

Y yo le pregunté que cómo sabía.

- Por el color. Por eso. ¿No ves que es azul?

Yo lo miré con harta admiración. Sabía tantas cosas el Juan Carlos. ¡Cómo podía ser tan malo conmigo!.

Y, de repente, me tomó la mano y me abrazó y se puso a llorar. ¡É! Se me puso a llorar, se abrazaba a mí, y lloraba, había hundido su cabeza en mi pecho, me aplastaba los pechos con su cabeza y lloraba y no dejaba de llorar, y yo me sentí tan mal, y estaba tan apenada yo, y me puse a pasarle la mano por el pelo, y le besaba el pelo, y le acariciaba la cabeza y le decía:

- ¡Lindo! ¡No llores!

Y él, más lloraba.

- ¡Mijito lindo! - le decía yo, que no se me ocurría qué decirle. ¡Mijito lindo! ¡No llores, mijito!

Y miré el cielo y me dije que nunca iba a tener un momento como ése, que todo se lo debía a la virgencita de Montserrat, que todo lo que me había pasado antes era nada, que la pena, que las noches sin dormir, que las veces que yo había llorado también leyendo "Empezó sin querer" y que la tristeza en la casa, y los días que corría a la puerta y las tardes en que había andado, desesperada, buscando al Juan Carlos, y esa vez en que tomé una micro y me fui a andar por Providencia, y anduve como loca, y que todo eso no era nada, porque ahora lo tenía, ahora estaba ahí, le podía pasar la mano por el pelo, lo sentía respirar, lo sentía toser, era mío, era mi Juan Carlos, ahora era mío, para siempre...

De repente, se paró y corrió al río y se mojó la cara y se metió después al agua, entero, vestido se metió, hasta la cintura, y se echaba agua en la cara y cuando salió estaba todo empapado y me dijo, casi sin mirarme, me dijo:

- ¡Vámonos!

Y me fue a dejar a la casa. Y cuando se iba me dijo:

- ¡Silo se fue a la mierda! ¿Entendís?

- ¡Sí, Juan Carlos!

- ¡A la mierda! ¡Se acabó!

- Sí Juan Carlos.

- ¡Ahora, no te tengo sino a ti! ¿Cachai?

- Sí, Juan Carlos.

salió acelerando por la calle, que casi choca con una carretela.

Toda la noche estuve repitiendo la frase.

Apronta el piquito, vidalita para la pelea

Cuando éramos cabras, como a los ocho años, cuando me trajo mi madrina de la población, yo me acuerdo que Septiembre y Octubre parecían los mejores meses del año. El dieciocho primero, el Mercado y la Vega que se llenaban de fruta, los duraznos, las flores, vendían banderitas y llegaban los gitanos y nos veíamos la suerte con las gitanas, que suerte cuando éramos tan chicas, y las gitanas son medio mágicas porque me hablaron de un joven rubio que iba a venir, y cuando la Escuela Naval llegaba a Mapocho ahí estábamos nosotras y también cuando se iban los cadetes y, ahora, cuando ya era grande, me lo pasaba encerrada en la casa como sufriendo y esperando al Juan Carlos. Pero, como dice esa canción que me gustaba tanto, aunque ahora no me gusta nada, y ojalá no sea cierto, que dice "más todo pasa, todo pasará". En el liceo comenzaban las pruebas globales y se hablaba de los exámenes y de un viaje de estudio a Puerto Montt de las sextas y yo estaba segura que iba a repetir. Además, decía mi madrina, que en Octubre florecían las rosas y que antes, cuando el finado don Lucho vivía, ella y don Lucho, los sábados en la tarde, cuando estaba de franco, tomaban una micro y se iban a ver las rosas al barrio alto, que habían más que hasta las dejaban secarse en las matas y que formaban enredaderas y subían por las ventanas.

Juan Carlos no me dijo lo que le había pasado con Silo y con el viaje. Un día me dio a entender que fue allá por Mendoza, o cerca, en la Argentina, y que habla estado con el Bruno, que a mí nunca me gustó porque le faltaba un brazo y desde que lo vi me dio el palpito que algo malo le iba a hacer al Juan Carlos, y me dijo que había visto a Mario, creo que me dijo que se llamaba Mario Rodríguez, o algo así, y me dio a entender que ese tal Mario era un vivo, y que todo era una mierda, decía, pero no me hablaba a mí sino que como que le hablaba al auto, y le pegaba con el puño un día comenzó a golpear el vidrio de adelante.

- Juan Carlos! ¡Lo vas a quebrar!

- ¡Una mierda, todo! - exclamaba.

Y yo no sabía cómo ayudarlo. Ahora estaba tan atento que yo todas las noches le tenía una vela a la Virgencita, y me prometí que para su flecha iba a ir y que iba a estar, por lo menos, una hora entera de rodillas rezándole y dándole las gracias. Llegaba en la tarde el Juan Carlos, como a las cinco, cuando yo acababa de volver del colegio. A veces, llegaba en la noche, a las nueve o diez de la noche, y mi madrina no me quería dejar salir y ya me había amenazado que me iba a echar de la casa, que era igualita a la mamá, ¡es más la madrina!, ¡cuándo iba a ser igual a mi mamá, que estaba curada día y noche y ahora que había vuelto don Beno pasaba celebrando el triunfo de Allende! Y decía que les iban a dar una casa enorme, de esas que le iban a quitar a los ricos, y yo veía a la mamá en la casa de Juan Carlos en Vitacura, y en la noche soñaba que sí Juan Carlos, que yo me conseguiría un trabajo, que tendríamos una pieza linda, con hartas flores, y que yo lo cuidaría y le plancharía esas camisas preciosas que tenía y los pantalones que tenía como más de una docena, que yo se los había contado, y hasta desayuno en la cama le iba a dar, y lo iba a querer como nadie, y lo iba a mirar dormir.

Me llevaba a unos lugares harto divertidos. Íbamos un día a comer chocolates de unos que se llaman "Enrilo", me acuerdo porque todavía tengo guardada la caja, y que estaban en una tienda de chocolates en Providencia al llegar a Los Leones. Otras veces nos juntábamos en el "Charleston" que es otro café parecido a "Las Terrazas" y estaba el grupo que en Octubre comenzó a aparecer de nuevo y eran un montón, y habían unos chiquillos nuevos, aunque de lo único que hablaban era de discos y de cantantes que yo no conocía, y del festival de la canción de Viña, al que iban la ir todos, y del "Topsi-Topsi", que era una discoteque caballa, que yo no conocía ninguna, y de conseguir marihuana de la buena.

- ¿No te puedo creer que no conoces el "Moustache".?

- No.

Y la Mónica me miraba como si yo fuera de otro mundo.

- ¡El despiole!- me decía.

- Ya no... ya no es lo mismo - explicaba José Luis. Eso está lleno de turcos, ahora... Pusieron un portero imbécil que el otro día no nos quería dejar entrar... Tuve que decirle quién era.

- ¿Y quién eres?

Juan Carlos, a veces, era tan insolente como su hermano. Yo no sé cómo era tan insolente.

- ¡Más que vos, soy, pelotas!

- ¡Hijo de tu papito, huevón! - gritaba el Juan Carlos - si no te llamarai Eguirreizaga y tuvieras a tu papito...

- ¡Ya, Juan Carlos!

Yo no entendía bien por qué eran hermanos los dos, que eran tan distintos, que el Juan Carlos parecía un príncipe, todo blanco y rubio y el otro, en cambio, que me daba miedo, tan serio y tan formal, siempre con corbata y anteojos, y dos veces me había dado unos agarrones medio a la mala, y me trataba como si yo fuera no sé qué cosa y era el que me había puesto "la negra" que ahora, todos me decían así.

- ¡El tonto de Silo! - gritó José Luis.

Y ahí el Juan Carlos se le fue encima le trató de pegar, pero el otro le pegó primero y todas las chiquillas gritaban y llegaron unos mozos del "Charleston" y nos dijeron que nos fuéramos.

- ¡Vamos al río!

- ¡Al río! ¡Al río!

- ¡Macabro!

Y la Pilola Undurraga, que andaba con una pierna enyesada, llena de corazones y firmas, era la que más les echaba carbón, pero yo tomé del brazo al Juan Carlos y le dije, mejor nos vamos de aquí, oye, y él me obedeció y le hizo unas tapas al hermano y le dijo que cuando lo pillara, que era un ladrón, le dijo, un momio ladrón, que sabía que le estaba robando al viejo, le dijo, y yo, vamos oye, no seai así, hasta que nos fuimos, y la Pilola, era más esa chiquilla, que estaba más elegante, con un vestido como de seda, y con las piernas abiertas, y la enorme pierna blanca, y estaba llena de collares y muy perfumada, y se reía y aplaudía, y abría mucho los ojos y nos gritaba:

- ¡Chévere! ¡Chévere!

Tenía el labio medio hinchado y yo traté de limpiárselo con el pañuelo, pero no me dejó, y estaba de nuevo en el auto dándole con el puño al vidrio y diciendo cosas. Y de repente me abrazó y me apretó bien que casi perdí el aliento y me dijo:

- Yo no tengo familia, ¿entendís?

- Sí, Juan Carlos.

- Vivo en una casa con un montón de gente, pero no tengo familia, ¿cachai? La vieja, una podrida. El viejo, un momio, un traficante. El José Luis, beato y ladrón, anda con los curas

nuevos, y es de la Iglesia Joven y ahora andan conspirando, y hasta con el viejo andan mano a mano, la otra noche, hubierai visto, había como cincuenta gallos en la casa y hablaban y hacían planes que Allende, que los militares, y llegó mi otro hermano, el Pablo, que es abogado y se cree la muerte porque es Ministro de la Corte de Apelaciones, y cuando yo entré me echaron pa afuera y venía llegando la Consuelo, que es mi otra hermana, esa que trabaja en "Carnaby", la rubia ésa, tú la conocistes, y la Consuelo trató de entrar a la biblioteca donde estaban y también la echaron y yo le dije ¿qué cresta está pasando?, y la Consuelo me dijo que era una conspiración, que se habían reunido ya tres veces allí, y otras tantas en la chacra del tío Samuel, y que ella que era del MIR, porque la flaca es del MIR, ¿cachai?, y yo como que anduve medio tincado de meterme, pero me gustó más Silo, y la flaca me dice que yo soy un reaccionario, y que no tengo conciencia social, me dice, y es la única con la cual me entiendo, a veces, y me dijo que ella no iba a permitir que le arrebataran el triunfo al pueblo, me dijo, eso fue anoche, y nos fuimos con la flaca porque en la casa no se podía estar, y nos fuimos al "Vis-a-Vis", nos fuimos a comer, la flaca me convidó, que por algo gana sus buenos pesos en el negocio, y allí me dijo que toda la familia andaba metida hasta el cogote, que los primos y tíos, y el tío Ramón, que es almirante, y el arzobispo y un montón de momios, me dijo, que había intereses de alto nivel, me dijo, que por eso el papá pasaba viajando a New York y a Buenos Aires, y que ella sabía que para el dieciocho debió haber estallado la conspiración, en la que estaban comprometidos un montón de militares y que el tío Gustavo, que es el capo de los militares en Valparaíso, estuvo cuadrado, y me dijo que esa noche, que yo andaba en la montaña y no supe, dieron la orden y después la suspendieron porque llamaron desde New York, y nos dijeron que no, que todavía faltaba no sé qué... pero yo supe bastante y nos juntamos con los compañeros y les di la lista, y les conté los detalles y decidimos preparar un informe escrito y hacérselo llegar a Allende. Así me dijo la flaca y después me preguntó si yo creía que ella era una traidora, y yo le dije que no. Y la Consuelo me dijo que por qué no me metía al MIR, mejor. Y yo le dije que todos lo políticos eran unos corrompidos y que yo andaba buscando mi salvación. Y le dije que yo tenía un alma, o sea, le dije... Y la flaca me miró, estábamos comiéndonos el postre, y se echó a reír. Y me dijo que yo era una guagua. ¿Tú creís que tenemos alma?

- Sí, Juan Carlos.

- ¿Tú no creís que hay que tratar... digo? O sea, el alma es una cosa... que está adentro... y que... uno tiene que superarse y buscar en sí mismo, porque hay que descubrirse, o sea, a sí mismo, quiero decir, porque ¿cachai?, es como una armonía... O sea...

- Sí, Juan Carlos.

- Yo no puedo ser como el viejo... o sea... pasarme... el viejo no piensa sino en ganar plata... ¿Tú creís que habría que entrar al MIR?

- No, Juan Carlos. Quédate tranquilo.

- ¡Quédate tranquilo! ¡Quédate tranquilo! ¿Tú creís, en serio, que hay que quedarse tranquilo? ¡Hay que hacer cosas!, ¿No vis? Yo quisiera hacer tantas cosas... pero, todos son puros chamullos...todo...

- ¿Silo?

- Silo es un chamullo.

- ¿Y el MIR?

- ¡Otro chamullo! Y el viejo es chamullero, y la Iglesia Joven también, y el Fiducia, puras chivas, ¿cachai?

Me daba harta preocupación ver así al Juan Carlos, que como que se desesperaba pero yo no podía hacer mucho. Entonces me dijo que si quería conocer a sus viejos, y yo tuve que decirle que sí, pero me dio más susto, y él me dijo que me iba a avisar y nos fuimos al "Malú" a comer unos sandwiches de pollo y unas bilz, que son hartos buenos y que yo no había comido nada, y Juan Carlos me dijo que mejor nos íbamos a la Costanera, donde andaba el rucio de los perros que era su amigo y que a lo mejor le podía vender un poco de hierba, que tenía cien lucas que le había dado la Consuelo la otra noche y yo le dije que no, que no fumara más, que eso le hacía daño y él me dijo que no le hacía nada, que lo tranquilizaba y que hasta el Bruno le había dicho que podía seguir fumando, que no había problema, y yo le dije que él ya no estaba en Silo, que se olvidara de Bruno, y él me dijo que Silo marcaba para siempre, y que aunque él no estuviera,

que aunque no fuera más a ver a Bruno o a Mario Rodríguez, que le habían hecho el signo, la marca ¿cachai?, me decía, y que no había modo de perderla, y me dijo que se iba a comprar unos libros para ver eso del alma, y que además iba a tomar unas clases de gimnasia, un curso de levantamiento de pesas, y que con los libros y la gimnasia, me dijo que iba a encontrar la solución, y yo le dije que mejor me fuera a dejar porque era muy tarde, y él me dijo que si no podía salir de noche, que me quería llevar a bailar a un sitio, y yo le dije que sí, y quedé de ir al día siguiente.

Palomita enferma, vidalita de alita quebrada

Yo no sé que le dio a Juan Carlos con eso de invitarme a bailar. Yo pensaba que no le gustaba mucho, y nunca, ni siquiera se me había pasado por la cabeza, aunque yo sabía bailar algo, porque con la Mirta habíamos practicado, y en la casa de la Mirta tenía televisión y a veces veíamos unos festivales y los Sábados Alegres y bailábamos solas, y por lo menos unas dos veces al año había una fiesta donde la Mirta, y allí bailaba con algunos jóvenes y me encantaba bailar, pero me suponía que Juan Carlos no tenía interés en eso, como era de Silo. El problema fue conseguirme ropa, porque no podía ir con los bluyines que estaban más viejos, y fui a ver a la Telma, que siempre me sacaba de apuros, y la Telma me dijo que no me iba a quedar bueno nada, porque yo tenía las piernas mucho más largas y el pecho más plano y era mucho más estrecha de cadera, tú tenés cuerpo de hombre me decía la Telma, y se creía más, todo porque tenía esos senos grandes y tenía más éxito en la Fuente de Soda, y los Viernes y Sábados, me dijo, ella no llegaba a la casa, que le aguantaban todo a la Telma, pa eso me mato trabajando, decía, y que había unos jóvenes y un chofer de taxi que era su firmeza y que la sacaba a comer a los restaurantes finos y la otra noche habían ido a comer al " Cantagallo" allá por Las Condes, y comieron pastel de choclos y antes comieron erizos y después se quedaron en el auto, que era un auto nuevo, un Ford, que le habían dado recién en el Sindicato, y que era suavecito y corría más, y que ella no era tonta y que cada vez que podía y que el joven era hartito delicado, y que lo hacían como tres o cuatro veces hasta que ya no podían más, y que otras veces la invitaban otros jóvenes que todos se volvían locos por ella, y que cuando la llevaban a dormir iban siempre a "Las Torcazas", allá por La Reina, donde habían unas piezas bien limpias y decentes, con baño y todo, y agua caliente, y le decían que tenía el cuerpo de un diosa, le decían, aunque ella no les creía nada, porque no era na tonta, y sabía que estaba un poco gorda, pero así le gustaba a los jóvenes. Era más fresca y creída la Telma.

- ¿Y tu Juan Carlos? ¡Na ni naal

- Me va a llevar a bailar.

- Sí, pero... ¿de lo otro?

- ¡Telma! ¡No seai tan rota!

- A ti te falta mucho, todavía... ¿Quieres decirme que ni siquiera te ha dado un beso?

Yo no podía contarle todo a la Telma, que era como descarada y creía que todo había que decirlo, y se ponía a contarme con detalles lo que hacía ella con los jóvenes y a mí me daba un poco de vergüenza, aunque aprendí algo. Por suerte la Telma tenía una hermana menor y me dijo que iba a ver qué podía hacer, en todo caso, me volvió a prestar los zapatos Orlando y la Dunova roja que me quedaba lo más bien. Y a mediodía me avisó que su hermana me iba a prestar un terno que tenía y que yo podía arreglarlo un poco y me iba a quedar bien, y cuando me lo puse me quedó bastante bien, aunque un poco suelto de caderas, pero mi madrina, que al principio se molestó mucho, pero después me dijo que si era un joven serio, y que si no llegaba muy tarde, y me arregló lo más bien el terno que era como de lanilla rosada y con la chaleca verde se veía bien y además me puse el pañuelo ese que me trajo el Juan Carlos, y la Telma me

insistió que tomará una píldora de esas, cuando le conté que estaba en la época peligrosa, y ella me dijo que nunca se sabía lo que podía pasar y me tomé la píldora con más miedo.

Llegó como a las nueve, lo más elegante que hay, como de terciopelo lila, con la camisa llena de encajes, y unos zapatos de charol preciosos, parecía un príncipe, me dio tanto gusto, y me miró medio raro, pero no me dijo nada, y nos fuimos en el autito a "Le Moustache" que quedaba por ahí por Vitacura, y adentro estaba bien oscuro y había luces de colores y una bulla más grande, y Juan Carlos pidió unos cortos, que eran como piñas enteras medio abiertas, y adentro hielo picado y los cortos, con unas pajitas, y después salimos a bailar porque me dijo que estaban cantando los Rollstones, que después de los Beatles eran lo mejor que había y se puso a bailar y era más bueno pa bailar, se movía y hacía pasos y se quebraba entero y el pelo se le caía sobre los ojos, como un joven argentino que vimos bailar en la televisión, con la Mirta, en los programas de Don Francisco, y era el mejor de todos, lejos, y yo trataba de seguirlo y copiaba todo lo que él hacía y él se daba vueltas y como que se iba pa otro lado y yo lo seguía moviendo las caderas y los brazos y estaba medio perdida, pero algo hice, le puse más empeño y al segundo baile ya estaba mejor y después me puse a tono, como que lo seguía bien, y él me dijo que tenía yo un ritmo caballo, y como yo siempre parece que tengo un poco de ritmo, porque siempre, cuando camino, como que muevo las caderas pa los lados, mi madrina me había dicho ya que no lo hiciera porque eso era muy provocativo, me decía, y que por suerte no era muy gorda, pero como tengo esa costumbre, como que de nacimiento, digo yo, Juan Carlos encontró que bailaba lo más bien.

Después pidió la cuenta y me dijo que mejor nos íbamos a otra parte, que eso estaba macabro, y lleno de cumas, me dijo y que estaba como el ajo, y que no había onda y que había que buscar una onda descueve, y que el grupo no sé dónde andaba, y yo me había hecho la ilusión de que íbamos a estar solos y pagó como ochenta escudos por esos dos cortos que apenas los probamos. Y nos fuimos a "Las Catacumbas" que estaba por Santo Domingo, y nos trajeron otro corto con luces adentro, lo más elegante, unas estrellitas encendidas bailamos otro poco y yo ya estaba medio sudada porque el terno era más grueso, y después dijo que eso estaba siniestro y que mejor nos íbamos al tiro a otra parte porque allí había onda Escorpión, así dijo, y nos fuimos al "Eve" que era una discoteque nueva que estaba por Vitacura al fondo, allá por donde vive el Juan Carlos, y que era como una casa bien bonita y con hartas luces y había montones de autos y estaba lleno y allí estaban algunos del grupo y la Pilola, que me caía más mal, y que ya se había sacado el yeso, y la Mónica y otra niña que le decían Grace, y que era más linda, y que sacó a bailar al Juan Carlos, y yo en la mesa, planchando, y bailaron harto rato, y después tocaron unos como boleros y se pusieron a bailar agarrados, y la Grace que era casi tan alta como yo, le pegaba la cara al Juan Carlos, y yo estaba más mal, más enojada, me sentía pésimo y cuando terminó el baile Juan Carlos me dijo que bailáramos y por suerte tocaron otros como boleros, y Juan Carlos me tomó bien fuerte y me acercó la cara y yo tenía más nervios, y cuando sentí su cara que estaba también medio sudada, y me apretó la mano y después ya ni me acuerdo de lo que estaban tocando, pero era algo suavecito, corno de Frank Sinatra, y Juan Carlos me tenía su cara muy apretada y yo sentía el pelo de él, y hasta podía besárselo, y la boca de Juan Carlos estaba como cerca de mi boca, y él iba como corriendo su boca, y yo temblaba, la pura que me sentí más tonta, aunque ya me habían dado algunos besos, un primo de la Mirta, que me había dado un beso una vez, en un bautizo que hubo, y después, cuando íbamos con la Mirta a la matiné del teatro Nilo, en el centro, unos jóvenes medio frescos, pero esto era distinto, y cuando su boca se acercó más y más, y bailamos y yo me movía como siempre, movía las caderas hacia los lados, me quebraba que dicen, y yo me atreví y moví un poco la cara y ahí estaban los labios de Juan Carlos que eran suaves y húmedos y me besó, primero con la punta de la boca, que yo tengo una boca un poco grande y de labios gruesos, que dicen que la tengo, bueno, la Telma que se fija en todo es la que dice eso, que se parece mi boca a la de la Sofía Loren, es más la Telma, y me besó de a poco, y yo con los ojos cerrados, apretándome contra Juan Carlos y sintiéndome tan, tan feliz, que le perdonaba todo, lo de la rubia, todo, y estábamos besándonos completamente, ahora, él abría la boca y me besaba más y más, y me metió la punta de la lengua en mi boca, y yo abría mi boca como para comérmelo, y bailábamos con las bocas juntas, y yo creí que me iba a morir de alegría.

**Si no sacas fuerza, vidalita
te quedas sin nada**

Al día siguiente era Jueves y yo tenía varias pruebas escritas, que las hice todas pésimo y seguro que me iban a dar puros unos, porque ya no pensaba en abrir un libro, que llegaba a la casa y me pasaba encerrada peinándome y arreglándome hasta que sentía la bocina afuera, tres bocinazos bien largos y uno corto, y siempre había algo que hacer, ir a las fumadas, por ejemplo, que yo trataba de no ir, yo le decía a Juan Carlos que mejor fuéramos a caminar por el parque, pero él, con el grupo, y la pureza, me decía que era la mejor forma de mantenerse puro, y que la situación política, que estábamos viviendo en la cumbre de un volcán, o nos íbamos a comer unos sandwiches al "Sagaro" donde hacían unas gordas con mayonesas bien apetitosas, o los pasteles del "Turbillon" que eran todos de merengue con crema y una guinda en la punta, que había tantas cosas que ver en Providencia, la pura que yo no conocía nada de Santiago, ni me había dado cuenta antes de que apareciera el Juan Carlos, creía que el centro, que la Plaza de Armas, hasta ahí llegaba, una vez nos convidaron a un cumpleaños por allá por la Gran Avenida y fuimos con mi madrina, y tomamos una micro que demoró como dos horas y ahí recién me empecé a dar cuenta de que Santiago era más re grande, y ahora, que estaba creciendo pa todas partes porque con las tomas, porque mi mamá dijo que todos íbamos a tener casas ahora, aunque yo estaba de lo más contenta con mi madrina, a pesar de que el water era un hoyo, y en poco más íbamos a tener que hacerlo limpiar un día, y no teníamos agua caliente, como la gente rica que puede tener toda la que quiera, pero a veces yo me ponía a pensar en mis hermanitos y me daba harta rabia porque mi madrina no podía traérselos a todos, si apenas teníamos para comer, que el montepío era una miseria, era harto buena mi madrina que me bordaba unas blusas para que saliera con el joven, me decía, y la otra noche ella había salido a la puerta del cité y lo vio, y Juan Carlos, más mal educado, ni siquiera se bajó del auto, le hizo un gesto con la mano, mientras mi madrina, venía y venía y risa y risa. Y con razón me dijo después mi madrina que estos jóvenes de ahora no conocían la educación, que el finado don Lucho, si lo hubiera visto, era tan cumplido, y con las damas, tan fino.

Yo, todavía no me reponía bien de lo de anoche. Estuve soñando con él. Soñé que seguíamos y seguíamos bailando esas canciones suavécitas, en inglés y que íbamos por las nubes y seguíamos unidos, que yo lo besaba y él me besaba y estábamos unidos y desperté dos o tres veces en la noche y me abrazaba a la almohada y me reía sola, y seguía soñando de nuevo, y de nuevo pedía que volviera y la virgencita de Montserrat me traía otra vez los besos de Juan Carlos y en la mañana apenas me pude levantar para ir al colegio, porque anoche había llegado como a la una, anoche y mi madrina estaba más enojada, pero cuando volví del Liceo el Juan Carlos no aparecía, así que me fui a mi pieza y me quedé traspuesta, y dormí como hasta las siete y después corrí a la calle y nada, y pregunté a la Rosa, que tiene un puesto de diarios, si había visto el auto, y ella me dijo que no, y así me quedé más tranquila, aunque a lo mejor, me dije, a lo mejor, después de lo de anoche, el Juan Carlos no viene más.

Como a las nueve, cuando estábamos tomándonos la sopa de sémola, que era cuando no tenía plata la madrina, llegó mi mamá, y aunque mi madrina había jurado que nunca más la recibiría, la vieja se puso a gemir y a pedirle por favor y como no estaba curada... Tenía tan buen corazón mi madrinita. Entonces nos contó que la población había crecido mucho, que todas las noches llegaban camiones y carretelas, que habían montones de vecinos nuevos, y que se había organizado una posta allí mismo, con enfermeras y todo, y un doctor que iba todos los días, y que les iban a instalar televisión para todos, y que estaban haciendo un club de fútbol y que las casas ya iban subiendo el cerro, hacia La Pirámide. "Tanta maldad, comadre por Dios, va a creer que hay unos enormes potreros vacíos, llenos de árboles, y nosotras, sin tierra..." Y nos contó que Allende, cuando subiera, lo primero era ponerle luz eléctrica y pavimento, y hacerles una escuela preciosa, porque la educación era importante, nos decía la vieja, y yo la miraba medio sentida, no había cómo quererla, no era lo mismo, antes, cuándo cabra, porque la vieja me cuidó un poco, es cierto, pero después de esas fiestas, que fue para San Manuel, todavía me acuerdo y todos durmiendo en el rancho, y la vieja que me metía a mí a un lado de la cama y ella al medio y don Beno al otro lado, y estaba tan curada, que cuando el viejo se me tiró encima yo grité y chillé y el viejo era grande, como un perro grande, y estaba curado, pero no tanto como la vieja que no abría los ojos y ronca que ronca, y yo llamándola, a veces me volvía eso, era el sueño, muchos años atrás, cuando la madrina me trajo, que yo despertaba gritando y llorando y en la mañana, cuando las vecinas me encontraron y me llevaron a la posta, y después me trajeron, y la mamá me empezó a pegar y me dijo que era una puta, y me dijo que todas andaban detrás de don Beno porque era bueno pa la cama. Y me echó de la casa. Yo tenía siete años. ¿Y cómo me iba a olvidar de eso? Y cuando la mamá se ponía a hablar de la justicia, de que ahora sí, de que todos íbamos a ser felices, ¿cómo me iba a olvidar yo del Porotito, que se acaba de morir y que era tan lindo? Que cuando se reía hacia unos gorgoros, y tenía los ojos iguales a los míos. La mamá nos dijo que había otra concentración para Allende, que ahora había que apoyarlo porque los momios estaban listos para impedir el triunfo, que andaban haciendo explotar bombas por todo Santiago, pero que ellos también estaban listos, que toda la población iba a salir a la calle, que habían ido estudiantes, montones de estudiantes, de esos barbudos, y que les estaban enseñando a hacer bombas con botellas y bencina, y otras cosas, y que el triunfo del pueblo no se lo iban a quitar los momios, que antes, los mataban a todos, y después me dijo que yo era una pará y una momia, desde que vivía ahí en Salas, y que mi madrina me echaba a perder, y que mi lugar estaba en la población, en vez de andar leseando en el liceo, donde nunca iba a

aprender nada, que la revolución se hacía en la calle, que para ser revolucionarios, que lo había dicho uno de esos jóvenes barbudos que venían, había que ser pobres como ellos, y vivir en el barro. Todo eso nos dijo y después comenzó a preguntar si teníamos un trago para brindar por Allende, y mi madrina tenía uno de bilz, pero la vieja dijo que ése era un trago de momio, y por suerte se fue luego, que mi madrina estaba más nerviosa.

El Viernes se suspendieron las clases por la concentración de Allende, pero yo no quise ir porque tenía el pálpito de que Juan Carlos me iba a venir a buscar, y la Mirta Soto me insistió que la acompañara, que había conocido a un joven que era del Mapu, y que era muy buen mozo, pero yo me dediqué a arreglar mi ropa, y traté de coser una falda, la subí un poco, le hice una basta bien grande, para andar a la moda, aunque mi madrina se enojaba mucho, pero como tengo bonitas piernas, así me lo dijeron, y la falda era escocesa, de lana y era fina, la había comprado la Telma en Falabella y le quedó chica, pero a mí me nadaba casi, porque soy muy delgada que por suerte, porque todas las chiquillas de Providencia son así, que apenas comen, que supe que la Pilola, por ejemplo, me dijo el otro día, que se alimentaba con Milo, con un vaso de Milo con leche al día, nada más. Y yo le dije a mi madrina que por qué no me compraba, pero me dijo que era muy caro.

Justo como a las tres de la tarde llegó Juan Carlos y por suerte yo estaba lista, me había lavado el pelo y todo, y salí con él y nos fuimos a Manuel Montt a tomar helados, al lado del teatro Marconi, y después me dijo que fuéramos a su casa porque su mamá quería conocerme y yo tenía más vergüenza, pero, cómo decirle, que no, y fuimos y llegamos a la casa y él me dejó sola en un salón, mientras se cambiaba ropa, me dijo, y entonces llegó un auto, que era el Mercedes blanco, ese en que fuimos una vez cerca de San Antonio, y llegó un caballero como de cuarenta y cinco años, muy elegante.

-¡Cómo le va! - me dijo- dándome la mano. Y después comenzó a mirarme, yo sentía que miraba desde los zapatos, eran unos mocasines Bata que estaban casi nuevos, para arriba, las piernas, que me analizaba con mucho cuidado.

- ¡Acevedo! Te llamas, Acevedo, ¿no es cierto?

- María Acevedo - dije, con un hilo de voz.

- ¡Acevedo Acevedo! ¡Naturalmente!

- Sí, señor - murmuré.

Por suerte venía bajando Juan Carlos.

- ¿Ya te vas de nuevo?

- Tengo que hacer.

- ¿Sabes que vengo llegando? Hace como dos días que no te veo. ¿En qué andas tú?

- Cosas...

- Me llamaron del Saint George. ¿Cuándo piensas hacerles una visita?

- Estuve enfermo, papá... De veras... Si quieres, te traigo un certificado...

- Si fracasas este año, a la Escuela Militar, ¿oístes? Ya estoy aburrido con esa tracalá de hijos hippies y zánganos... ¿No te das cuenta que estamos atravesando por una crisis muy seria?

Venía bajando la señora, la mamá de Juan Carlos. Era rubia y alta, muy elegante y muy linda, y me sonrió y me dio la mano y me dijo si quería quedarme a tomar té. Juan Carlos dijo que no, que teníamos que hacer. Me tomó las manos, la señora y me dijo que Juan Carlos tenía muy buen gusto, que yo era casi tan bonita como la Pilola Undurraga, aunque en otro tipo, me dijo, y le dijo al papa de Juan Carlos:

- ¡Estas muchachas a veces dan sorpresas!

Salimos a la carrera. Juan Carlos me empujaba y casi no pude despedirme de ellos y el papá me seguía mirando en una forma medio rara, como insinuándose, o algo, no sé...

- ¡Vamos! ¡Vamos! - me dijo.

- Pero, ¿no querías que conociera a tu mamá?.

- Sí, pero no al viejo, ¿entiendes?. El viejo andaba en Buenos Aires... No tenía idea que iba a llegar.

- ¿No lo quieres?

- No.

- ¿Y qué te ha hecho?

No me respondió. Me dijo que fuéramos al "Copelia" porque allá debían andar todos, y que la Pilola tenía esa noche una fiesta y que íbamos a ir, porque las fiestas de la Pilola eran con fumadas y que eran el descueve, y yo le pregunté si podía ir así, con la falda escocesa, y él me dijo que claro, que me veía muy bien, y yo le dije:

- ¿Te acuerdas de la otra noche, Juan Carlos?

- ¿Cuándo?

- Cuando estuvimos bailando... ¿te acuerdas?

Me miró como enojado. Me arrepentí de haberle dicho nada. En el "Copelia" estaba el grupo, otros chiquillos nuevos.

- ¡Hola, paloma! - me gritó uno, que no había visto nunca.

- ¡Invéntate algo, Juan Carlos!

- ¡Andamos parqueados!

- "El Gato" se compró una moto, ¿sabían? Una "Yashica" caballa... ¿Nadie ha visto a "El Gato"?

- Anda con tu hermano, el José Luis. Están preparando algo, dicen...

- ¿Una fiesta?

- No. Dicen que es algo grande, el despiole...

- Estos deben ser los tontos de las bombas... Anoche no me dejaron dormir...

- "El Gato" siempre se mete en unos líos el descueve... ¿Te acordai cuando tenía esa banda pa robar autos?

- ¿Cómo no se va a acordar, si el Juan Carlos era uno?

- ¡Anda a peinar huevos, huevón!

Yo, como que les tenía miedo, porque ni siquiera me hablaban, el Juan Carlos se ponía distinto, como ausente, y a veces se ponía a conversar en voz muy baja con la Mónica y la Pilola y se reían y yo me parecía que se estaban riendo de mí.

- La Mónica se va.

- ¿En serio, Mónica?
- Se van todos a Londres... A vivir.
- ¿Y por qué te vai, Mónica.?
- Se han ido todos... ¿Te acordai del Peter Ascott? Ese se pegó el pollo primero...
- Allende es choreza, ¿cachai?
- ¡Cartulo, h'on! ¡Cartulo!
- Ya vai a ver... ¡Choreza! ¡En la raya!
- A este h'on lo cortaron verde...
- Mi viejo está colocado con Allende... Vai a ver como sale de ministro de algo...
- Tu viejo se coloca con todos...
- Algo va a pasar - murmuró la Pilola Undurraga.
- ¿Qué va a pasar?
- Algo.
- Sí, pero, ¿qué? Todos andan diciendo lo mismo, que en esta semana, que antes de noviembre...
- No puedo decirles.
- Además, ojo, que éste es hermano de la Consuelo, que es una traidora.
- ¿Y por qué es traidora la Consuelo?
- Porque es del MIR, por eso...
- Fiducia se la tiene jurada, a tu Consuelo.
- ¡Tierno!
- El que le toque un pelo a mi hermana...
- Y tu José Luis... ¿Ese es un capo del Fiducia? Ese también va a hacer algo... Dicen que quiere incendiar "Carnaby", porque dicen que tu hermana anda dando soplos...
- Ese es un huevón...
- ¿Nadie tiene atch?
- "El rucio de los perros" andaba ayer con algo. Pero pide más caro.
- ¿Va a estar buena la fiesta, Pilola?
- ¡Chévere!

- ¿Y tú, vai a llevar a tu paloma, Juan Carlos?

- Capaz.

- ¿Y me la vai a prestar?

- Este es un forro... Mejor me la prestai a mí.. Y tú, con la Pilola, como antes...

- Tierno.

Palomita negra, vidalita de piquito rojo

Yo no había estado nunca antes en una fiesta así. Fue en un enorme departamento, muy elegante, como en un décimo piso y daba con unas ventanas inmensas a unos jardines a un parque precioso, que yo pregunté qué era y se rieron y me dijeron que era el Club de Golf, y había no sé cuántos salones y unos cuadros enormes, como de género, como alfombras, colgados en la pared, que era el departamento del papá de la Pilola que estaba separado de la mamá, y que ahora estaba fuera de Chile, todo eso me lo explicó Juan Carlos y llegaron un buen grupo de chiquillos y había música, y yo me sentía medio pésimo con mi falda escocesa y por suerte la Pilola me prestó un traje, más buena, me llevó a su dormitorio que tenía una cama preciosa y era todo alfombrado, y me prestó un traje que dijo que usaban en Arabia, que eran como una batas de levantarse pero de seda y con unos bordados con piedras y cuentas, y todas las chiquillas se pusieron una, que dijo la Pilola que eran dieciocho que había traído el papá cuando estuvo de embajador en Egipto, y que había que ponérselas sin nada debajo, sin nada, insistió, y a mí me dio más vergüenza y me dejé los calzones y el sostén, pero las otras chiquillas se sacaron todo y se pusieron las batas y también nos prestó unos zapatos de seda, con la punta levantada, parecíamos como en una película, era harto original y divertido, y los chiquillos, algunos, se habían puesto unos gorros que también dicen que eran árabes, y Juan Carlos estaba medio solo, en un rincón, y estaba tocando guitarra.

- ¿No sabía que tocabas guitarra? - le dije.

Se encogió de hombros, sin mirarme.

Y tocaba tan bien, tan bien, que me sentí más contenta, porque no tenía idea de que era tan bueno, y tocó como unas músicas clásicas, y después tocó esa canción que me gusta tanto que se llama "Orfeo Negro" y después tocó otras que no conocía pero que eran más lindas. Y nadie le hacía caso, todos gritaban y bailaban y se reían, y la Pilola ofrecía hierba, desde que llegamos, estaban haciendo cigarrillos de marihuana, y habían unas bandejas con Coca-Colas y unos sandwiches de pollo, pero nadie les hacía juicio. Yo no me separaba de Juan Carlos que seguía como perdido, tocando la guitarra y podía hasta trabajar en la televisión con lo que sabía. Después se puso a cantar como en inglés que no le entendía nada, y era una canción bien alegre y me miraba cuando cantaba, me clavó los ojos y parecía querer decirme algo. Después, dejó la guitarra. Estuvimos bailando los dos de esas canciones suavécitas, y me apretó bien y era tan bueno bailar con él, sentirlo ahí, tan delgado y tan a compás. Después, se puso a bailar con la Pilola y yo bailé con un joven, que no sé quién era, medio atracador el joven, que me apretó harto y me pegó la cara y el joven tenía unas chuletas largas que me hacían cosquillas. Después nos sentamos en el suelo que estaba alfombrado y había unos cojines enormes, negros, como de cuero, que se deformaban enteros, con un relleno blando adentro, y se movían y se adaptaban al cuerpo y algunos saltaban de un cojín a otro, y era lo más divertido. Y estábamos todos bailando y gritando mucho y fumaban y se tiraban al suelo y la Pilola hizo un baile, más fresca la cabra, en que abría la bata y se mostraba entera desnuda, entera abajo, se abría la bata y la volvía a cerrar y lanzaba como gritos, como gemidos, y los chiquillos tendidos por todas partes, y uno gritó:

- Ya, cabréate, Pilola!

- ¡Número visto!

- ¡Que lo haga la negra!

- ¡La negra!

Esa parece que era yo. Un chiquillo se levantó y comenzó a tironearme, y yo le dije que no, que no sabía. Juan Carlos le gritó al joven y éste me dejó tranquila. Pero ahora la Mónica, la Pilola y otra que le decían Pelusa se pusieron a bailar con sus batas sueltas, que se les abrían enteras y estaban abajo todas en pelotas, bien blancas, y harto flacas se veían y los chiquillos las miraban pero nadie les hacía juicio.

- ¡La Pilola quiere tirar! ¡Eso!

- ¡Ya, Juan Carlos! ¡Atrévete!

- ¿Tú creís que Juan Carlos es virgen?

- Claro que es virgen... El único en el grupo...

- ¿Y, creís que la negra con que anda, es virgen?

- ¡Tai loquito! ¡Esa es negra cachera! ¡A la vela...!

- Ya, Juan Carlos! ¡Pesca una paloma!

Y estaban algunas chiquillas tendidas y dándose besos y se revolcaban en el suelo y yo me asusté y me acerqué bien a Juan Carlos y la Pilola era la más fresca de todas, y en eso comenzó a sonar el teléfono y empezaron a golpear la puerta del salón donde estábamos y la Pilola se arregló bien la bata y fue a hablar con alguien y volvió gritando:

- ¡Pegarse el pollo!

- ¿Qué? ¿Qué pasa?

- ¡El viejo!

- Pero, ¿no nos dijiste que estaba fuera de Chile...?

- No, en el fundo... Y ahora viene pa acá. Por suerte mi hermanito tuvo la buena idea de...

- ¡Córtala, Pilola! Esto está lo más entrete-...! Hay vibraciones, ¿cachai?

- ¡En serio! ¡Ya, despejen!

- ¿Y la fiesta?

- Na que ver... ¡Vamos!

- ¿Y a dónde vamos?

- ¡"Las Brujas"!

- ¡Eso!

- Pero, los caftanes me los dejan aquí, que son de colección y si mi viejo descubre que se los saqué me mata... ¡Ya, cabritas! ¡A cambiarse!

Y tuvimos todas que volvernos a vestir, y salir como arrancando y nos fuimos con el Juan Carlos allá por La Reina a "Las Brujas" que se llama y que era bien lindo, un restaurant a la orilla de un lago, y con luces en el agua, y había unos cisnes y adentro estaba medio oscuro y se bailaba y Juan Carlos se puso a bailar conmigo y como que hicimos un aparte en el grupo, porque me llevó a otra pista de baile, y había más gente, y todos enamorados se besaban y todo, era más lindo, y me besó en el cuello y yo temblaba y por suerte la Mirta me regaló ese poquito de agua de colonia que tiene como olor a verbena y después, Juan Carlos, comenzó a besarme en la boca, casi mordéndome los labios. Entonces, yo me atreví a susurrarle:

- Juan Carlos, ¿me quieres?

Me seguía besando, sin responderme.

- ¿Me quieres? ¿Un poquitito?

Cuando se acabó la música me tomó de la mano y bajamos hasta donde estaba estacionado el auto y se había puesto a llover y nos metimos en el autito y adentro puso la calefacción y la radio y el vidrio, todos los vidrios, se nublaron mucho al principio y él me seguía besando, y acariciaba y me pasó las manos por las piernas, y me seguía besando y yo lo besaba a él, ahora, y le tomé la cabeza con las manos y le besé el cuello, y quería como comérmelo entero, estaba tan nerviosa. Y, entonces, nos calmamos un poco y miramos cómo llovía afuera, que apenas se veía nada. Y Juan Carlos, de repente, con el dedo, escribió en el vidrio, en el parabrisa, escribió "María, te quiero". Y se abrazó a mí. Y yo miraba esas letras, esas palabras que duraron apenas, que comenzaron a abrirse, como a gotear, y las leía una vez y otra y me parecía imposible que fuera cierto, y de repente se empezaron a desvanecer hasta que se fueron.

Entonces me dijo:

- ¿Oíste lo que decían? ¿La Pilola y los otros? ¿Que yo no me había metido nunca con una mujer?

- No les hagas juicio...

- Es que... fijate que es cierto... ¿Te lo dije, no? Pero, no por poco hombre... Na que ver. O sea, porque andaba buscando a alguien... A alguien puro... Y, cuando estuve en Silo, Bruno me dijo que me conservara así, o sea, que así tenía toda la fuerza del mundo, ¿cachai?, de la tierra, me dijo, que podía captar las emanaciones, o sea, los efluvios de la tierra... O sea, que sí seguía así... pero, ahora...

- Juan Carlos, ¿es cierto?

Le indiqué el vidrio.

No me contestó. Siguió hablando, como que divagaba.

- ...porque el Bruno cree que todo viene del éter, o sea, cuando uno es bueno y puro y medita y busca adentro, va a descubrir, o sea, la verdad, ¿cachai? que está metida adentro, y que lo hará el más fuerte... pero, ya eso pasó... Ahora, no creo en nada... en nada...

- ¿Por qué, Juan Carlos? ¿Por qué?

- Porque, Silo, no, era... ¿Cachai? O sea, yo pensé al principio, y cuando lo conocí, cuando fui a Punta de Vacas, allá en la montaña... O sea, la segunda vez... Pero, tú no entendís...

- Yo te quiero tanto, Juan Carlos.

- O sea, que Bruno decía una cosa y Silo decía otra... y yo andaba buscando otra cosa, una tercera, y la armonía, ¿cachai? Y no existe...

- Yo te quiero...

Entonces Juan Carlos se detuvo y me miró, y me tomó la cabeza con las manos y me miró a los ojos y me dijo:

- ¿Me quieres mucho?

- ¡Mucho! ¡Mucho!

- ¿Harías lo que yo te pidiera?

- Sí

- Vamos, entonces.

Y me tomó de la mano y me llevó corriendo en medio de la lluvia, hasta unas como casitas, medio escondidas entre los sauces, a orillas del lago, y habló con alguien antes, y le dieron una llave y nos metimos adentro, cuando estaba diluviando y nos empapamos y a mí me dio harto frío que no andaba ni siquiera con la chaleca, pero por suerte adentro estaba calentito. Y Juan Carlos me dijo que no encendiera la luz. Y había una cama donde nos tendimos y yo me envolví con una frazada, porque estaba con frío, y con nervios y me di cuenta de lo que quería Juan Carlos.

Crece palomita, vidalita sácale los ojos

Después, pasó como una semana y ya estábamos en octubre, casi a fines y habían concentraciones y rumores y discursos y bombas, y la gente seguía tan nerviosa como antes de la elección y mi mamá llegaba cada dos días a puro crearnos problemas y asustar a mi madrina, que nos iban a quitar la casa, porque los pobres tenían más derecho que nosotros, como si no fuéramos más pobres nosotros... Y Juan Carlos no aparecía. Yo comencé a desesperarme, la pura, nunca me había pasado algo así andaba mal, me ponía a llorar en el colegio, dos veces, una vez que la señorita de Castellano me sacó a la pizarra me puse a llorar y entre la señorita y la Mirta tuvieron que llevarme a la Inspectoría y darme agua con azúcar y de allí me mandaron a la casa.

El doce de Octubre nos dieron feriado como siempre y también el trece y esa tarde volvió a aparecer Juan Carlos. Él no sabía que yo fui al "Copelia" y a "Las Terrazas" y me encontré con la Mónica y otras chiquillas y a pesar de que yo me suponía que me miraban en menos, por lo del Liceo en Recoleta y por la ropa y por otras cosas, se portaron lo más dije conmigo.

- ¿Andai buscando al Juan Carlos? - me dijeron.

- Sí.

- Anda harto raro. Todos esos de Silo son así.

- ¿Supiste que casi nos pega, el otro día?

- ¡Por mí, tu Juan Carlos se puede ir a la mierda!- gritó la Pilola... ¡Ese necesita un siquiatra!- agregó.

- Está enfermo.
- ¿Que hizo? - pregunté suavemente.
- Nos comenzó a gritar, aquí, en pleno Providencia, a las doce del día, ¿te das cuentas? ¡Muy Juan Carlos Eguirreizaga Montt será, hijita, pero a mí no me la hace! ¡Qué se ha imaginado!
- Nos dijo que éramos unas putas... Así... ¿cómo lo vai hallando?
- Nos gritó a todas - añadió la Mónica - y después se agarró a puñetes con "El Gato" y dijo que todos éramos unos podridos...
- Está loquito tu Juan Carlos...
- Eso le pasa por meterse con cumas...
- Sí no es naa eso, oh ... ¡Dejen a la negra tranquila!
- ¿Y qué es, entonces?
- ¡Silo! ¡Y la política!
- ¿Dónde está?
- No sé... No lo hemos visto... De repente, aparece.
- ¿No estará al otro lado, al frente?
- Si querís, anda a verlo tú... Nosotras terminamos con tu Juan Carlos.
- Pero...
- ¡Se acabó! ¿Entendís? Ese chiquillo es más huevón de lo que tú crees... ¿Entendís, negra? ¿Cachai? ¡Escorpión puro!

Fui como tres veces a buscarlo, pero nada. Todos me hablaron mal de él. Que gritaba, que le había pegado a no sé quién, a la salida del "Oriente", que había chocado en Américo Vespucio, que estaba inaguantable. Y yo me empecé a preguntar si no era todo culpa mía, si yo no tenía toda la culpa de lo que le estaba pasando. Porque esa noche en "Las Brujas" cuando comenzó a llorar y estábamos desnudos, y acabábamos de hacer el amor por primera vez, que a él le costó más hacerlo, que decía que no sabía cómo, que le ayudara y yo le ayudé porque estaba nervioso, lo fui tranquilizando, y la primera vez le costó mucho, pero después, cuando volvió de nuevo y yo lloraba de alegría, aunque no gocé pero estaba tan feliz, que hasta me olvidé de todo, a pesar de que la Telma que tiene más experiencia, y que sabía todo lo mío, porque se supo en toda la población cuando me llevaron a la Posta y una vecina denunció a don Benó, y hasta en los diarios llegó a salir, la Telma me dijo que lo único que no me olvidara de hacer era la comedia que ella cada vez que salía con un joven le hacía la comedia y el joven quedaba seguro de que ella era virgen y él, el primero de todos, y me explicó todo, pero igual se me olvidó y después, cuando Juan Carlos estuvo un buen rato llorando, sin hablarme, y yo le preguntaba que qué tenía, le decía, mijito lindo, amorcito, ¿qué tienes, qué te pasa? Mijito, pero él comenzó a vestirse y sin mirarme, era más el Juan Carlos, salió de la pieza y se fue. Y yo me quedé que no podía creerlo, me dije primero, seguro que va a ir a buscar el gin con gin, que le había pedido cuando recién entramos, yo le dije, primero nos tomamos un gin con gin, ¿quieres? y él tocó el timbre, pero, seguro con la lluvia, no vino nadie, y ahora, cuando salió. Lo esperé un buen rato, y seguía lloviendo, podía oír la lluvia y me dije seguro que ha ido a arreglar la cuenta, o a algo, a llamar por teléfono, y cuando me convencí, que ya eran como las tres de la mañana, me vestí lo más rápido que pude y tenía más miedo y de nuevo andaba sin plata, apenas con dos escudos que no me alcanzaban para nada, y salí y ya no llovía tanto, por suerte, y me fui al camino y me puse a caminar hacia abajo que salían los perros y todo, y en esto pasó un auto y me llevaron, aunque, tenía más miedo, y adentro iban como cuatro jóvenes que se reían y me pellizcaban y me preguntaron si no quería irme con ellos, y me dijeron que cuánto pedía, y yo entonces, me puse a llorar, y uno que era más caballero, les dijo que mejor me dejaban tranquila, que no

veían que a mi me había pasado una mano, y me preguntaron que a dónde vivía y me fueron a dejar a la casa, y yo no paré de llorar hasta el día siguiente, en que me hice una agüita de toronjil.

Ese día trece de Octubre, que apareció de nuevo Juan Carlos, yo creía que no lo iba a ver más y venía del almacén con unas compras y ahí estaba, en el autito, que tenía un vidrio roto y un tapabarros todo abollado, y me dijo que me iba a esperar porque tenía que hablar conmigo, me dijo.

Y nos fuimos por la Panamericana a todo full hasta cerca de Til-Til, llegamos y estaba más enojado, porque ni la radio quiso poner.

- ¿Quién fue? – me preguntó.

- ¿Quién fue? - repetí.

- ¡Sí, no te hagai la de las chacras cabrita! ¿Quién fue? ¿Creis que me hacís huevón a mí?

- Juan Carlos ... ¡No! ¡Por favor!

- ¿Con quién te acostastes antes? ¿Con cuántos?

Gritaba. Comenzó a golpear los vidrios.

- ¡No! ¡No!

- ¡Putá! ¡Seguro que lo hicistes con todos los del grupo, antes! ¡Con razón te decían "la negra cachera"! ¡Con razón! ¡Y yo, el idiota! ¿Entendís? ¡El idiota! ¡Habla que habla de la pureza de...! ¿Cachai?

Comenzó a llorar.

- Yo que pensé, pensé que eras... o sea... distinta... ¡María! Yo, o sea... pensé... ¿Cómo has podido hacerme eso?, ¿Cómo?

- Juan Carlos...

- ¿Quién fue? ¡Dímelo! ¡Quiero saberlo! ¡Por lo menos, dímelo!

- No, Juan Carlos... ¡Déjame!

- ¿Lo conozco? ¿Es del grupo? ¡Cómo se estarán riendo esos huevones!

- ¡Por favor! ¡Vámonos!

Y vino al día siguiente y de nuevo la misma cosa, me interrogaba, me hacía sufrir y sufría él, andaba siempre como que había fumado mucho y tenía olor a marihuana, que aprendí a reconocerlo, íbamos a dar una vuelta por Conchalí, por Recoleta y me seguía, dale que dale, que quién había sido, que cuándo, que cuántas veces, que yo era una puta, que me odiaba, ¡te odio! me decía, y me decía que él me iba a matar, que él, que me había querido, pero que ya no, que ahora me iba a matar, que yo era una podrida igual que la mamá, me decía, y me iba a dejar a la casa, y yo me ponía a llorar y ya no comía y me enfermé, caí enferma, y estuve como dos días con fiebre y gritaba el nombre de él, parece, porque mi madrina me contó, y después, cuando me levanté, de nuevo estaba allí, y había ido todos los días me dijo, que me estaba vigilando, que me iba a seguir a todas partes, me dijo, que andaba con un revólver y me lo mostró, y que cuando lo encontrara lo iba a matar y después me iba a matar a mí, por puta, y yo sufría tanto, me estaba muriendo, y le dije que no me hiciera sufrir más, y él me dijo que no me molestaría más, que lo único que quería saber era quién había sido, que cómo podía ser yo tan mala con él, que él me había querido, que él, que era cierto, que él nunca había tocado una mujer antes, sí, Juan Carlos, sí, te creo, ¡te creo, amor mío! ¡Mijito! ¡No me digas mijito, negra cuma! ¡Putá de mierda!, me gritaba y sacaba el revólver, y yo le dije un día que me matara, estábamos en el

Parque Forestal y de nuevo me estaba preguntado y yo le dije, ¡mátame, Juan Carlos! ¡Por favor, mátame! ¡No puedo más! Y él me dijo que no, que primero iba a matar al otro, y yo le dije, ¿qué no ves que me estas matando, de todos modos? ¡Por favor! Pero, dime, ¿qué te cuesta? ¿por qué no me lo dices? ¿Quién se acostó antes, contigo? ¿Tuvo que ser alguien, no es cierto? No eres virgen... ¿O crees que no me di cuenta? ¡No eres! ¡No eres! ¡Eres una puta! ¡Una negra cachera! ¡Eso eres!

Crece tus alitas, vialita crece el corazón

Cuando me pongo a pensar ahora. Yo tenía dieciséis años y no sé, si no es por mi madrina, porque fui donde la Telma y le dije que me ayudara, le dije que me quería morir, que me consiguiera un veneno, y la Telma me dijo que no fuera na lesa, que los hombres son así, como niños chicos son, me dijo, y que se le iba a pasar bien luego todo al Juan Carlos, y me dijo que le contara la verdad.

- ¿Tú, tú crees, Telma?

- ¡Claro! ¿Qué tiene de malo?

- ¡Me da tanta vergüenza!

- ¡Pero! ¡Si no fue tu culpa!

- ¡No puedo, Telmita! ¡Telmita, por Dios! ¡Antes me matan!

- ¿Qué crestas sabías tú cuando te pasó? ¡Un viejo curado! ¡Si hasta salió en los diarios!

- ¡No puedo! ¡No, no podría!

- Entonces, ¿qué querís?

- No sé, Telma ... No sé lo que me pasa... Pero quisiera irme, quisiera morirme, Telma, le estoy rezando a la virgen de Montserrat para que me lleve.

- ¡Córtala, oh! ¡Si soy una cabra chica! ¡Y ya pensai en morirme! En un par de meses se te olvidó tu Juan Carlos... Y a otro...

Era más buena la Telma. Me convidó una leche con plátanos y me dijo que si esperaba que terminara su turno podíamos ir al teatro a ver una película de Rafael. Pero yo le dije que no tenía permiso. Además, Juan Carlos iba a estar, seguro que iba a venir, y ahora, aunque siempre el corazón me temblaba al ver el autito, sabía que de nuevo iba a comenzar con las preguntas, que dónde, que cuántas veces, y de repente me tomaba las manos y me las apretaba y me decía que él me había querido tanto.

- ¿Me quisiste, Juan Carlos?

- Sí.

- Pero... ¿ya no?

- ¡Dímelo, primero! ¿Quién fue?
- Si me quisieras, Juan Carlos... no me lo preguntarías...
- ¿Qué? ¿Te da vergüenza? ¿Fue con un amigo mío? ¿Con alguien del grupo?
- ¡No! ¡No! ¡Te juro que no...
- ¿Con quién fue, entonces? ¿Con alguien del barrio? ¿Con un veguino?

Yo me ponía a llorar y él me decía, ¡hasta cuándo crestas lloras, mierda!, y me daba más pena que me tratara así y yo le decía, imagínate que no te pudiera contar, y él me decía que con razón el viejo le había dicho que la negra no le convenía, así le había dicho, que esas negras costaban cincuenta lucas en Américo Vesputio con Apoquindo, y él se enfureció y le tiró un jarrón a la cabeza, que por poco le achunta, el viejo sabía, porque era un depravado, y siempre andaba con putas, y seguro que la había calado desde que la vio, y el viejo lo agarró a bastonazos que por poco lo mata y le dijo al viejo, ¡viejo maricón!, y le dijo, mientras la mamá trataba de defenderlo de los palos y hasta el José Luis, que era enemigo de él, trató de quitárselo al viejo, que le seguía pegando con el bastón y eso fue antes de la comida, ¡maricón! ¡maricón! ¡viejo cornudo! -le gritaba, y entonces la mamá se enojó con él, y el viejo que estaba que se moría de infarto, rojo, que tuvo que sentarse en un sillón, y parecía que iba a estallar y todos gritando, y cuando se calmó un poco, y él que no se podía levantar de la paliza, y cuando el viejo le dijo a la mamá que Juan Carlos no volvía a poner los pies en esa casa, y que mejor lo sacaba al tiro de allí porque si no, y la mamá lo llevó a vivir donde una tía, pero antes él le dijo al viejo: ¡Te vai a acordar de mí, desgraciado! ¡Voy a hacer una bien grande, viejo!

Y me mostró las marcas, tenía un brazo medio negro y en la espalda, y me dijo que eso había pasado cuatro días atrás, que tuvo que sacarse radiografías, me dijo, porque creía que el viejo le había quebrado un hueso, pero no, y me dijo que ahora vivía con la tía Laurita Montt, que era soltera y que estaba mucho mejor, y como el viejo pasaba afuera, en New York, él iba a la casa cuando la mamá le avisaba por teléfono, y que ahora, después de la paliza, la mamá que era más amiga de él, que el otro día le regaló dos mil escudos para que se comprara ropa en "Flaño" y que él fue y se gastó hasta el último centavo, y que incluso pensó en hacerme un regalo pero me dijo que yo no merecía nada, que por mi culpa a él casi lo matan, y me dijo que el viejo las iba a pagar todas.

- ¿Todavía tienes la pistola?

- Aquí... Es mi amiga.

Y me la mostró.

- Ten cuidado... ten cuidado Juan Carlos... Yo, yo no quiero que te pase nada, malo...
- Es por otra cosa, ¿sabes?
- ¿Por otra cosa?
- Primero, liquidar a ese desgraciado...
- ¿A quién, Juan Carlos?
- A ese... tú sabes... ¿Crees que voy a dejarlo vivo? Yo, yo no creía que tú eras... todavía no me acostumbro... O sea...
- ¿Y si un día, más adelante, yo te contara?
- Ahora.
- ¿Y si hubiera sido algo terrible que me pasó cuando yo era muy chica?

- ¡Chivas! ¡Ahora! ¿Quién fue?

No había caso con él. Se ponía como loco y no quería ni ayudarme. Y sacaba la pistola y comenzaba a darla vueltas.

- Yo te quiero tanto, amor... amorcito... ¡te quiero tanto!

- ¡Ya, oh! ¡No llores!

- Es que no sé que hacer...

- ¡Dimelo!

- ¡Es que no puedo! ¡Amor mío! ¡No puedo! ¡Mejor, mátame! ¡Mátame, Juan Carlos!

Y entonces, creo, que él como me veía tan desesperada. Y cambiaba de tema. Y parecía que iba a estar mejor, pero a la media hora, de nuevo. Otro día me dijo que lo andaban siguiendo.

- Te siguen... ¿Quiénes?

- ¡Silo!

- Pero... ¿por qué?,

- Porque me fui... porque sé cosas... me quieren eliminar, ¿entiendes?

- ¡No, Juan Carlos! ¡No puede ser!

- Pero antes, ¿cachái?, al Bruno yo lo hago morder el polvo.

Y me mostraba la pistola y yo no sabía si era cierto o no.

Estaba más asustada. Le conté a la Telma y me dijo que mejor no lo viera más, porque esos chiquillos eran los que hacían las tonterías, que éste, seguro que iba a hacer la mansa ni que embarraa...

- Pero... yo... quiero que me mate... Telma. No me importa, la pura...

- ¡Tai tonta, tú!

- ¡Palabra! Quiero que me mate... yo no puedo seguir viviendo así...

- Mira, ese cabro te probó apenas, ¿entendís? ¡Llévatelo a alguna parte, a un hotel! Y demuéstrale bien lo que es una mujer...

- ¿Una... una mujer?

- Sí, dale una lección.

- Pero, Telma... ¡tú no entiendes!

- Entiendo que ese chiquillo anda caliente con vos, que es un loquito y por eso te hace esas escenas.

Era más la Telma. Buena amiga pero ella como que no interpretaba mis sentimientos. Todo lo solucionaba ella con eso.

Era el dieciocho de Octubre, yo me acuerdo bien porque era el cumpleaños de mi madrina, y yo sin plata para darle un regalo, que decidí de repente regalarle el pañuelo que me había dado Juan Carlos, y lo lavé bien y lo planché y lo puse en un papel bien bonito y mi madrina estaba emocionada y me dijo que ella me quería mandar a alguna parte a mí, al campo, donde una pariente que tenía en Olmué, que me iba a hacer bien, me dijo, que yo estaba muy desmejorada, que apenas comía y que pasaba encerrada llorando. Me dijo que a mi edad, que era una niña chica, que recién comenzaba la vida para mí y que un día, me dijo, yo iba a encontrar un joven bueno que me iba a llevar al altar yo, toda vestida de blanco, que el traje me lo iba a hacer ella, y que ese día, cuando yo saliera de la iglesia vestida de blanco, y del brazo del joven bueno, ese día ella iba a poder morirse tranquila. Y yo le dije que nunca, que nunca... Y le dije que después de lo que me había pasado nunca iba a existir un joven así, y ella me dijo que eso había sido un sueño, así me dijo, un sueño, María. Y me dijo que la Virgen no miraba esas cosas, que la Virgen me tenía un especial cariño porque me habían hecho sufrir cuando era tan chica, que la Virgen me había puesto sus manos encima y me llevaba por la vida, y que la Virgen, me dijo, me iba a cuidar siempre, cuando ella faltara. Y almorzamos cazuela de ave, que era la castellana, que la madrina tuvo por muchos años sin decidirse, pero la castellana ya estaba vieja, y era tan ponedora que a la madrina le dio como no sé qué comérsela y sólo se tomó el caldo, y me dijo que había hecho eso por mí, para que me repusiera bien y que toda la gallina era para mí y yo apenas la probé. Y me dijo que ese niño que me venía a buscar era el que me tenía así, que mejor le decía que no volviera más, porque esos niños no traen nada bueno, porque era un niño rico. Y me dijo que nunca había que casarse con un niño rico, que tienen otras costumbres y hacen sufrir porque siempre andan sacando en cara que ésto, que esto otro... Y me hablaba y yo apenas podía oírla porque había pensado ir esa tarde allá por Providencia a ver si podía encontrar a algún amigo de Juan Carlos y preguntar algo, que hacían dos días que no venía a verme y yo estaba tan preocupada porque me dijo, la última vez, que iba a matar a Bruno, que lo tenía todo planeado, y yo tenía más susto, que iba a la Fuente de Soda a hablar con la Telma y a mirar el "Clarín" que la Telma siempre compraba, para ver si salía algo, y no podía seguir así, que esa tarde, me dije, iba a ir.

Fui.

En el "Charleston" estaban la Pilola y la Mónica. Me dio como susto acercarme, pero la Pilola me saludó con una mano y me dijo si quería un helado.

- ¡Uno de chirimoya! - agregó-. ¡El despiole!

Me senté con ellas con la esperanza de que me contaran algo de Juan Carlos. Estaban furiosas las dos y una me dijo:

- Se está llenando de rotos, ésto... Mira, el "Copelia" ya no se puede ir. Ni a "Las Terrazas"... Vienen las cumas hasta de Quinta Normal, ¿ves? ¡Mira ese grupo!

- Vamos a tener que reunirnos en otra parte - agregó la Mónica- porque aquí, con la unidad popular, la revoltura va a ser el descueve... ¡Mira cómo anda vestida esa cumita! ¡Estos se sienten hippies, pero son rotos ... ! ¡Nada más! Rotos de pelo largo...

- ¿Cómo estai? - me preguntó la otra.

Yo sonreí, sin contestar.

- ¡Anoche tuvimos una fumada! ¡Chéverel!

- ¿Estaba Juan Carlos?

- Wrong number...

Y se rieron.

- Tu Juan Carlos está loquito - me dijo la Pilola. Anda con unos gallos medios raros... con los viejos. Mi mamá tuvo una comida anoche allá en La Dehesa, y fueron no sé cuántos... Puros momios. Y estaba el Juan Carlos...

- ¿No lo han visto?

- ¡Muérete! ¡Me contaron algo bien choro de ti!

- ¿Qué? ¿Qué cosa?

- Me contaron que te habíai acostado con el Juan Carlos - me gritó la Mónica. Y yo me puse colorada.

- Tierno - agregó la Pilola.

- ¿Cómo fue eso? Nadie lo había conseguido... nadie...

- ¡Cuenta! ¡Cuenta!

- ¿Quién se los dijo?

- Alguien nos contó... ¿Se lo decimos, Pilola?

-:No. Mejor que no.

- No es cierto - dije.

- ¡Es cierto! ¡Es cierto!

- ¿Y qué tiene de malo? Lo que pasaba con Juan Carlos es que era un tímido... De siquiatra... Y como esta cumita debe ser más tímida... Yo creo que nosotras lo asustamos, Mónica... eso fue...

- Te acostaste con Juan Carlos... ¡Mmm! ¡Chévere!

- No es cierto - murmuré en voz baja.

- Por eso anda tan gallito, ahora...

- ¡Tierno!

Me levanté y me fui, sin probar el helado. Se quedaron riendo, con un verdadero ataque de risa, se pellizcaban y se seguían riendo, y la gente nos estaba mirando, y me fui con más rabia...

Cuando volví a la casa me dolían más los pies, porque me equivoqué de micro y tuve que andar un montón y ya era de noche, y me daba más miedo esas dos cuadras y media que tenía que caminar por Dávila, desde Independencia, porque siempre pasaba algo por allí, a pesar de que estaba la novena comisaría, pero ni así, y "El Milico" podía andar curado, que siempre se curaba en el "Santa Claus", o alguien peor, o un grupo, pero no había nadie aunque yo caminé con el credo en la boca, y en la puerta del cité estaba el auto.

- Voy a avisar y vuelvo - le dije. Aproveché para cambiarme los zapatos, que me quedaban chicos, y me puse las zapatillas viejas.

- ¡Las cosas están caminando! – me dijo Juan Carlos, misterioso.

- ¿Qué cosas?

- ¡Cosas! ¡No te lo puedo decir ahora! ¡Estoy juramentado! ¿Cachai? ¡Ya sabrás!

- ¿Bruno?

- ¡No! ¡Qué Bruno!, ¡Ese es pájaro chico! ¡Se trata de un pájaro grande! ¿Entendís?

Yo lo miraba y me decía que ya no parecía el mismo, cuando lo conocí, en ese mismo auto, cuando íbamos a Los Dominicos y cuando estuvimos en el mar, y nos bañamos desnudos y él parecía como un ángel, ahora que estaba blanco, pero medio verdoso, con los ojos más hundidos, y estaba como enfermo, aunque yo también andaba más mal.

- ¡Vamos! - me dijo.

Y me llevó al departamento que era del padre de la Pilola, ése que miraba al Club de Golf, y yo le pregunté en el camino si había una fiesta, y él me dijo que íbamos a tener una fiestecita, y me miraba de una manera un poco rara, y yo le pregunté si iba a estar la Pilola, si se habían hecho amigos de nuevo, y él me dijo que no, que no iba a estar, que íbamos a estar solos, que ese departamento era donde se estaban reuniendo ahora, me dijo que era un lugar muy secreto, y a mí me dio como alegría, pero también un poco de miedo, porque pensé, a lo mejor, ahora, él me va a matar, y mientras lo pensaba, palabra que me sentía contenta, porque yo lo quería tanto, que esa era la única solución, como cuando Cornell Kruger estaba furioso con Cristina, aunque ya no leía a la Corín Tellado, porque como que no tenía deseos.

- Aquí están las llaves - me explicó-. Y no hay un alma.

- ¿La Pilola? ¿Ella te prestó el departamento?

- El viejo. Apretó cuevas...

Yo no entendía. Adentro no había nadie, en efecto. Todo oscuro. Juan Carlos encendió unas luces y puso música.

- ¿Quieres un trago?

Como que comencé a adivinar lo que íbamos a hacer. Y me dio pena. Palabra. Me dio miedo, también. No era así... Nada era como yo lo había soñado. Y parecía furioso. Me acordé de la Telma. Claro, ella habría estado feliz, y seguro que iba a saber cómo manejarlo... Pero, yo...

- ¿Quieres un trago, o no?

Ni se preocupó de mis deseos. Se puso a preparar los cortos.

- ¡Vamos! - me dijo, pasándome el vaso.

- ¿A dónde, Juan Carlos?

- ¡A la cama, palomita! ¡Vamos!

Y me arrastró al dormitorio, casi a empujones. Encendió una lámpara en el velador. Comenzó a desvestirse.

- ¡No, Juan Carlos! ¡No!

- ¿Cómo que no?

- No... hoy día... hoy día no.

- ¡Hoy día! - gritó.

- Pero... ¡tú no me quieres!

- ¿Cómo sabes?

Me mordí una mano.

- ¡Lo sé! ¡No me quieres! ¡No me quieres!

Había terminado de desvestirse y se tendió desnudo en la cama, de espaldas, bebiendo su corto a sorbitos.

- Yo te quise mucho - dijo.

- Pero... ahora, ya no...

- ¡Todo está destruido! - gritó. Y tiró lejos el vaso contra la alfombra. ¡Todo está podrido! ¡El mundo está podrido! - volvió a gritar, y se lanzó encima de mí, y comenzó a desvestirme, y casi me arrancaba la ropa que me rompió la blusa y después me sacó los calzones y el sostén y yo estaba encogida, gimiendo apenas, y pensé que ahora me iba a matar, que seguro que me iba a matar. Pero no. Me metió dentro de la cama, entre las sábanas y apagó la luz y me dijo:

- ¡Pruébame que me quieres!

Y se quedó callado.

Sentíamos el tic-tac del reloj y él no me tocaba y yo tenía frío, pero poco a poco comencé a entrar en calor, y él entonces me tomó una mano y me la apretó y yo, me dieron ganas de sonarme, y le pedí que me prestara un pañuelo, pero él me dijo que me sonara con las sábanas y comenzó a darme besos y me daba besos, como esa vez, en la discoteque cuando bailábamos y él bailaba pegado a mi boca, y yo le acariciaba el pelo, y le decía al oído que lo quería tanto, y nuestras piernas se habían cruzado, y estábamos acercándonos, y después hicimos el amor dos veces, y me hizo gritar, lloraba de felicidad, nunca había sentido algo así, y él estaba como feliz también y nos quedamos descansando, después, y yo no podía creer y me abrazaba al pecho de Juan Carlos y lo besaba entero y le decía, ¡mijito lindo!, y así estuvimos besándonos y abrazándonos como dos horas.

Después, él encendió la luz, todas las luces, y se vistió rápidamente. Yo lo miraba, sonriendo tapada con las sábanas, con los brazos afuera, que siempre me habían dicho que yo tenía los brazos lindos, redondos, yo lo miraba y me reía y tenía los ojos como empañados porque era tan feliz. Tan feliz.

Se abrochó los pantalones que parecían nuevos, de cotelé azul y se sacó la correa, una correa ancha, de cuero y de repente corrió la cama y arrancó la sábana.

- ¡Putá! - me gritó. Y me dio el primer correazo.

Sentí el dolor. La correa me pegó encima, en los pechos, y sentí el dolor, como un viento, pero casi no lo sentí, porque fue como si me hubieran tirado en agua helada, y cuando me pegó por segunda vez y volvió a decirme ¡putá!, me encogí entera, de nuevo, y me mordí la boca y me la rompí, me mordí los labios hasta que sentí la sangre que era salada y me volvió a pegar por tercera vez y volvió a decirme ¡putá!, y yo apretando la boca, y con los puños y las uñas enterrándomelas en las manos, que me rompí como cuatro. Y, de repente no siguió.

- ¿No dices nada? ¡Grita! ¿Entiendes? ¡Grita, putá!

Me volví para mirarlo. Estaba con la correa en alto, asesando, con el pelo sobre los ojos. Parecía un loco. Yo no podía llorar, tenía algo adentro, como un hipo, algo que no me dejaba llorar, y seguía mordéndome la boca.

- ¡Habla! ¡Di algo!

Y trató de darme otro correazo, pero como que se detuvo y me miraba y tenía los ojos fijos en mí, y tenía la boca como abierta.

- Yo te quiero tanto, Juan Carlos - susurré con la boca llena de sangre.

- ¡No! ¡No! - dijo, retrocediendo.

Yo estaba ahora temblando, tiritando entera, pero me había levantado, me senté en la cama y temblaba entera como cuando me dio la fiebre.

- ¿Tienes la pistola? ¿La tienes?

Me miró sin responder. La correa se le había escapado de las manos.

- ¡Mátame Juan Carlos! ¡Por favor! ¡ Mátame ahora!

Entonces, él se puso a llorar y corrió y se tiró encima de mí y comenzó a besarme y a llorar y me seguía besando y seguía llorando y nunca lo había visto llorar así, ni siquiera esa vez cuando estábamos a la orilla del río, y yo seguía temblando entera y él empezó a gritar que lo perdonara, que nunca más, que estaba desesperado, que se iba a volver loco, que me amaba, me dijo, ¡te amo María, te amo! ¡Te amo!, y seguía gritando que lo perdonara y después fue y sacó la pistola y me dijo que se iba a matar, y se puso la pistola en la cabeza y me dijo que estaba loco y que no podía más y que se mataba y yo le dije que lo quería tanto y corrí y le quité la pistola, que por suerte no se disparó sola como dicen que pasa. Y entonces, él se arrodilló y se abrazó a mis piernas y seguía sollozando y me seguía pidiendo que lo perdonara.

Me vestí y salimos abrazados y, bajamos y nos pusimos a caminar porque él me dijo que tenía ganas de caminar un poco y estaba con la voz como ronca, y apenas podía mirarme, pero me tenía muy abrazada y me daba besos y caminamos por Américo Vespucio que era ya muy de noche, y no había nadie, y había una luna llena, y nos veíamos como blancos, como pálidos, y era como si los dos nos hubiéramos muerto, y pasábamos entre los retamos floridos y era también como si nada hubiera pasado antes, como si recién lo hubiera visto como cuando lo vi la primera vez en Los Dominicos, que había una luna igualita.

- ¡María! -susurró.

- ¿Sí?

- ¡María! ¡Yo te quiero mucho!

- Sí, mi amor.

Y le apretaba la mano muy fuerte.

- Yo te quiero más que a nada... que a nada en el mundo...

- Sí, Juan Carlos.

- ¿Me crees?

- Sí.

- ¿Me perdonas?

- ¡Sí! ¡Sí!

- Yo... yo no sabía que te quería tanto... Yo no sabía... ¡De veras!

- Sí.

- Yo quiero estar siempre contigo... Ahora, siempre, siempre, juntos, ¿entiendes? ¡Juntos!

Lo único que atinaba a decir, yo era: sí, sí, sí... No se me ocurría nada más.

- María, ¿te duele?

- No.

- ¿De veras? ¿No te duele?

- No. De veras. Nada.

- María, soy tan feliz...

- Yo también, Juan Carlos.

- María, yo voy a hacer algo, te lo prometo... algo, para que me perdones... yo no quise, yo no te quise pe...

- ¡Amorcito!

Y lo hacía callar besándolo y nos abrazábamos y nos besábamos y anduvimos de la mano y seguimos besándonos y yo me dije que aunque me hubiera matado a golpes, que nunca había sido más feliz, que la Virgencita me perdonara pero que nunca había sido más feliz, que me podía morir ahora, que si Juan Carlos me mataba ahora...

Me fue a dejar a la casa y seguía pidiéndome que lo perdonara y estaba tan cariñoso, y me dijo que nos íbamos a ver siempre, todos los días, y que íbamos a vivir juntos, eso me dijo, que apenas pudiera, íbamos a vivir juntos y me dijo que él quería casarse conmigo, que yo era para él, que Silo no era nada comparado, que él y yo, y me dijo que nunca podría arrepentirse de lo que había hecho, me dijo que estaba loco. Y me regaló un crucifijo de plata muy lindo, que tenía unos como brillantes, y me dijo que se lo había dado su abuela antes de morir y que ahora, él me lo daba a mí para que lo perdonara y me hizo jurar por el crucifijo que lo perdonaba y que lo iba a amar siempre y yo juré por el crucifijo y nos pusimos a llorar y nos dimos un beso muy largo y yo sentí que la Virgencita de Montserrat nos había juntado para siempre.

Crece palomita, vidalita y volvete halcón

Pero, al día siguiente, que era diecinueve de Octubre, no llegó. Lo esperé todo el día, me pasé, afuera, en la puerta, y estuve hasta, más de las diez de la noche, que mi madrina estaba furiosa, y pasaba rezando porque decía que yo me iba a perder, que no podía llegar tan tarde como anoche que había llegado como a las tres de la mañana, que ya no iba al colegio y que ahora, que parecía que se iba a acabar el mundo con todas las concentraciones y bombas y la radio que parecía que iba a estallar la revolución, y que cualquier noche, le traían muerta a su niña, me decía, y yo no podía explicarle nada, lo único que le dije es que tuviera confianza en mí, que todo se iba a arreglar le dije, me abracé a ella y dije que me creyera, que yo ahora era tan feliz, y anduve todo el día cantando esa canción de Manzanero que decía "Cuando estoy contigo, no siento el fracaso" y que decía "todo lo que tengo, lo encuentro en tus brazos" y la iba repitiendo una vez y otra mientras planchaba los pantalones, los bluyines y corría afuera a ver si Juan Carlos aparecía y volvía a pensar cuando me dijo que quería casarse conmigo, que no había nadie como yo, que yo era de él, y yo sacaba el crucifijo y me ponía a besarlo y estaba tan feliz, tan feliz, que parecía una tonta, y cuando en la tarde llegó la Telma a verme, y mi madrina que no podía aguantar a la Telma porque decía que era una fresca, y la Telma, más buena amiga la Telmita, que me dijo que estaba tan preocupada por mí, y yo la abrazaba y me reía y le mostré el crucifijo y ella me preguntó que qué me había pasado y yo le dije que no se lo podía decir, que si se lo contaba no me iba a creer, que nunca había sido más feliz en mi vida, le dije, y que ahora sí que estaba en deuda con la Virgencita de Montserrat, que no había con qué pagarle a la Virgencita, y le dije si me podía prestar algo de ropa, y ella miró el crucifijo un buen rato y me dijo que era joya muy fina.

Pero, Juan Carlos no vino.

El día veinte, que era un Martes, ya como que me comencé a intranquilizar y tuve que ir al liceo y como no había ido en tres días, la señorita me mandó a la Inspectoría y allí me dijeron que me habían suspendido y que iba a repetir año, y que tenía que volver con el apoderado y me dio más rabia, porque seguro que mi madrina se iba a poner de lo más que hay y se iba a enojar mucho, y tantas esperanzas que ella tenía, pero la Mirta me dijo que ella iba a hablar con una profesora, y que si yo me conseguía un certificado médico, que a lo mejor me dejaban presentarme a exámenes, y yo pasaba en la puerta que ya todos como que sabían y pasaban los veaguinos y me echaban más tallas, que no sabía dónde meterme. Y yo no podía ni dormir ni comer, que tenía unas medias ojeras, que mi madrina me hizo una agüita de amapola que fue a comprar al yerbatero y me dijo que si no dormía me iba a dar un ataque, y yo, ¡cómo iba a dormir si ya hacían dos días que no venía el Juan Carlos! Y eso que me había jurado que ahora sí que iba a ir todos los días, que íbamos a vivir juntos, que nos íbamos a casar, me dijo, y nada, y a lo mejor ya se había arrepentido y todo era porque le dio pena pegarme esa noche, porque tiene tan buen corazón y después se arrepintió y se volvió a acordar, seguro que eso era y ya no iba a venir de nuevo, nunca más, y entonces, ¡cómo creía mi madrina que yo podía dormir!

El miércoles hice como que me iba al colegio y me fui a Providencia y empecé a mirar, andaba de uniforme, pero miraba igual, aunque con cuidado porque antes me moría que encontrarme con el grupo, con la Pilola y la Mónica que habían sido tan malas conmigo, y, además, que me veía bien ridícula con el uniforme que me quedaba medio chico y con el bolsón más viejo, fui a "Sissi", que era a donde a veces iban a comer empolvados el Juan Carlos y los otros, y pasé por la tienda de discos, de la Consuelo, que estaba allí pero que como que no me reconoció y después me fui al "Copelia" donde no vi a nadie y me volví a la casa temprano por si él había ido y pasé toda la tarde en la puerta del cité mirando, y nada. Mi madrina estaba ahora con susto porque decía que mi mamá había llegado en la mañana a decirle que los pobladores se estaban armando para defender el triunfo de Allende en el Congreso, y que ya habían tratado de matarlo dos veces y que si algo le pasaba al compañero presidente, así decía, ellos iban a quemar entero Santiago, y a matar a todos los ricos, y decía que iban a ir todos al Congreso para Noviembre, porque querían quitarle el triunfo a Allende los políticos y que esa tarde había una nueva concentración a la que teníamos que ir todos, pero mi madrina la echó de la casa porque la mamá estaba muy curada de nuevo, y mi madrina le dijo que si volvía a ir iba a llamar a los carabineros, pero mi mamá la amenazó con quitarle la casa, que le dijo que iba a llegar en la noche con los pobladores y a todas las viejas momias como mi madrina, las iban a matar a palos, porque ellos sabían que mi madrina era alessandrista, que ése era un viejo malo que estaba completando para matar a Allende, y eso sí que ellos no lo aguantaban, dijo.

La Mirta fue más tarde y me preguntó si quería ir a la concentración, que era como a las diez de la noche en la plaza Chacabuco y yo le dije que no. Y esa noche no dormí y tampoco durmió mi madrina, y puso la radio y dijo que todo estaba revuelto ahora, que no era como en los tiempos cuando vivía el finado don Lucho, que eran tiempos de orden y respeto, dijo, que esa noche yo sentía gritos y parece que afuera andaban como unos grupos, como los pobladores, que había dicho mi mamá, y mi madrina le puso doble tranca a la puerta y yo me imaginaba a Juan Carlos en el auto, afuera, esperándome, y capaz que le hicieran algo a Juan Carlos, como era rubio y parecía un ángel, y yo pensaba ¡si pudiéramos vivir juntos, cuando yo cumpliera diecisiete años, que ya no faltaba mucho, y nos fuéramos a vivir juntos, y nos casáramos, aunque no fuera por la iglesia, aunque no fuera de blanco, ¡qué me importaba!, aunque no nos casáramos, Juan Carlos, qué me podía importar, porque contigo... porque, Juan Carlos, "todo lo que tengo lo encuentro en tus brazos" - le decía.

Me desvelé y lloré un poco y estuve rezando y como al amanecer recién pude conciliar el sueño, y me quedé más dormida, que cuando mi madrina comenzó a remecerme, que eran como las once y media del día Jueves, y mi madrina estaba con una taza de caldo que me había hecho y estaba llorando y yo le dije, que por qué estaba llorando, y ella me dijo:

- ¡Ahora sí que se armó, mijita linda! ¡La Virgen nos ampare!

Yo le seguía preguntando pero ella lo único a que atinaba era a rezar y decir: ¡La Virgen nos ampare! Y entonces escuché la radio que estaba puesta y decían cosas terribles, que habían baleado al general Schneider, que era el General en Jefe del Ejército, que lo habían encerrado entre varios autos y lo balearon, que fue en Américo Vespucio, que estaba muy grave, decían, que era un atentado político, que lo habían llevado al Hospital Militar, que si no es por el chofer del auto que corrió al Hospital, que el Presidente Frei, que el Intendente, que Allende, que iban a declarar estado de sitio en Santiago, y seguían y seguían las noticias, las declaraciones. Como a las doce llegó la Mirta muy asustada y me dijo que eso era la revolución, que ella había ido al colegio y se suspendieron las clases, y que su hermano estaba en el Partido en una sesión secreta. Y, después, llegó la mamá y de nuevo medio curada y le dijo a mi madrina que en la

tarde los pobladores comenzaban a avanzar hacia el centro, y que iban a proteger a Allende porque los momios querían matarlo y que si mi madrina no se iba con ellos al tiro le iban a quemar la casa, y mi madrina se arrodilló y comenzó a rezar, pero la vieja la seguía amenazando, y también me amenazó a mí y me volvió a decir que mi lugar estaba con el pueblo, con la gente pobre, me dijo, y no viviendo allí como una rica, y me dijo que si yo no me acordaba que tenía hermanos que cuidar y yo, claro que me acordaba ¡cómo no me iba a acordar!, y ella me dijo que yo debía estar lavando ropa y ayudándola a ella en vez de andar sintiéndome una señorita.

Yo salí a la puerta cuando la mamá, por fin, se fue, y estuve un buen rato mirando, pero Juan Carlos no apareció.

En la tarde las noticias eran peores. El general seguía muy grave, dijeron, y dijeron que no se iba a salvar, porque tenía como diez balas en el cuerpo.

El Viernes veintitrés, yo me acuerdo bien de las fechas porque me llevaba contando los días, el general Schneider se murió y la radio seguía dando noticias y en Santiago no se podía uno mover porque lo tomaban preso, seguro que por eso Juan Carlos no aparecía.

El Sábado fueron los funerales y fuimos con mi madrina a mirar la pasada del cortejo a la Avenida La Paz que nos quedaba al ladito. Estuvimos como tres horas paradas, con un montón de gente, y venían las bandas de la Escuela Militar y otras, y soldados y detrás venía sobre una cureña el ataúd envuelto en una bandera chilena, y detrás venía, ¡pobrecito! el caballo del general, y detrás venía el Presidente Frei con sus ministros, y Allende, y un montón de gente y nos dijeron que unos jóvenes vestidos de negro, y uno de barbita, que venían muy tristes, eran los hijos del general, y mi madrina decía que cómo había gente tan mala en el mundo para matar a un general que tenía mujer e hijos, que no le hacía daño a nadie, que mejor que el finado don Lucho no estuviera en este mundo porque no habría entendido, él, que era tan juicioso, que pudieran matar a un general, y después nos fuimos a la casa y seguimos oyendo la radio.

Entonces comenzaron otras, noticias. Por los diarios que mi madrina me mandó a comprar "El Mercurio" que según ella era el único diario bueno que había, pero la Telma me mostró otros y decían que estaban tomando presos a un montón, que eran los momios, que habían políticos, que son más los políticos, y que era una conspiración de la derecha, que eran todos momios, que estaban unos jóvenes de buenas familias y que los estaban tomando presos a todos, y yo como que me asusté un poco, como que me dio un palpito, pero me dije que no, que era una tontería, y fui a la iglesia a encenderle dos velas a la virgencita de Montserrat y besaba el crucifijo que me regaló Juan Carlos, lo besaba todo el tiempo.

Después, leí que habían tomado preso a Felipe Undurraga, el hermano de la Pilola, que lo había conocido un día que fuimos a una discoteque, y era el que andaba pololeando con esa niña que le decían la Grace, y como que me dio otro poco de miedo, y ya habían pasado unos días, el Domingo y el Lunes, y ya era como el fin del mes, y me dio miedo y me empezaron a dar los nervios, que mi madrina decía que tenía que llevarme donde un médico, porque yo estaba muy rara que no dormía y que ya ni siquiera lloraba como antes, que seguro que me iba a enfermar, me decía, y yo salí y me fui a Providencia a ver si me encontraba con alguien del grupo, pero no vi a nadie, y entonces me iba todos los días a la casa de la Mirta a leer los diarios que ella compra "El Siglo" y otro que se llama "Puro Chile" y allí venían montones de nombres con fotos y todo, que había como cien detenidos, que habían detenido al general Viaux y a su suegro, y a otros más y decían que estaba todo el ejército metido, y todos los momios, y salían más y más nombres y yo corría a la iglesia a encenderle velas a la virgencita y le decía: "no me lo llesves, virgencita, no me lo llesves ahora, que me quiere, ahora, que aprendió a quererme... ¡Cuidalo! ¡No me lo llesves! ¡No me lo vayas a llevar, que yo lo quiero tanto, que yo lo quiero tanto..."

Y volvía a la casa y me encerraba y estaba como loca, dice mi madrina, que se asustó tanto y pidió hora a un médico para que fuéramos.

Entonces, un día, ya no pude más y me fui a ver a los padres de Juan Carlos, aunque me insulten, me dije, aunque me digan lo que quieran, y tomé una micro Vitacura y me bajé en la Plaza Lo Castillo y empecé a caminar, hasta que preguntando por aquí descubrí la calle Espoz que le dicen, y era larga y no había para cuándo llegar pero yo caminé como quince cuadras y habían unas casas lindas y por suerte yo había anotado la dirección de la casa en un papelito, y caminé hasta que como a las cuatro de la tarde ubiqué la casa y estaba toda cerrada, la reja cerrada con candado y los perros me ladraron, que eran dos boxers muy lindos y muy bravos, y me puse a tocar el timbre y nadie me contestó y esperé y esperé pero nada y tuve que volverme a pie hasta la Plaza Lo Castillo y allí esperar de nuevo la micro que no pasaba nunca, y llegué

bien tarde a la casa que mi madrina estaba más asustada que decía que con el estado de emergencia tomaban preso a todo el mundo y lo fusilaban.

Y al día siguiente fui de nuevo, bien temprano, y ahora me abrieron y salió una empleada que me preguntó que a quién buscaba yo, y yo dije que quería ver a la mamá de Juan Carlos, y ella me dijo que no estaba, que no había nadie, pero yo le dije y le dije, que era urgente, que era muy urgente, y ella entró y salió como media hora después y me hizo pasar a un salón y allí estuve esperando mucho rato hasta que bajó la mamá, que estaba tan distinta que al principio como que no la conocí, porque no tenía ahora el pelo rubio, sino como lleno de canas, y estaba pálida, y corrió como asustada y me abrazó casi llorando y me dijo:

- ¡Hijita! ¡Mi hijita linda!

Y entonces, me di cuenta yo, y me puse a llorar.

Después llegó el papá, que ya no era el mismo, parecía, también, como más viejo, estaba como agachado.

Yo me senté y los miraba y la mamá me miraba y el papá encendió un puro y se puso a echar humo, y a pasearse y cada cierto rato lo llamaban por teléfono.

- Yo venía a saber... señora... - tartamudeé.

- ¡No hay nada que saber! - gritó el papá.

- ¡No le haga caso, hijita! ¡No le haga caso! ¡Está muy nervioso!

- ¡Esta negra puede venir enviada por algún diario!- gritó el papá, señalándome.

- ¡No!

Y me puse a llorar, de nuevo.

El papá fue a hablar por teléfono y volvió y me vio llorando y gritó que en esa casa todos andaban llorando, y que nadie le ayudaba y le gritó a la mamá de Juan Carlos que se fuera a encerrar a su pieza, y que allí no se recibía a nadie, y me dijo que me fuera, que yo no tenía nada que hacer allí, me dijo.

- Pero... ¿dónde está Juan Carlos? - pregunté.

Entonces el papá me dijo que yo tenía toda la culpa, que yo era una intrusa, que cómo me había metido con Juan Carlos, que yo debía ser comunista, me dijo y que el niño se había echado a perder conmigo porque yo era una agitadora y que cómo era posible que tuviera el descaro de llegar allí que me iba a hacer detener, que a él yo no lo engañaba, que muy joven sería pero que era una de la calle y que seguro que me habían mandado, y me remecía y me interrogaba:

- ¿Quién te mandó a espiar, negra? ¡Contesta!

Entonces llegaron dos autos y bajaron un montón de gente que por suerte llegaron, porque yo creí que el señor me iba a pegar que estaba tan enojado y me remecía y no me habría importado nada que me pegara si me hubiera dicho algo por lo menos, que dónde estaba, que si estaba vivo, si podía verlo, algo, que hubiera sido, pero aparecieron unos caballeros de pelo blanco, bien elegantes, que eran como abogados, y el papá de Juan Carlos llamó a una empleada y me indicó y le ordenó:

- ¡Échenla para afuera! ¡Y que no vuelva a poner los pies en esta casa!

Y todos me miraban y estaba el José Luis, con ellos, que también me miraba y que se reía. Nunca me quiso el José Luis.

Volví caminando y creo que anduve mucho, creo que llegué como hasta el parque japonés caminando, que ya no podía más, y ya no podía llegar siquiera y lo único que hacía era apretar el crucifijo y pedirle a la virgencita que me cuidara a Juan Carlos, que no me lo llevara. Llegué y la madrina me metió a la cama porque tenía fiebre y como que deliraba y ya no me acuerdo bien de nada, porque dicen que estuve bien enferma, que estuve como dos semanas en cama, o más, yo apenas me acuerdo, que vino un médico y que mi madrina pasaba al lado mío rezando y me acuerdo, pero apenas, que vino un día mi mamá y que gritaba y cantaba y decía que ahora Allende era el compañero Presidente y que se había acabado el tandeo y que los pobres, ahora, íbamos a tener de todo, y que no me preocupara, me dijo, que yo apenas le oía, que tenía que alentarme luego para la revolución, porque todos estábamos listos, ahora, y gritaba, ¡Viva Chile, mierda! - y la madrina haciéndola callar, pero era inútil, porque la vieja como que estaba muy contenta y la madrina le decía que yo casi me había muerto y que todavía estaba grave y le decía que si no le daba vergüenza gritar así, frente a su hija que estaba tan enferma- y la mamá decía que con Allende iban a mejorar hasta los gatos, y seguía gritando, y estaban mis hermanitos, que al fin se la llevaron y yo volvía a caer y me subía de nuevo la fiebre y cuando comencé a entender todo, estaba tan debilitada, en los huesos, que vino la Mirta y no podía creer y me trajo un pedazo de posta negra para que me hicieran una sopa, dijo, y vino la Telma y me tomaba la mano y me decía que no me preocupara, que pronto iba a estar bien, y que íbamos a ir al teatro juntas, que había un festival de tangos en el Caupolicán, y que ella iba a conseguir entradas y me trajo una docena de dulces chilenos, la Telma que era más buena conmigo, y me trajo una blusa linda, como de organdí, y me dijo que ahora sí que estaba buena la primavera. Pero yo me acordaba de repente, y le decía que para mí la primavera se había acabado, y ella me decía que eso era una lesera.

Cuando me levanté, era como mediados de Noviembre, y ya comenzaban a poner cosas para la Pascua en todas partes y me costó caminar y la ropa me nadaba en el cuerpo, pero, poco a poco. Y el primer día que salimos fuimos con la madrina a la iglesia a razarle a la virgencita de Montserrat, me dijo la madrina, porque estábamos en deuda con ella, y estuvimos como dos horas rezándole y le pusimos varias velas.

Y, otro día, fui a ver a la Telma, que ya no estaba más en la fuente de soda, sino que trabajaba ahora en la paquetería de don Fernando Awad, en Recoleta, que era mucho más grande, me dijo, y que le pagaba mejor y era más decente, que en el otro trabajo se estaba echando a perder mucho las manos.

Y la Telma me dijo después, que cómo me sentía.

Yo le dije que estaba bien.

Ella me dijo que si yo era capaz de oír algo, unas noticias, me dijo, que no me había querido dar antes, que tenía guardados los diarios.

Yo le dije que sí, que me dijera.

Pensé que me iba a hablar de Juan Carlos.

Entonces me mostró el diario, y después me mostró otros y vi la foto de Juan Carlos en todas partes, de pie, de frente, con sus padres, con sus hermanos, y le decían cosas terribles: "momio asesino" y otras cosas, y salía una foto del papá, y decían que estaba preso, que estuvo, que lo habían llevado a declarar, y el papá que decía: "-es mi hijo... tengo que defenderlo... comprendan... ¡es mi hijo!" Y otra en la que el papá y la mamá estaban como abrazados. Yo leía y leía sin darme bien cuenta, como que no sentía nada, leía que lo habían sacado de Chile, que los momios lo tenían escondido en alguna parte, en Venezuela, en España, que Juan Carlos había sido uno de los que dispararon contra el general, que estaba en el grupo, a la cabeza, que lo andaban buscando por todas partes, que el padre se negaba a declarar, que creían que estaba en Europa, otros diarios decían que estaba en Chile, escondido en algún fundo, que los momios iban a pagar por eso, que el Juan Carlos Eguirrezaga era un asesino. ¡Asesino! ¡Asesino! Y yo recordé que había soñado eso, que estuve soñando, cuando casi me morí, que veía a Juan Carlos, corriendo con la pistola, pero no al general al que iba a matar, recuerdo que iba corriendo y comenzaba a matar a mis hermanitos, y yo le gritaba, ¡no, Juan Carlos! Y él se reía, y disparaba y mis hermanitos iban cayendo, y el último que caía, era el Porotito, que estaba jugando con su caballo de madera, y yo le decía que no, que no lo hiciera, que tuviera piedad, le decía, y le decía que me matara a mí también, que ya había matado a todos mis hermanitos y que ahora me matara a mí, y él se reía y me decía, a ti no te voy a matar, porque te amo. Y había despertado de ese sueño gritando y esa fue la noche en que casi me morí, que mi madrina mandó a llamar al cura párroco, y a mi mamá y lo recuerdo que seguí soñando, muchos, muchos días, y siempre veía a Juan Carlos con la pistola.

Le entregué los diarios a la Telma. No podía hablar.

- ¡Yo sabía que iba a hacer una grande! - me dijo. ¡Miren que venir a matar al general! ¡Ése no tiene perdón de Dios!

-¡No, Telma! ¡Telmita! ¡No!

Me miró incrédula.

-¡María! ¡Oh! ¡No seai tonta, oye! ¡Ya está bueno que se te pase la lesera!

Cuándo iba a entender la Telma. O la Mirta. O mi madrina. O nadie. Qué se me iba a pasar la lesera.

Me fui a la iglesia y estuve toda la tarde arrodillada pensando y lo peor era cuando me ponía a recordar y era como otro sueño, cuando lo veía desnudo saltando al sol, conmigo desnuda, saludando al sol o corriendo y riéndonos y tomando helados, y bailando esa noche, conmigo, boca con boca, y cuando íbamos por Américo Vespucio y había luna y había olor a flores de retama y él me decía que me quería tanto, que íbamos a vivir juntos, que nunca nos íbamos a separar, y ese fue el último día y yo sabía que él era mala cabeza, pero sabía también que él no era malo, que tenía buen fondo, que era mi Juan Carlos y no podía ser tan malo.

Ahora que llegó Julio, que cumplí diecisiete años, y me salí del colegio y empecé a trabajar de vendedora en la misma paquetería de don Fernando Awad, en que trabaja la Telma, que cuando fue mi cumpleaños ni deseos tenía que me celebraran ni nada, a pesar de que vino mi mamá, que nunca se acordaba y me trajo un regalo y estaban todos mis hermanos, y mi mamá dijo que don Beno tenía ahora un trabajo en una fábrica, y que a ella le iban a dar otro trabajo, y que les iban a dar unas casas, que ya las estaban entregando y que tenían agua y luz, y que el compañero presidente los iba a sacar adelante y que yo podía volver a la casa de ella, pero ¡cuándo! ¡cuándo iba a dejar yo a mi madrina, que estaba ahora como más viejita, medio encorvada y con el pelo bien blanco, y que me hizo un té con pan de huevo y hasta una torta me hizo, y ahora que yo estaba ganando, que me habían ofrecido subirme a un sueldo vital muy pronto, yo le había dicho a mi madrina que íbamos a vivir bien, ahora, que íbamos a pagar todas las deudas y ella me dijo que la gran deuda era con la virgencita de Montserrat, que no lo olvidara yo nunca, porque ella me había salvado.

A veces, ahora, que es invierno, después del trabajo, como a las seis y media, me voy a la iglesia, a escondidas de la Telma, para que no se vaya a reír de mí, y me arrodillo a pedirle a la Virgencita por Juan Carlos. Y le digo que me lo cuide, que yo lo quiero tanto, que tengo su crucifijo guardado, que yo lo había perdonado siempre por todo lo que había hecho, por donde estuviera, que ya no iba a poder vivir sin él, que yo me iba a morir, que antes de los veinte años iba a estar muerta, si él no volvía, que yo lo quería, le decía, Virgencita de Montserrat, protégelo siempre... ¡Virgencita mía! ¡Aprende a quererlo! Y le ofrecía mi vida a la virgencita para que Juan Carlos fuera feliz.

A veces, ahora, que todavía no acaba este invierno, yo despierto en la noche, afuera está lloviendo, y aprieto el crucifijo entre mis pechos desnudos y me pongo a hablarle en voz alta a Juan Carlos:

- ¡Juan Carlos! ¿Me oyes?

Y espero. Afuera sigue lloviendo. La matita de toronjil está ya bien grande.

- ¡Te quiero mucho, Juan Carlos! ¡Mucho!.